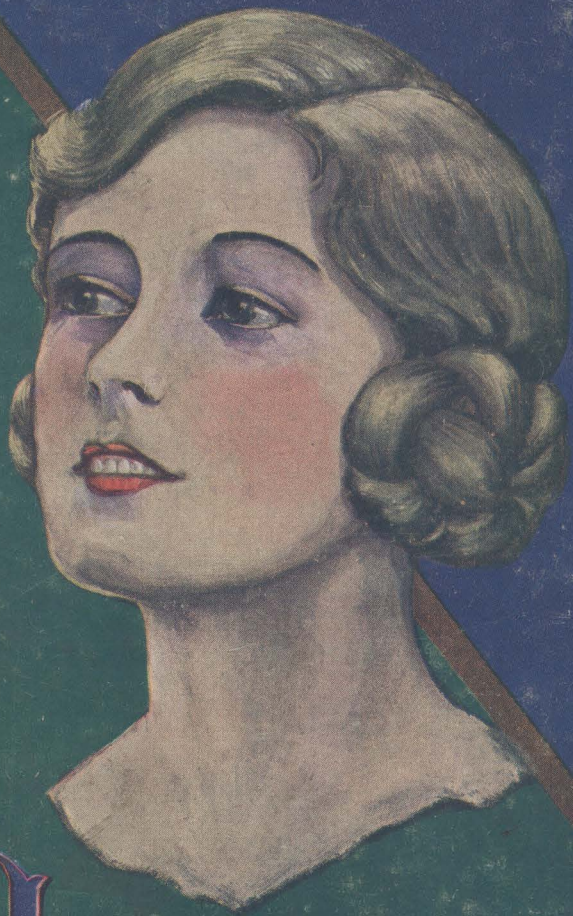
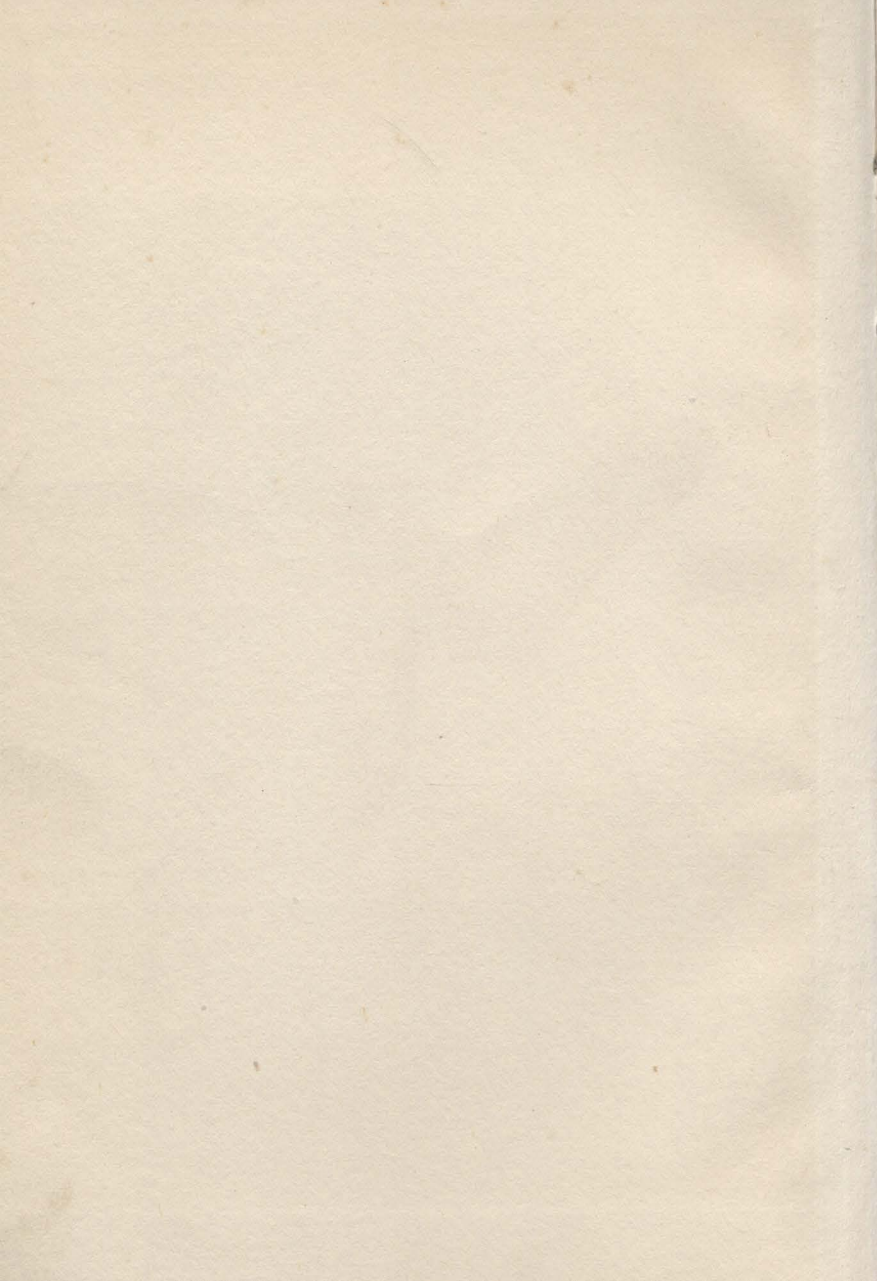


Constancio Vigil (hijo)



Olga
Novela

DONACIÓN



*El joven artista español Rafael
Batista ha ejecutado, con admirable
acierto, el retrato de Olga, que sirve
de portada a este libro.*

Opiniones sobre la novela «Doña Magda» del mismo autor

“La favorable acogida que desde el primer momento tuvo esta obra se justifica plenamente por el acierto de su realización y por la sana finalidad que persigue. No hay en ella profusión de detalles que dispersen la atención, y todos los diálogos sirven para poner de manifiesto las modalidades propias de los personajes. De ello resulta un conjunto muy animado, que da la sensación de reflejar la realidad, aun en los aspectos más dolorosos y crueles que presentan los hechos.

El carácter de la protagonista es el que aparece mejor definido, lo que llevaría a considerar esta novela como un estudio de psicología femenina, si no fuese también expresión de un ambiente cuya anormalidad no excluye su existencia. Precisamente, la lección moral consiste en señalar las terribles consecuencias de actos que se realizan fuera de toda norma saludable de conducta. El desastroso fin de las personas que intervienen en este drama de familia lo prueba en forma concluyente.

Es muy plausible el orden de la narración, que permite, por el natural enlace de las escenas y por la ausencia de toda superflua digresión, seguir con facilidad el hilo del relato, que, por lo mismo, tiene la virtud de despertar desde el principio el interés y mantenerlo vivo hasta la última página”.

“LA NACION” (Capital).

“Trae “Doña Magda” una cubierta muy llamativa, que induce a la lectura de la obra.

.....
El autor se ha propuesto escribir (en varias novelas) la “Historia de la vida de un hombre”, y “Doña Magda”, siendo una narración completa, es el primer capítulo. Seguirán los otros capítulos en otras tantas novelas, en que se presentarán diversos tipos de psicología femenina.

Ardua es la tarea, pues; pero leyendo las páginas de “Doña Magda”, escritas en lenguaje suelto, nervioso y elegante, con espíritu evidente de observación, se adivina que el autor tiene fuerzas para la tarea que emprende.

La primera novela es un acierto narrativo. Los diálogos rápidos y felices facilitan la tarea”.

“EL DIARIO” (Capital).

“El autor de esta novela, que ya se había hecho conocer como publicista, se revela en “Doña Magda” un pintor de ambientes y de tipos.

Plantea un problema de adulterio y de pasiones intensas y morbosas, y alrededor de él traza cuadros sombríos y escenas dolorosas sobre la forma en que un hogar se derrumba al faltarle la dinámica moral que es necesaria para su existencia.

Tanto la protagonista como los personajes auxiliares que sirven para el desarrollo están bien estudiados, y la forma fácil en que expone el asunto constituye uno de los méritos sobresalientes del libro, que se lee de un tirón y que deja un poco de esa amargura humana que pone en el espíritu toda lacra social".

"LA ACCION" (Capital).

"Nuestra literatura se ha enriquecido con "Doña Magda", novela de la que es autor don Constancio Vigil (hijo), y en la que pinta con vigorosos trazos los episodios de una gran pasión.

Es fácil presumir el gran éxito que alcanzará, dados los prestigios de su autor y sobre todo porque se trata de una de las mejores novelas aparecidas en estos últimos tiempos".

"LA RAZON" (Mercedes - Corrientes).

"Doña Magda es el título del primer libro de Constancio Vigil (hijo), obra en la cual se revelan ya las condiciones sobresalientes de observador.

El primer trabajo de aliento de Vigil (hijo) lo destaca en primer plano de la falange de los nuevos escritores jóvenes.

Su libro ha tenido una gran aceptación y ha logrado una favorable acogida por parte de la crítica".

"EL PLATA" (Capital).

"Doña Magda", la Novela Fisiológica y la Nueva Sensibilidad

"¿De qué trata esta novela del señor Constancio Vigil (hijo), que tan rápida fortuna ha logrado entre cuantas obras análogas forman esa montaña de papel impreso que todos los días vomitan nuestras imprentas?... ¿Qué emociones renueva, qué problemas sociales agita, qué clase de influencias está llamada a ejercer en el desenvolvimiento de un género literario donde son contados los escritores que triunfan?... Un padre — he aquí el argumento — árbitro del cuerpo y del corazón de su hija, la da en matrimonio, a los quince años, a un inglés adinerado, que tiene más de cuarenta. El marido entra en posesión de aquel presente regio, y el lirio se quiebra en sus manos. Pero con el andar del tiempo la esposa se toma el desquite. Ansias confusas la precipitan hacia un desenfadado libertinaje. La "señora de Clark" se convierte en "doña Magda". Tiene treinta y cinco años, "la edad de los lindos hoyuelos", como dice Michelet ya sexagenario, "l'age dangereux" de las mujeres que no se resignan a envejecer, y bajo el estímulo de ese estado hormonal turbulento, para el que ni la moral ni la familia ni la propia reputación tienen represas, se lanza a la conquista del éxito sexual. Y escoge entre los amigos de su hijo el objeto de sus amorosos desvelos: un adolescente apenas, "un niño preocupado que la de sus músculos de acero".

Estamos, pues, en presencia de "la gerocómica". Antes que una aberración desprovista de fundamento biológico, es ésta, como se sabe, una tendencia instintiva del "sexto sentido" cuando comienza su declinación.

Doña Magda lo acecha, lo persigue, lo seduce, lo rinde, y Pablo Matessa despierta de aquella embriaguez aniquiladora con "la piel erizada por una horrible sensación de asco". "Tenía necesidad de lavarse de pies a cabeza, de arrancarse del cuerpo hasta el último vestigio que pudiera haber quedado de esos contactos".

Como se ve, el asunto de la novela consiste en el relato de esa especie de delirio erótico que Racicorski denomina "plétora nerviosa de la menopausia", un relato desprovisto deliberadamente de esos atributos que en las obras de imaginación — aun en las de más crudo verismo — suponen inevitables concesiones al gusto de las gentes. ¿Por qué? Porque el autor de "Doña Magda" se ha colocado en ese plano ideal de los fisiólogos, donde cualquier exclusión o cualquier silencio no sería sino indicio de pueril mojigatería. De modo que para él no hay situaciones infranqueables ni desenlaces convencionales. Y lo edificante es que por ese loable camino de la más estricta honradez literaria el señor Constancio Vigil (hijo) consigue su objeto, que es inspirar el repudio del lector por la psicosis cuyos episodios ha novelado. La brusca sinceridad de la ejecución, la ausencia de matices equívocos y de alusiones complacientes, el estilo áspero y sobrio casi tanto como la violencia de las descripciones, antes que favorecer sofocan toda sugestión enfermiza. Sabido es que los especuladores de ese bien llamado cantaridismo literario consiguen — como las mujeres a medio vestir — sus mejores efectos con lo que ocultan y no con lo que revelan. Y eso es precisamente lo que no se propuso el autor de "Doña Magda", que lo revela todo.

Se trata, a mi modo de ver, de una obra enteramente moderna, emplazada dentro de la corriente de la "novela fisiológica" que los tiempos han impuesto, de modo que los principios de la nueva sensibilidad están de parabiens, porque ya tienen en "Doña Magda" la piedra angular para edificar la novela del porvenir. ¿Qué se opondrá, en efecto, para componer la sinfonía de los instintos después de haber agotado la de los sentimientos a la vuelta de dos centurias de congojas plañideras y de ficciones inconsistentes?

"Doña Magda" es la novela de los glóbulos rojos y del oxígeno renovador, y me resisto a creer que literariamente la verdad — narrada con honradez y sin prejuicios — no nos depare en un futuro próximo una cosecha abundante y provechosa".

Por A. M. L. (En "Crítica" - Capital).

"Se trata de una excelente obra, que la crítica ha recibido con merecidos elogios, habiendo obtenido el mayor éxito".

"EL HERALDO" (Maldonado - Uruguay).

"Hemos leído el último libro de Vigil (hijo).

El citado escritor, hombre joven, más que una promesa es ya una consagración como literato. Novela vigorosa, "Doña Magda" se ha de imponer en el mundo de las letras".

"EL 9 DE JULIO" (9 de Julio).

"Novelista de la nueva generación, nos pinta Vigil (hijo), con estilo galano y nuevo, la vida de Pablo Matessa, vida en la que tiene rara y trágica influencia la intervención de una mujer..."

"DIARIO DEL PUEBLO" (Colón - Entre Ríos).

"Obra que revela el penetrante espíritu de observación de Vigil (hijo), y su estilo vigoroso".

"EL COMENTARIO" (General Villegas - Pampa).

"Una novela que, en sus viriles rasgos y fuertes tonalidades del ambiente de Buenos Aires, revela las notables dotes del novelista".

"EL NOTICIERO" (Castelli).

"Escritor de exquisita sensibilidad y honda penetración psicológica, Vigil (hijo) nos ofrece la historia de un hombre: Pablo Matessa, personaje central de su obra, a cuya vera pasarán varias mujeres.

En su reciente novela, doña Magda es la primera mujer que gira alrededor de Matessa".

"EL TRABAJO" (Mercedes - Corrientes).

"Las grandes novelas: "Doña Magda". Es una novela completa, y es ella el autor, en forma elocuente y gala, relata una vida.

Constancio Vigil (hijo) ha obtenido un triunfo de resonancia en los círculos literarios argentinos y extranjeros".

"LA DEMOCRACIA" (Deán Funes - Córdoba).

"El personaje central de "Doña Magda", Pablo Matessa, hermoso ejemplar de masculinidad trazado por mano maestra, es el personaje en torno de quien el autor desenvuelve la trama de la novela, recibida favorablemente por la crítica, revelándose Vigil (hijo) un hábil pintor de ambientes y de tipos".

"EL IMPARCIAL" (Burzaco - Buenos Aires).

"Se trata de una novela muy bien construida, de un realismo sano y educador.

Pinta con una destreza de maestro y una valentía de gladiador los vicios de una aristocracia decrépita, realizando así una doble labor de crítica y enseñanza".

Dr. MARIO CESAR GRAS
(Autor de "La Eterna Congoja" y "La Casa Trágica".)

"Doña Magda" ha de constituir, seguramente, todo un éxito de librería, ya que las sobresalientes condiciones de su autor se revelan en este libro, cuya lectura logra atraer la atención desde las primeras páginas, acrecentándose aun más el interés a medida que avanza en su desarrollo".

"LA RAFAGA" (Villa Devoto - Buenos Aires).

"La novela "Doña Magda" enriquece la biblioteca argentina.

.....

Trabajador incansable, el talentoso escritor nos presenta una nueva oportunidad de admirar sus condiciones superiores de novelista y de psicólogo"

"*TERCERO ABAJO*" (Villa María).

"Doña Magda" ha sido recibida con aplausos por la crítica. A través de sus páginas su autor revela una prosa amena, fluida, interesante, un espíritu selecto y altas dotes de escritor".

"*EL TRIBUNO*" (Mercedes - San Luis).

"Trátase de una historia de la época, en la cual el autor ha sabido pintar con satia pluma caracteres y costumbres, reflejando honda experiencia en la apreciación de los personajes.

Doña Magda, sobre la que gira la acción de la novela, caracteriza a una madre de costumbres depravadas.

.....
La obra de Constancio Vigil (hijo) es una dura enseñanza, a la par que trasunto fiel de la vida que proporciona el siglo actual, frívola y superficial.

"Doña Magda" constituye un triunfo para Vigil".

"*LA REFORMA*" (Dolores - Buenos Aires).

"Vigil, en su primera obra, ha buscado sus personajes allí donde el tumulto de las pasiones crea seres que se apartan de lo común y hasta del ritmo ordenado de la naturaleza.

Sin embargo no podremos decir que Doña Magda, principal actor, no pueda ser un personaje real, con todas sus taras y pasiones violentas, ni que en el ambiente metropolitano sean raros los personajes como doña Magda".

"*NUEVO HERALDO*" (Rufino - Buenos Aires).

"Por la modernidad del tema; por la vida que hay en todas sus páginas; por el estudio psicológico que entrafia; por su contextura ágil y simpática y el problema social que plantea, "Doña Magda" es una novela interesantísima".

ALICIA PORRO FREIRE (Montevideo).

"Vigil nos brinda con "Doña Magda" la oportunidad para juzgarlo como novelista de vuelo.

.....
El autor se ha presentado al público argentino con una obra que ya anticipa, entre otras altas aptitudes, madurez de fantasía, firmeza de temperamento literario y claridad y precisión en el estilo".

"*NUEVA EPOCA*" (Santa Fe).

"Doña Magda" es una novela sensacional.

.....
Es una de las mejores novelas que han aparecido en el corriente año".

"TRIBUNA LIBRE" (Noetinger - Córdoba).

"Pocas veces el primer libro de un autor ha alcanzado tanta resonancia como "Doña Magda", novela con que ha iniciado sus aspiraciones de escritor de temple Constancio Vigil (hijo).

Hay una como nueva orientación en este primer trabajo detenido de Constancio Vigil (hijo). Una orientación de estirpe. El protagonista de "Doña Magda" no se anula con la última página del libro. El autor quiere retenerlo a punta de pluma para hacer continuar a través de nuevas páginas inspiradas en la fuente fecunda de sus pasiones. Hay originalidad, pues, en el tipo y el trazo firme, seguro, de su retrato.

Podría irse más allá con el título de esta novela, que ha sido recibida con marcado interés. Bien pudo llevar en su carátula un signo más pretencioso, ya que no se detiene su intención en el comentario de un episodio de un hombre, sino del destino de un hombre a través de su vida experimental.

Se podría decir, también, de "Doña Magda", que su sensibilidad es una sensibilidad de todos los tiempos. Obra moderna por su estilo, de párrafos breves, elocuentes, concisos, de cálida y vibrante concepción.

Con las páginas de "Doña Magda" el lector se va sintiendo gradualmente impresionado por el choque de las pasiones en juego y por los motivos de observación, tan reales y precisos, que acusan en el autor una imaginación fértil, rápida y generosa.

La técnica es feliz como la forma jugosa, tanto en la descripción detallista como en el diálogo, sencillo y lleno de color o lleno de fuertes sugerencias.

"Doña Magda" está obteniendo un elocuente éxito de librería, y Constancio Vigil (hijo) ha dado un paso firme en el terreno de la novela con este su primer trabajo literario".

"LA RAZON" (Capital).

"La novela recientemente editada, "Doña Magda", es una obra de gran mérito.

La trama de la obra es bien urdida y desarrollada con habilidad.

.....
Actúan con acierto, en la obra, los otros caracteres de sus personajes, dándole un colorido bello e interesante.

Merece ser leída esta novela, tanto por su fondo como por el tema de que trata, y que su autor desarrolla con singular acierto, demostrando poseer elevadas condiciones de talento y observación".

"LA REPUBLICA" (San Andrés de Giles - Buenos Aires).

"Doña Magda" es una novela algo desconcertante; algo o mucho. El autor sabe seducirnos, sabe atarnos a la lectura de sus páginas, a menudo nerviosas, alguna vez neuróticas. Es, indudablemente, hombre nacido para escribir, pues sabe ver y, lo que más importa, sabe observar.

.....
El señor Constancio Vigil (hijo) no tiene las tendencias salvacionistas de su padre, no es un misionero civil; es, a lo que parece, un artista

enamorado de su "modo", que hace, por decirlo así, el arte por el arte. Se puede añadir que lo hace y mejor lo hará, pues tiene todas las condiciones favorables para ello".

FOLCO TESTENA.

"Acabo de leer "Doña Magda". Me apresuro a felicitar al autor con toda la sinceridad de un hombre brusco que ha perdido la noción de la injusticia. Conocía su talento periodístico, pero ignoraba que manejara los personajes novelescos con maestría y con arte.

Posee Vigil (hijo) la cualidad esencial del novelista: en el diálogo nos da la psicología de los protagonistas, cosa más difícil de lo que parece. Además, no es tampoco un mérito menor que el ya citado la fluidez del estilo. Sus hombres y sus mujeres hablan, gozan y sufren sin que el lector piense en ningún momento que están fuera del mundo".

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY.

"... el autor de "Doña Magda" se nos revela en su primer ensayo con los perfiles netos de un escritor de enjundia y fácil dominio del idioma. Y conste que al decir ensayo entendemos significar el esfuerzo ponderable de una realización que completa perfectamente la intención expuesta en el prólogo.

En efecto; Vigil, que confiesa que su primer libro es también el primero de una serie que tratará la "historia de la vida de un hombre", confirma, empero, en la etapa inicial, valimientos superiores de un novelista de nota.

Doña Magda, que es el nombre de una mujer madre de familia, pero de instinto pasional y diabólico, lleva su desenfado hasta la conquista de un joven inexperto, que tiene, en cambio, la gallardía física del púgil en pleno apogeo.

Esta intriga de amor clandestino y en apariencia imposible, por la diferencia en el rango social y en la edad, no es un obstáculo para que la pluma del señor Vigil (hijo), diestramente, con soltura de escritor avezado, complete la impresión de un drama silencioso, que hiere sin sangre la paz y la armonía de dos hogares. Luego, la idea del vicio con el desenfreno de la voluntad desquiciada, descripta con la rudeza y sinceridad realista de los grandes novelistas rusos contemporáneos, nos prueba que el joven escritor tiene pasta suficiente para sobresalir y alcanzar el perfeccionamiento de los verdaderos maestros. No cabe exageración, pues, al decir que con "Doña Magda" se ha revelado un temperamento de artista con dotes privilegiadas, que autorizan a vaticinar el suceso de su obra futura."

"EL TELEGRAFO" (Capital).

"Yo creo que Vigil puede estar contento con "Doña Magda".

Todos sus personajes tienen calor de sangre. Todas sus páginas dan sensación de fuerza, de realismo y de talento. El estilo, casi desnudo, es contundente.

Aplaudo el "Propósito", que revela juventud, entusiasmo y energía."

F. RUQUI (Montevideo).

"Es raro que un escritor, con su primera novela, se revele ya con caracteres propios y definidos, como el señor Vigil (hijo), en este primer

libro. Se trata de una obra de observación, trazada con un estilo claro y sencillo, donde la emoción no empalidece.

Muchos de los pasajes de esta novela hablan al espíritu del lector, porque no hay quien no haya hundido su pensamiento o contemplado muy de cerca una mujer de la índole de Magda.

.....
En este libro, Vigil (hijo) ha cuidado hasta esa parte primordial, la inquietud del espíritu de sus heroínas, lo que hace que al internarnos en su obra sintamos un interés inaudito que nos lleva hasta el final. Es como esas novelas de Zola, jirones de la vida, que nos hablan de angustias y señalan una tendencia.

.....
Como hemos dicho, este libro es sincero, porque su autor no ha puesto grilletos a su pensamiento.

.....
Ha pintado el autor, con mano firme y con ricos colores, una tempestad otoñal, y la severidad asombrosa de un alma joven que medita mucho y se escuda en el deber.

.....
Indudablemente, Constanancio Vigil (hijo) nos ha sorprendido con una obra tan completa e interesante.

.....
Nuestros escritores de novelas, que abundan en temas repetidos, o quieren pintar trazos que no han estudiado, debían imitar a Vigil, que dice cosas muy bellas y muy fuertes, en capítulos empapados en una franca realidad.

.....
"Doña Magda" es una novela muy bella; quizás a los espíritus timoratos o atados a viejos prejuicios les produzca una mueca de horror; pero, pese a todo, lo que él narra es lo que pasa continuamente, quizás con distinta "forma", pero siempre dentro del marco de la sociedad."

.....
"FRAY MOCHO" (Capital).

.....
"Confesamos que la impresión que nos sugiere la lectura de la mencionada novela es que en su autor hay pasta y elementos sobrados, tanto de la comprensión técnica del difícil género literario, cuanto en las disposiciones de observador y de artista. En sí, podemos decir, sin pizca de exageración: "Doña Magda" representa, más que el significado de un esfuerzo meritorio, el paso definitivo del Rubicón, que sólo alcanzan los predestinados.

.....
Literariamente impecable y con fuertes rasgos de una personalidad que se inicia con los augurios de un verdadero maestro, en "Doña Magda" se nos muestra, además, la posibilidad de un perfeccionamiento que puede resultar trascendental en el ambiente, por la feliz adaptación del realismo, dentro del canon y la emotividad propia del elemento cosmopolita que integra nuestra raza.

.....
... en la primera obra publicada por Vigil (hijo) trasunta algo de la ruda franqueza que se observa en la brillante producción literaria rusa del último cuarto de siglo."

.....
"ULTIMA HORA" (Capital).

.....
"Obra llena de realidad, en la que su autor revela un vigoroso temperamento de escritor, "Doña Magda" está llamada a obtener un gran éxito entre los lectores cultos y amantes de la literatura sin artificio.

En este libro — el primero que publica Constancio Vigil (hijo) — se nos ofrecen cuadros de admirable colorido.

El lector se siente envuelto por la descripción magistral de aquella escena en la que se pone al descubierto en toda su terrible desnudez el alma oscura y anormal de una mujer que, subyugada por la lujuria y enceguecida por los celos, olvida que es madre.

El libro de Vigil está destinado a influir poderosamente en la orientación literaria de nuestros jóvenes escritores, enseñándoles a buscar en las fuentes, siempre renovadas, de la vida real los elementos indispensables para realizar una obra de positivo valor artístico y de hondo valor humano."

"EL HERALDO" (Belgrano - Capital).

"... Esta novela es un trozo palpitante de realidad. Doña Magda existe, vive esa clase de mujeres que se mueven en altas esferas sociales: es presidenta de muchas instituciones filantrópicas, se siente protectora de artistas, toma cocktails que harían tumbar a un Matessa, fuma cigarrillos inacabables y adopta actitudes de mater dolorosa cuando un hijo imposible proclama con su desvergüenza la educación del hogar "ultra chic".

Mucho realismo el de su novela; realismo educativo que sortea, merced a un noble estilo, los inconvenientes del asunto, y que hacen que el libro se lea con interés y se recuerde con agrado.

Reciba, pues, el autor, mis felicitaciones más sinceras, y ojalá continúe destacando bien perfilados esos personajes, que son índice de la decadencia moral ambiente. Las llagas se curan con cauterios, y cauterios de máxima eficacia son los libros que como "Doña Magda" responden a sanos conceptos de corrección moral."

GRACIANO TOZZINI (Capital).

"El nombre de Constancio Vigil (hijo) es de por sí tan notablemente simpático dentro del ambiente literario y periodístico, que una obra que lleve su firma tiene ya asegurado el más eficaz apoyo para un cordial recibimiento.

El autor es un joven que afronta sin arrogancia, mas con audacia, arduas situaciones de ambiente y que, sin exponer el desenvolvimiento de una tesis, presenta a los personajes con la línea de una nota gráfica evidéntísima que nos da la más perfecta visión de los mismos.

Constancio Vigil (hijo) en esta su novela: "Doña Magda" — que es la primera de una serie en la que se propone narrar, o mejor describir, la vida de un hombre — ha trazado con mano segura y con singular acierto un cuadro de ambiente, que por ser excepcional no es menos real y verdadero.

Ambiente de excepción, pero en el que la pasión morbosa de una mujer domina y sujeta voluntades muy débiles, y hace extraviar sentimientos y vidas que la rodean.

Doña Magda es una perversa que pervierte todo, hasta la pureza y la fuerza de la juventud. El autor presenta a su protagonista en este primer episodio, como frente a la primera fase de la batalla de su vida. La perversa mujer es más fuerte que éste, anulando sus energías físicas y morales.

La interesante obra nos depara un dejo de tristeza, aunque no definitivo, porque esperamos otros episodios en los cuales seguramente surgirá

una reacción simpática para los sentimientos y la moralidad de la generalidad de los lectores.

El autor llama a su libro el primer capítulo de la vida del protagonista: Pablo Matessa, y anuncia los próximos: "Olga", "María Ivanovna", etcétera. Estos formarán una serie de novelas que, aunque separadas e independientes, se hallan unidas por una única trama que responde al espíritu de la obra.

Esta, no obstante ciertas crudezas en algunas situaciones, responde sin duda alguna a altos fines de educación moral, lo que garantiza la personalidad de Vigil (hijo); como es garantía de su éxito el valor literario que posee, y la habilidad con que el tema ha sido tratado y desarrollado.

"Doña Magda" será, a no dudarlo, el primer ejemplar de una bella colección de interesantísimas novelas."

"GIORNALE D'ITALIA" (Capital).

"Doña Magda" es un libro fuerte, de vigoroso colorido, de sano realismo (subrayo *sano* porque hay otro realismo enfermizo, y ese sí que es perjudicial), que debiera ser leído por todos los muchachos que, como Pablo Matessa, empiezan a vivir y se encuentran totalmente desprovistos de armas defensivas.

La novela de Vigil es lo que todos sabemos: lo que en corrillos de hombres se habla en voz alta, libremente, y en rueda de mujeres muy en secreto, por natural decoro y recato.

Doña Magda es un personaje hartamente conocido; Vigil lo ha recordado, sacándolo de la vida real, y trasladándolo a su libro. Con ello adquiere más relieve, y al tropezar con ella, nos decimos: "¡Pero si ésta es Fulana!"

En resumen: un libro muy bueno y muy del ambiente. El capítulo con que se inicia la novela *se ve* más que se lee, y el de la llegada de la hija de Clark a la estancia es de una sencillez admirable.

Ahora me pregunto: ¿Cómo procederá Pablo en lo sucesivo, después de esa iniciación tan brusca de su vida sentimental? ¿Cómo juzgará a las mujeres?... ¿Cómo orientará su existencia? ¿Sostendrá Vigil el carácter del personaje, o le hará variar, según las circunstancias!"

MARIA L. DE VARGAS DE FERRINI ("Fanfreluche").

"El autor ha sabido enfocar aspectos pintorescos de nuestra manera de vivir actual, y ello es muy auspicioso para los que, como yo, vivimos tomándole el pulso al presente, ganosos de una estética ceñida a la realidad.

"Doña Magda" vive, en las páginas de su libro. ¿Qué mayor elogio para una novela?"

F. ESTRELLA GUTIERREZ.

Comenzamos la lectura de la novela de Constancio Vigil (hijo), lo vamos a decir con franqueza, con bastante prevención. Varios detalles nos inducían a suponer que el autor debía su triunfo a la índole *realista* de su obra.

El estilo y la trama nos cautivaron; al terminar la lectura sentimos el alivio y la satisfacción de encontrarnos ante una novela admirable y lo que es más interesante: ante una novela de un fondo moral absoluto, edificante, libre de tonterías, pero pleno de salud y de vigor.

El hijo del autor de "El Erial", eligiendo, para su suerte, una índole

de literatura que nada tiene que ver con la cultivada por su progenitor, ha sabido sin embargo mantenerse bajo su influencia saludable.

“LA IDEA” (Capital).

Pocas veces una pluma nueva ofrece un trabajo de tal firmeza y profundidad.

Constancio Vigil (hijo) con su novela “Doña Magda” alcanza de un golpe un sitio junto a los mejores colegas del género.

.....
“Doña Magda”, mujer diabólica, actuando en Buenos Aires, da a Vigil hijo oportunidad para tejer, con feliz acierto, un argumento interesantísimo, con situaciones de gran emoción y dramaticidad.

“EL RADICAL” (San Miguel).

Hemos leído, *de un tirón*, sin poder soltar el volumen, el nuevo libro del joven escritor.

¡Qué extraño poder tiene esta obra, que prende al lector como con garfios de sus páginas!

Desde que uno lee la primera línea se va *metiendo* en el argumento y siente la necesidad y un curioso anhelo de saber el final, de terminar por conocer todos los detalles de la tremenda lucha de temperamentos, de ansias, de pasiones.

Constancio Vigil hijo es sin discusión un hombre nacido para escribir y para escribir novelas. Tiene la rara virtud de saber interesar y su pluma, muy hermana de la del genial Gorki, es de admirable vigor y firme trazo.

“LA VOZ DE LANUS”.

“Doña Magda”, por Constancio Vigil hijo, es en verdad, como la llamaron sus editores, “la novela del año” y en ella, también es cierto, “el autor pinta con vigorosos trazos los episodios de una gran pasión”.

Generalmente los editores exageran; he aquí un caso raro en que podemos asegurar que más bien se han quedado cortos.

La obra de Vigil hijo es una magnífica obra, escrita con estupenda visión de lo humano y de lo real.

Estamos ante un pintor y estamos también ante un cirujano que, sin escrúpulos de tímido ni mogigaterías, ataca el mal, un terrible mal, y corta con serenidad y firmeza.

“Doña Magda”, de sana moral, es una novela de *primera agua*.

“EL SUPLEMENTO” (De la Sociedad Argentina de Diarios).

Con estilo conciso y vigoroso Vigil, hijo, ha delineado las vidas que mueven sus ansias y deseos en “Doña Magda”, denunciando esta obra a todo un notable y meritorio novelista.

Los protagonistas centrales de esta novela, Pablo Matessa y doña Magda, han sido observados y estudiados con prolijidad, describiendo Vigil, hijo, con plumazos de una certeza desconcertante, las causas y los efectos, desastrosos, de una pasión malsana.

.....
La novela “Doña Magda”, en su triple conjunto de trabajo de estudio,

de crítica y de enseñanza, es el brillante eslabón de una futura obra maestra.

ROQUE LARRE.

¡Estamos ante un nuevo y vigoroso novelista!
"Doña Magda" revela en su autor las condiciones excepcionales de un magnífico pintor de caracteres y ambientes digno de figurar en la legión no tan numerosa por cierto de los grandes novelistas americanos.
Auguramos al libro de Vigil (h.) una gran difusión, como justo premio al nuevo escritor.

"PAIS LIBRE" (Capital).

La novela del año, bien llamada por los críticos, es la obra de Constancio Vigil (hijo), titulada "Doña Magda", que encierra rasgos altamente humanos, donde se pinta la vida *vivida* tal cual es.

Digna de leerse es esta obra, ya que a la vez que deleita educa y hace pasar a su lector verdaderos momentos agradables, de intensa emoción".

"EL ECO" (Quilmes).

"Así escribe sus novelas: con la sorprendente originalidad de que su propósito se limite a la creación; sin el pensamiento vanidoso de que cada carilla escrita pueda ser un cheque contra el socorrido Banco de la Gloria.

Esta conducta tiene su premio y adorna a la producción de Vigil (hijo) con su mejor mérito: una invariable espontaneidad que, si alguna vez parece apremio, deja casi siempre en el lector la saludable impresión de que está informándose por la más reciente noticia del suceso que se relata. Más vida que literatura hay, por eso, en "Doña Magda". Descripción telegráfica parece, a trozos, de una emocionante historia cuyos episodios estuvieran todavía desarrollándose. Tal la frescura de la narración. ¿Es este el buen camino? ¿Conduce hacia los volúmenes que encerrarán la mejor cosecha de nuestros tiempos? A cuenta de los días va la respuesta. Nosotros sólo podemos decir que así como en la arquitectura la línea sobria conquista el gusto de la época, en las letras la parquedad sustituye con ventaja a los frondosos estilos que ayer henchían los carrillos y el énfasis de los declamadores.

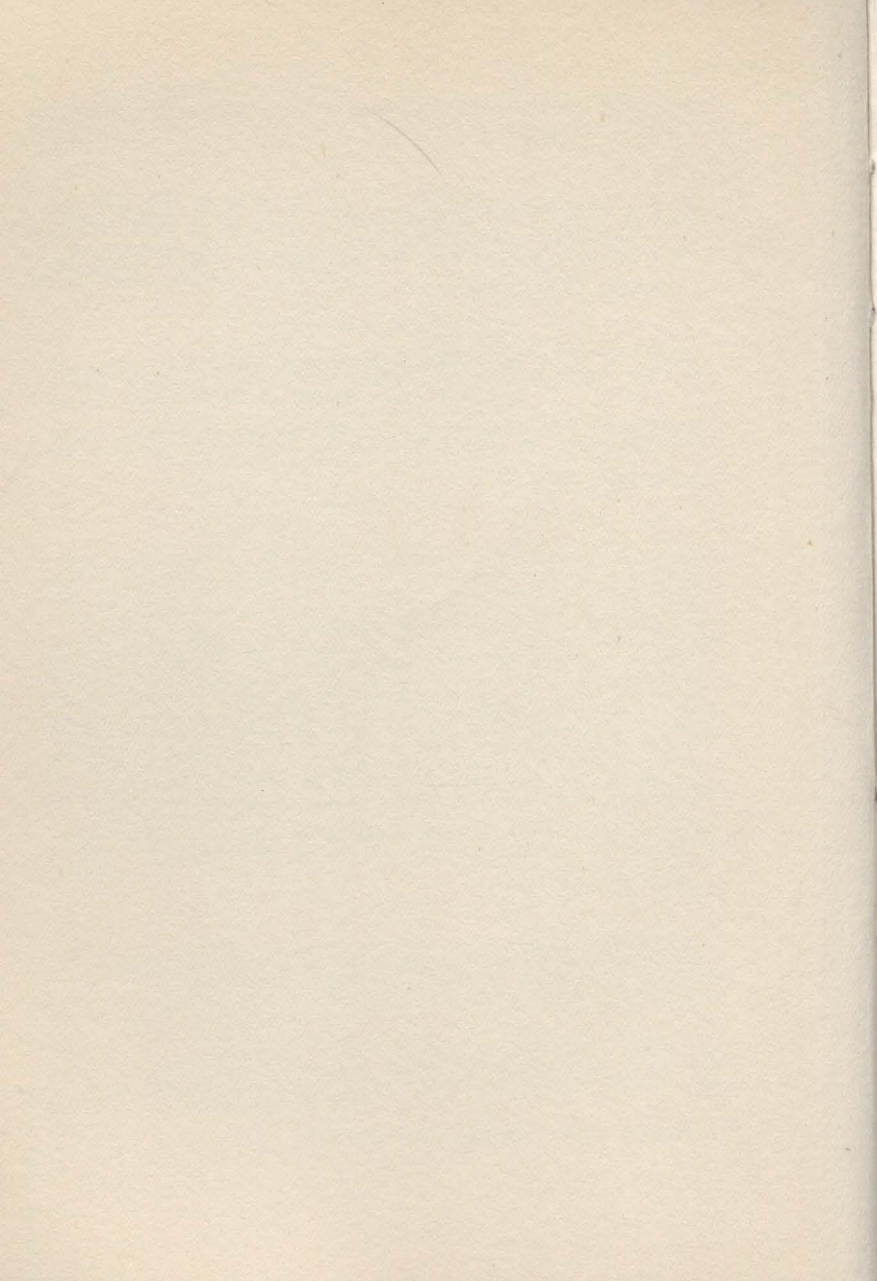
Vigil (hijo) se inclina, naturalmente, hacia el nuevo tono. Confiamos en que la venidera labor confirmará, de preciso modo, esta impresión optimista".

LEONARDO TUSO.

Ha llegado a nuestra mesa de redacción una novela de ambiente porteño, cuya lectura nos ha producido verdaderos ratos de grato solaz. "Doña Magda" no es una historia vulgar, sino el estudio psicológico de los temperamentos humanos que en sus diferencias de edad, estado civil y social, vemos a diario en nuestro suelo.

Ha puesto en juego su autor, Constancio Vigil (hijo), todas las buenas artes del escritor moderno, y sobriamente, sin artificios, nos brinda en "Doña Magda" un estudio digno de los que escriben, no sólo para entretener, sino también para enseñar.

"EL INDEPENDIENTE" (Gral. Villegas).



OLGA

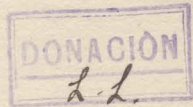
Es propiedad del autor.

Todos los derechos reservados.

Supl. 25704

OLGA

NOVELA



POR

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

1546



TALLERES GRAFICOS R. B. P.

BUENOS AIRES

1928

OLGA

NOVELLA

CONTRASTO



FRANCESCO B. B.

1888

PROPOSITO

AL publicar «Doña Magda», en julio de 1927, se explicaba:

«Historia de la vida de un hombre» es lo que se propone escribir el autor.

«Entiende que en estas vidas, las etapas más notables las constituye la mujer, y presentará diversos tipos de psicología femenina que reflejan toda la existencia de Pablo Matessa

«Doña Magda», siendo una novela completa, es el primer capítulo de la obra que se intenta realizar.

«Los otros capítulos, distintas etapas de la vida de Pablo Matessa, serán otras tantas novelas; Olga, María Ivanovna, etcétera; cada cual una

novela independiente, pero todas vinculadas entre sí por el principal personaje masculino, cuya existencia será determinada y explicada por las diversas mujeres que influyen poderosamente en su destino.»

Olga viene a ser el segundo capítulo de la obra iniciada con Doña Magda y que continuará con María Ivanovna y Mila, pero es una novela completa e independiente.

“El Refugio” es una antigua casa de techos bajos, con ocho habitaciones espaciaosas *en fila*, una a continuación de la otra, comenzando por una sala a la calle, con zaguán a la derecha, y a continuación de éste un hall cerrado con vidrios; sigue al hall un patio, al que dan las otras piezas, limitado al fondo por el comedor, que sobresale en forma de martillo, y por un pasaje que comunica con un segundo patio, y a la derecha por un cerco de material.

En el segundo patio están el baño y la cocina, y sobre éstos, dos “cuartos para el servicio”. Este segundo patio es inmenso, semiembaldosado con losas de piedra y cerrado a la izquierda y al fondo por los altos muros de casas linderas, y a la derecha por la prolongación del mismo cerco que cierra el primer patio y lo separa de la casa vecina.

Separa nominalmente, porque la realidad es otra, como lo atestigua su mismo estado. En toda su extensión el cerco muestra pruebas indiscutibles de que su objeto ha sido desvirtuado.

De trecho en trecho grandes brechas ofrecen más o menos cómodo pasaje.

Es que ya ni es un cerco: es una sucesión de puertas chicas y grandes, que en el segundo patio llegan a portones, culminación de la conquista realizada por los practicantes internos del hospital que se levanta imponente a cincuenta metros de "El Refugio".

La casa, según testimonio del Registro de Propiedades, pertenece a don Camilo Testa, italiano, de cincuenta y ocho años de edad, casado, y con cuatro hijas.

Camilo Testa llegó al país relativamente joven, y trabajó de constructor, "como una bestia", según su mujer, durante muchos años.

Peso sobre peso reunió una pequeña fortuna y se construyó media docena de propiedades para renta.

Una de éstas es ahora "El Refugio"; otra gemela y lindera, separada por el cerco, que don Camilo hizo hacer bastante bajo "para no perder de vista al inquilino", la habita él con su familia.

Don Camilo Testa es ese viejo que se pasa el día sentado en un banquito muy bajo, a la puerta de su casa, pitando su larga pipa de barro, con la cabeza gacha y la mirada eternamente fija en los mosaicos de la acera.

—Buen día, don Camilo...

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Buenas...

—Buenas tardes, don Camilo...

—Buenas...

—Adiós, don Camilo...

—Buenas...

No levanta la vista ni para mirar al cielo.

Es un hombre vencido, acabado.

¡Había que verlo dos años atrás! Con sus grandes bigotes, insolentes de tan erguidos, su enorme vientre echado para adelante, exigiendo paso, su cadena de oro con medalla, su anillo de sello, sus fenomenales botines amarillos y aquel aire de señor opulento que iba *valorizando la propiedad* con su presencia.

Entonces era el respetable don Camilo Testa, *el richón*.

Después vino lo terrible: la lucha desesperada entre el dueño de casa y “los salvajes del hospital”.

Un año duró la batalla; un año en que don Camilo Testa, italiano derecho y enérgico, se defendió como un león. Hace ya un año también que claudicó de todo.

—Buen día, don Camilo...

—Buenas...

—Buenas tardes, don Camilo...

—Buenas...

Ya no le importa ni le interesa nada de nada.

Una vez por mes lo visita un empleado de la Compañía que le administra sus casas, y le rinde cuentas.

OLGA

—Ciento veinte pesos de la casa de la calle Tal, doscientos del almacén, cien...

—Está bien, está bien...

Llama a su mujer y le hace entrega de todo.

* * *

De tarde en tarde “el viejo don Camilo” sufre pequeñas crisis nerviosas. Le tiemblan las manos y los labios, se revuelve un poco en su banco, pita más seguido.

Son añoranzas del pasado.

Es el pobre cerebro reblandecido, que se sacude ante el desfile cinematográfico de su tragedia.

Dos años atrás...

La lucha comenzó un sábado de tarde, ya ni recuerda de qué mes.

Mientras su mujer, secundada por las hijas, prepara una monumental “raviolada” para el domingo, don Camilo, en mangas de camisa, trajina en su pequeño jardín. De rato en rato vase hasta la cocina y observa, deleitándose, la marcha del trabajo.

—Benissimo... benissimo...

Lllaman a la puerta de calle, y Anna, la menor de las hijas, corre a atender.

—Papá... Quieren hablarlo... Es por la casa...

Don Camilo Testa escucha estupefacto la propuesta de arrendamiento de la casa “de al lado”, que hace una semana ostenta el letrero de “*se alquila*”, y que le formu-

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

lan, en sendos discursos, tres practicantes del hospital, en nombre del “internado”.

—Así que lo que ustedes me proponen es que yo alquile mi casa a los internos del hospital; ¿estamos?

—Es claro... eso mismo.

Aquello y lo inconcebible por monstruosamente absurdo era lo mismo para don Camilo Testa.

¿Alquilar él una de sus casas a los “internos”, cuyas *salvajadas* lo tenían enfurecido?

¿Y a él personalmente se atrevían a hacerle tamaña propuesta?

Una carcajada falsa sacudió al italiano de pies a cabeza.

—Ma... díganme, ¿ustedes están locos?

* * *

A la noche del mismo día, ante la “asamblea” de los estudiantes internos del hospital, convocada especialmente, los delegados dieron cuenta del fracaso de su gestión ante el “gringo don Camilo”.

—Es un energúmeno... ¡No hay nada que hacer!

Otro fué más sincero:

—¡Es que “el tano” nos conoce por referencias!

La asamblea estaba, sin embargo, de acuerdo en que era indispensable conseguir un local en las inmediaciones, para que fuera “la verdadera casa de los internos”.

Era necesario emigrar del hospital, evitar la vigilancia del nuevo director, que con una energía desconcertante

había conseguido lo que para sus colegas y antecesores constituyó siempre lo imposible: imponer su autoridad y hacerla respetar.

Es cierto que esa autoridad y ese respeto no evitan la vida de desorden de los estudiantes, ni los escándalos de toda categoría, que trascienden al barrio y a la prensa, pero los moderan y sobre todo los obstaculizan, y los veintiocho internos no están dispuestos a tolerarlos.

El mismo director ha encontrado aceptable la fórmula de transacción: que tengan su casa fuera del establecimiento.

“¡Lástima que el gringo don Camilo no sea zonzo!”

Artemio Derro, “el petizo Derro”, morocho, casi mulato, con unas orejas grandísimas, cabello ensortijado, ojos chicos y redondos, que camina y acciona con mucho de orangután, ha tomado la palabra y ha sido rotundo en su discurso:

—La casa de ese “tano” está vacía y nos conviene. ¡Hay que conseguirla, por las buenas o por las malas!... ¡Vamos a verla!

Derro era de arrastre, y “la indiada” lo siguió.

A puntapiés se hizo saltar la cerradura de la puerta de calle, y en un par de minutos más el “malón” no dejó un rincón sin ver ni una puerta por abrir.

Cuando don Camilo Testa, alarmado por los golpes y las voces, asomóse por el cerco sólo alcanzó a ver algunos fósforos encendidos por el suelo. Pensando en ladrones, fué en busca del agente de policía.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Han de ser los internos nomás, señor...

—¿Ma... usted los vió?

—No... Yo no los vide, pero han de ser ellos nomás.

Constituída de nuevo la asamblea, fué unánime la opinión:

—Hay que conseguirla.

Entonces habló Carlos Morales, parco, enjuto, de un talento de sabio y un físico casi miserable, pero de un enorme poder de simpatía; era el caudillo del internado, con una autoridad indiscutible.

—Hay que conseguirla... No es tan fácil la empresa... Yo tengo, sin embargo, un plan... Necesito *el hombre*... Ninguno de nosotros sirve, porque todos somos bien conocidos... Hace falta un tipo cínico y audaz... Yo no lo tengo.

Luciano Papillón, una verdadera rata de un metro y medio de estatura, saltó resuelto.

—¡Yo lo tengo!...

—¿Vos? — inquirió, dudando, Morales.

—Sí... es un tipo *macanudo*... Si quieren lo voy a buscar.

Opusieronse a la oferta infinidad de reparos, dado que se trataba de la incorporación de un extraño al estrecho círculo tan celosamente cerrado, pero la imperiosa necesidad de solucionar el problema fué salvando estos reparos, y media hora después Luciano Papillón, orgulloso de su victoria, hacía triunfal entrada, acompañado del "doctor" Víctor Pucci de Miranda. Bastaba la presen-

tación ante semejante asamblea para poner a prueba al individuo más aplomado.

El "doctor" Víctor Pucci de Miranda no sólo afrontó tranquilo el trance, sino que hasta hizo derroche de des-envoltura y audacia.

—¡Qué tipo!

—¡Es un fenómeno!

Víctor Pucci de Miranda constituye, en realidad, un "fenómeno", uno de los miles de fenómenos que viven en Buenos Aires pura y exclusivamente de su audacia.

"Docto" sólo en cinismo e inmoralidad, llega en sus fechorías hasta pisar el terreno mismo de la delincuencia; pero lo hace tan bien calzado, con tan grande habilidad y eligiendo tan acertadamente sus víctimas, que muy pocas veces salpica de barro sus immaculadas polainas crema.

Ha sido político, rematador, *procurador* y *abogado*.

En todos sus negocios y combinaciones no persigue grandes ganancias. Se conforma con vivir, con "ir tirando", según propia expresión; con "ir tirando" sin pagar ni sastre, ni casa, ni comida.

Escucha el plan de Morales, encantado; ha sido siempre su sueño ingresar en el círculo de los internos, disfrutar de las locuras que le cuenta Papillón; y ante esta brillante oportunidad se propone ganarse ese ingreso con todos los honores.

* * *

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

El proyecto del caudillo consistía en que Pucci de Miranda, presentándose como médico, alquilase la casa a su nombre. Naturalmente que “el gringo don Camilo” exigiría referencias, contrato y garantías, y sería entonces cuando la audacia del “doctor” lo habría de suplir todo.

Pocas veces el ingenio humano ha producido una obra de cinismo más perfecta que la desarrollada por Víctor Pucci de Miranda.

Proponerse vencer la desconfianza de don Camilo Testa parecía absurdo, y engañarlo inverosímil; sin embargo, aquel desfachatado fué tan hábil, puso en juego ardidés y tretas tan ingeniosos, que a los tres días de trabajo era el arrendatario legal, y por dos años, de la casa destinada a “El Refugio”.

Don Camilo Testa en persona daba la grata nueva a su mujer, la buena de doña Peppina, restregándose las manos de satisfacción.

—Benissimo... benissimo...

Acababa de alquilar su casa en doscientos ochenta pesos a un médico de San Juan, joven, culto, trabajador, hijo de estancieros riquísimos, según se lo certificó “el propio Banco”, y que venía a establecerse en Buenos Aires.

Con una guiñada de picardía, don Camilo recalca:

—E... además soltero... mía carissima Peppina...

Porque hasta a eso había llegado el cínico; con increíble refinamiento consiguió despertar en don Camilo Testa una idea que el italiano ya consideraba fruto exclusivo

OLGA

de su sutileza: el futuro posible vínculo entre las familias Testa y Pucci de Miranda, mediante el matrimonio del brillante facultativo con una de sus cuatro hijas.



El festejo de la victoria sobre “el tano Camilo” alcanzó contornos brutales.

Los veintiocho internos, con el “doctor” a la cabeza y una docena de mujeres, perdidos en absoluto todos los escrúpulos y reparos, sacudieron el hospital entero, desde los cimientos hasta las azoteas, con el más descomunal de los escándalos.

Desde las veintidós hasta las tres de la madrugada, los pacientes y el personal vivieron horas de verdadera angustia.

La muchachada, enloquecida, se entregó a todos los excesos imaginables. Encerraron al administrador del nosocomio en su propio dormitorio, maniataron a “Pompas Fúnebres”, el “gallego” leal del director, desconectaron los teléfonos, y, fuera de las Hermanas de Caridad, que se escurrían entre aquel infierno corriendo de una cama a la otra, calmando y atendiendo a los enfermos, nadie se libró de las bromas bárbaras.

El propio “doctor” Pucci de Miranda recibió “el bautismo”, desnudado a tirones y sumergido en una bañera de azul de metileno.

Rompieron vidrios y muebles, golpearon a dos enfer-

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

meros de los no “adictos incondicionales”, obligaron a media docena de hospitalizadas convalecientes a incorporarse a la farándola, ultrajaron a una enfermera novicia, bailaron, gritaron y hasta hicieron disparos de revólver en los patios, en los halls y en las salas mismas, ante los ojos desmesuradamente abiertos de miedo de los que esperaban la muerte o la salud.

Fué una noche fantástica de locura, del más grotesco de los carnavales, en que el dolor y la alegría — una alegría salvaje, — en gritos que eran aullidos, se reunían en una danza terrible.

A las tres, con las primeras claridades de la madrugada, “Pompas Fúnebres” pudo zafarse de sus ligaduras y corrió en busca del director, a quien recibieron con bombas de estrépito, colocadas estratégicamente en el hall de entrada y en el despacho de la Dirección.

Estas bombas, preparadas por el “pirotécnico” Mendieta, enterriano, “capaz de cualquier cosa”, eran famosas, pues producían un estampido ensordecedor.

El director, inmutable, hizo comparecer a Morales.

—¿Estamos de acuerdo, amigo, en que se ha colmado la medida?

—Sí, doctor.

—¿Usted cree que esta situación puede prolongarse?

—No, doctor.

—Bien... Nos entendemos... Son... las cuatro de la mañana; tienen ustedes hasta las doce para abandonar el hospital... ¡Llévense todas sus cosas fuera de aquí!

OLGA

—Perfectamente, doctor... Y le agradezco, en nombre de todos, la solución que da usted a esto.

—Buenos días.

—Buenos días, doctor.



Se había planeado una *toma de posesión* paulatina de la casa del “gringo Camilo”.

Primero se instalaría el “doctor” de Miranda con dos “ayudantes”; luego alguna “enfermera”, y poco a poco el resto de la pandilla.

Ahora era necesaria una mudanza total e inmediata.

Pucci de Miranda, medio alcoholizado y totalmente teñido de azul, en virtud del baño, clamaba desesperado:

—¡Ay, mi Dios, en la que me he metido! ¡El gringo me mata!... ¡El gringo me asesina!... ¡¡Esto es imposible!!... ¡Muchachos, por favor!

A las nueve, los practicantes, personalmente, iniciaron la mudanza ante el vecindario, que asistía a un espectáculo por cierto bien pintoresco.

Con una gravedad de auténticos changadores profesionales, los internos trasladaron camas, roperos y atados de ropa, a través de una multitud de curiosos que comentaban en todos los tonos el acto.

Lo último en mudarse fué la pianola, y para ello se pidió la ayuda del público.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

A mediodía Morales comunicaba al director el cumplimiento de su orden.

* * *

A mediodía también, al descender de un tranvía en la esquina de su casa, don Camilo Testa recibía de labios del almacenero la noticia nefasta.

—¡Ma... no es posible! — Y corrió, tambaleándose, a cerciorarse de lo insólito.

La realidad le hizo el efecto de una descarga eléctrica en pleno cerebro.

Era la primera vez en su vida que se le burlaba en semejante forma.

Y comenzó en ese instante la lucha en que perdió todo: tranquilidad, salud y honor. La lucha desapareja y cruel, que terminó, al año, por convertirlo en ese viejo triste y arrugado que se pasa el día sentado en el banco, a la puerta de su casa.

Hombre recto y *legal*, buscó precisamente en la rectitud y en la legalidad su defensa; y primero la policía, y luego los letrados, y después la justicia, recibieron su grito airado, pero siempre respetuoso, de protesta ante el atropello brutal.

Pero la policía, los letrados y la justicia tuvieron poco que hacer con un "italiano tacaño", envuelto en la red tan ingeniosa del "doctor" Víctor Pucci de Miranda.

Y vinieron después los encuentros personales entre pro-

pietario e inquilinos; los insultos, las pedradas, los escándalos terribles, que en plena noche hacían saltar al italiano de su lecho, para treparse al cerco y desgañitarse gritando a los "salvaques" todo su furor, aguzado por las burlas más sangrientas.

Una tarde, ya entrado el sol, sorprendió a Blanca, la mayor de las hijas, conversando con un estudiante asomado por el cerco.

Don Camilo vió rojo, perdió el control sobre sus nervios, ya enfermos, y, armado de un palo, hirió de consideración a la muchacha.

Intervino la policía, lo prendieron, lo tuvieron preso durante cuatro días, y cuando volvió a su hogar ya era un hombre quebrado.

Fué el principio del derrumbe. Su mujer y sus hijas, cansadas de sus rabiets diarias y de su tiranía extrema, aprovecharon el momento y, reunidas las cinco, terminaron de vencerlo. Vino en seguida el relajo, el hundimiento del hogar *honesto y limpio*, orgullo de don Camilo Testa.

Vinieron las cosas bochornosas y horribles, que el pobre gringo tuvo que ir soportando día a día. Ya no tenía fuerzas, ya había perdido la fe en cuanto constituía el armazón que lo sostenía erguido y altanero.

Primero Blanca, en seguida Margarita, luego Anna, y por último Laura, las cuatro hijas fueron pegándole al viejo horribles puñaladas, que terminaron por desangrarle el corazón.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Doña Pepina, la buena de doña Pepina, acostumbrada sólo a obedecer como una sierva las órdenes del “amo”, carecía en absoluto de la menor energía, y atontada ella también por el vértigo de las cosas tan sobrenaturales, sólo atinaba a enjugarse de cuando en cuando alguna lágrima furtiva.

Y comenzó entonces el cerco que separaba la casa de don Camilo de “El Refugio” a dejar de ser cerco.

Comenzaron las brechas, las *puertas*, y por último los *portones*, que hicieron de ambas casas, prácticamente, una sola casa.

Los primeros doce meses de *ocupación* los internos pagaron religiosamente el alquiler. En el segundo año ya llegaron a atrasarse en tres y cuatro mensualidades, para terminar, por último, por no pagar ni un peso.

Morales, Derro, Mendieta y Lagos Novaro, cabezas principales del internado, eran, respectivamente, los dueños de Blanca, Margarita, Laura y Anna, y esa propiedad era absoluta.

El internado de medicina estaba dispuesto a que su famoso baile festejando el día del estudiante fuera ese año superior a todos los anteriores.

La consigna se recibió *como compromiso de honor*, y desde tres y cuatro semanas antes del veintiuno de septiembre se iniciaron los preparativos, con gran intensidad.

Los practicantes de cada uno de los hospitales de Buenos Aires querían que su programa resultara el mejor del conjunto a realizarse en el escenario del teatro Victoria, y era admirable el empeño y el talento que ponían en sus papeles de acróbatas, de "bailarinas", de bufos, de trágicos o de autores.

Los ensayos se realizaban noche a noche dentro mismo de cada nosocomio, terminando, por lo general, a la ma-

drugada, y después del correspondiente escándalo, que en algunos de los establecimientos exigía comúnmente la intervención de la policía y del cuerpo de bomberos, para evitar hechos de carácter criminal, de los que se solía hacer víctima hasta a los transeuntes que, desconociendo el peligro, pasaban por las aceras cercanas.

Los habitantes de "El Refugio" libraban a su correspondiente hospital de esta pesadilla. La casa, amplia, con su patio al fondo que es una plaza, les ofrecía todas las comodidades necesarias.

Lagos Novaro ha sido elegido *director de ensayos*, y el hombre dirige mostrándose un extraordinario ingenioso.

Aprovecha con acierto singular las actitudes de cada uno, y combina escenas, situaciones y trajes como un artista escénico.

Sobre un tablado en medio del patio-plaza, a la luz de una pobre lamparilla eléctrica, van desfilando los diversos números.

Lagos Novaro, sobre un cajón, da órdenes, y el conjunto de habitantes de "El Refugio", más una veintena de intrusos inevitables, hacen de público, rodeando el tablado, ya de pie, ya sentados, ya tendidos simplemente sobre el piso, con diarios por tapices.

No falta una ruedita de truco, ni un "flirteo" a alta temperatura, ni un "poker" por cigarrillos. Y para poner una nota más de color, si cabe, en el conjunto, dos muchachos estudiando: un "rusito" de ojos vivaces y piel amarillenta, exprimido y enfermizo. Se propuso ser

médico en tres años, y va en camino de triunfar. Es uno de los cientos de rusos que en las facultades argentinas, con carácter admirable, vencen por sobre todo y contra todo. El otro es Pablo Matessa, alto, fuerte, despejado. No sobresale por una inteligencia superior, pero se ha ganado un prestigio y un sitio entre el internado, a pesar de ser sólo estudiante de segundo año. Es llano y tiene carácter. Es un mozo *de tino*, guapo, simpático y con un concepto claro de la hombría. Representa unos veintidós años, cursa sus estudios con regularidad y es para los compañeros un "tipo gaucho". Precisa definición del hombre con el que se puede contar.

Los internos cuentan con él, a cambio de la admisión en el círculo, que le reporta muchas ventajas en comodidades personales y en sus estudios.

Pablo Matessa ocupa continuamente puestos reservados a los internos, los reemplaza en sus guardias en el hospital y hasta ha servido algunos auxilios urgentes en ambulancia. En estos días de ensayo, en que sólo se piensa en el famoso baile, es imprescindible, hasta el punto de que constituye su domicilio en "El Refugio".

—"Matessa, por favor."

Es una frase que se repite una docena de veces por noche y representa otra docena de casos en que el muchacho es reclamado por algún interno para que lo reemplace en guardias o auxilios.

Esta noche, "enfrascado" en su "Topográfica", no

accedió al primer pedido de Mendieta, que tenía guardia de auxilios.

—Disculpame, entrerriano. ¡Esto no me entra!

Pero a las veintidós, estando precisamente Mendieta en pleno “ensayo” de “tonadillera española genuina”, “Protosuuario” reaparece, enérgico.

—¡Guau, guau!... ¡Guau, guau!

“La española” interrumpe, indignada, sus “aires regionales”, y encara al inoportuno:

—¡So chulo! ¡Grandísimo golfo!

—¡A la ambulancia, tonadillera!

—¡Y debe ser urgente! Protosuuario está enérgico.

—¡Guau, guau!... ¡Guau, guau!

Mendieta lo mira a Matessa implorante.

—¡Pablito, por favor!... ¡Por tu madre, rapaz!

Matessa accede.

—¡Guau, guau!... ¡Guau, guau!

Protosuuario es un perro propiedad del “gallego Eulugio”, encargado de los pedidos de ambulancia, y a quien éste utiliza como mensajero entre el hospital y “El Refugio”. Eulugio ha educado a Protosuuario perfectamente, y basta que lo suelte de la cadena y le dé una o varias palmadas al animal para que éste parta velozmente hacia la casa de los internos, y a ladridos advierta a éstos del llamado. Y es interesante observar cómo, de acuerdo con la cantidad de palmadas que recibe de su amo, el perro expresa con ladridos la mayor o menor urgencia del llamado.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Guau, guau!... ¡Guau, guau!

Matessa acaricia al animal y sale a la carrera tras él. Toma rápidamente su abrigo y sombrero, salva en un minuto los cincuenta metros que separan a “El Refugio” del hospital, y ya en el pescante de la ambulancia azuza al cochero para que apure.

En ocho minutos cubren las quince cuadras, y el improvisado “practicante” salta resuelto sobre la acera de una modestísima casa, en barrio de miseria, obscuro y solitario.

El cochero, hombre que sabe, con diez años de *estos casos*, le advierte:

—Con tino, *doctor*... Atención a las sorpresas.

—¿Qué sorpresas?

—El año pasado fué por este bello barrio donde “se la dieron” a Eulogio y a Derro... ¡Hasta los sacos les robaron!

Matessa llamó con fuerza. La puerta, de tablas de cajón, se entreabrió, crujiendo.

—¿El “dotor”?

—Sí...

—Pase.

Y una bocanada de alcohol y tabaco bañó al *doctor*. Entró éste en un zaguán estrecho y luego en un patio de tierra, alumbrado, si cabe la pretensión, por una pequeña lámpara colgada de un alero de zinc.

El introductor era un hombre bajo, encorvado, que arrastraba los pies y tosía continuamente.

OLGA

Escondía la cara tras las solapas levantadas del saco y murmuraba con desgano:

—Pase... “dotor”... pase...

Con esfuerzo levantó una arpillera que hacía de cortina.

—Entre, “dotor”...

Matessa entró y el hombre quedóse en la puerta. Más que habitación de humanos, aquello era un establo, de sucio y de frío.

El *doctor* experimentó un *chucho* de asco y de lástima. El cuadro era desolador. Colgada de un clavo, en el muro sin revoque, una lámpara poco mejor que la del patio alumbraba apenas. En medio del cuarto, con piso de ladrillos, una cama de hierro, descascarada, unos trapos que fueron sábanas, un saco de hombre por cobija, una almohadilla inmundada, y entre todo eso un gusanillo que se estremece en convulsiones y en gemidos.

—¡“Dotor”, es mi hijo!

Pablo la miró con horror.

¡Fué una mujer!

Desgreñada, enloquecida, con un rostro que era una mueca de espanto, irguióse, toda de negro, toda temblando, junto a la cama del hijo.

—¡Mi hijo, “dotor”, que se muere!

Matessa se descubrió, temblando también él.

Jamás, en su vida de adolescente despreocupado, jamás, en sus años de bienestar, pudo soñarse tamaña miseria y tamaño dolor.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Es mi hijo, “dotor”!

Era un grito horrible, de desesperación y de miedo..

Con torpeza, acercándose al lecho, toca con manos trémulas aquella cosita, tan pequeña, tan insignificante, que palpita y se queja.

—Es mi hijo, “dotor”, que se muere... ¡Que se muere, “dotor”!

El hombre, el introductor, se le acerca sigiloso.

—¿Lo llevan, “dotor?... Es mejor.

Matessa reacciona. Quitase, resuelto, el sobretodo, descuelga la lámpara y se inclina sobre el niño moribundo.

Respira con dificultad, a intervalos, a gemidos. La fiebre lo devora; el corazón, un corazoncito de seis meses, falla lastimosamente; vientre inflamado, pulmones afectados... El gusanillo se va; es indudable.

¿Y qué va a hacer el estudiante de segundo año para evitar que se vaya?

—¡Es mi hijo, “dotor”!... ¡Que no se muera, por Dios!

Es que se muere... Es visible que se muere... y se muere pronto, demasiado pronto.

—¿Lo llevan, “dotor”?

—¡No!... ¡Eso no!... ¡Por favor, “dotor”, eso no!...

Y se vuelve, demente, hacia la criatura, y grita, y llora, y clama, con un clamor que tortura y eriza.

—¡Hijo de mi alma!... ¡Hijo mío! ¡No te mueras, por favor! ¡No te vayas, hijito mío!... ¡Mi hijo!... ¡Hijo de mi alma!... ¡No me dejes!... ¡Eres lo único

OLGA

que tengo... ¡Eres todo para mí!... ¡Hijito bueno... hijito santo... no la dejes a tu pobre mamita!...

—¡Lo van a llevar, “dotor”?

—¡No, hombre, no!... ¡Qué vamos a llevar!

—Es mejor... Total... — insiste, cargoso, el padre.

—¡No, hombre, no!... ¡Para qué?

Alguien entró de pronto en la pieza. Una curiosa impresión de luz, de frescura, de calmante para los ánimos sobrecogidos por el dolor llenó el ambiente miserable.

Pablo Matessa, de espaldas a la puerta y absorto en el doloroso “caso”, dióse vuelta bruscamente. La madre, la pobre madre del gusanillo moribundo, apartó al muchacho con violencia.

—¡Señorita Olga!... — Y se le abrazó llorando, enloquecida.

—¡Qué pasa, mujer?... ¡Qué pasa? — Voz clara, agradable, extranjera, medio inglesa.

La madre, calmándose un poco, extenuada, deshecha, señaló al niño, apenas perceptible entre los trapos.

—¡Se agravó?

—Se va, señorita Olga, se va... me deja... ¡Por eso la he llamado!

—¡Pero no, mujer; no se ponga así!... ¡No se desespere! ¡Llamó médico?

Matessa sintió vergüenza. Sintió un reproche enérgico de su propia conciencia, y cuando la madre lo señaló indecisa, como si advirtiera entonces ella también que aquello no era un *médico*, tuvo la necesidad de justificar.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—No, señorita... No ha venido médico... Hemos venido con la ambulancia...

La madre rugió de nuevo:

—¡No! ¡¡Yo no quiero que me lo lleven!!

Matessa y Olga se quedaron un instante mirándose con fijeza. Había en los ojos claros de la muchacha censura o ruego. Y Pablo Matessa prefirió ver lo segundo, y explicó resuelto:

—¡Voy a traerle un médico!

Y ya no reparó en nada más. Había que conseguir que los ojos claros lo miraran sin censura y que el ruego se cumpliera.

Se impuso con energía al cochero, y fué en busca del doctor Tópez, pero el doctor Tópez no estaba en su casa, o no estaba para semejante caso, y recurrió entonces al doctor Sieves, con idéntico resultado, y luego al doctor Sartínez; por último, como último recurso, al doctor Lázquez, y ya sin esperanzas, con mucha amargura, recogió en el carro al “doctor King”, grandote, colorado, rebosante de ciencia y de whisky.

—¡Mas... pero... muchacho... mí no está para curas esta noche... mí no está borracho... pero mí está decadente, muchacho!...

Costó un sentido colocar al doctor King frente al infante moribundo, pero cuando estuvo allí, cuando sus ojos, enrojecidos y vidriosos, distinguieron la carnicita que palpitaba en estertores, se produjo “el fenómeno del inglés King”, el milagro ya famoso de un cerebro que

se despeja, de unos ojos que se aclaran, de un hombre embrutecido y adormecido por el alcohol que recupera su dominio y su ciencia.

Y el hombre grandote y colorado acepta el reto y entra en lucha.

—Muchacho... saca el saco... Muchacho, desnuda al chico... Muchacho, termómetro... Muchacho, una cuchara... Muchacho...

Treinta minutos de terrible ansiedad para todos. Media hora de tensión brutal para los nervios, que no aguantan más.

Por último, el mazazo:

—Muchacho... ¡no hay nada que hacer!...

Olga intervino, espantada.

—¡Doctor!... ¿Pero es posible? ¿Se va?

—¿Quién?... ¿El chiquilín?... ¡Sí!... Ya hace mucho... rato que se hubiera ido... Sólo lo hacen quedar más aquí... los llamados de su mamá...

—¡Hijo mío!

—Vamos, muchacho... vamos. Mí está decadente... muy decadente, esta noche.

Pablo Matessa, en cuanto se deshizo del doctor King, corrió en busca de Mendieta, a quien explicó lo ocurrido.

—¿Y a qué diablos te metiste a buscar médico? ¿Por qué no trajiste al chico directamente aquí?

Matessa titubeó un instante.

—¡Ganas de armar líos, nada más!... ¡Chiquilindas!... ¿Y, ahora, si el “gallego” habla?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—No; ese no habla. Corre por mi cuenta... Pero mirá, entrerriano: en parte tenés razón, pero entendé y dejate de estupideces.

—¿Eh? — interrumpió, airado, Mendieta; pero el aplomo del otro lo frenó.

—Sí, entrerriano. Vos me conocés y sabés bien mi forma de hacer las cosas... El asunto me interesó.

—¡Polleras! — sentenció el entrerriano, cambiando de actitud y de tono.

—Lo que sea... Era inútil traer al chico... ¿Para que se muriera en el carro?

—Para evitar líos.

—Bueno... escuchá.

—¿Ya está "frito"?

—No... Yo quiero que vos vayas y lo veas.

—¿Para qué?...

—Yo te lo pido.

—¡Ufa!... ¡Berretín!... ¿Te dice papá?

—Dejate de pavadas.

—Estoy molido, niño. ¡Son las tres y me muero de sueño!

—Yo voy a hacer repetir el pedido de auxilio.

—¿En serio?

—Sí, entrerriano; haceme el favor.

—¡Olé con el niño! ¡Olé con su "metejón"!

—Es un caso perdido; pero, por favor, hacé la parada, por lo menos, de hacer algo.

Y sin esperar contestación volvió el estudiante a la

casa miserable, en la que el gusanillo continuaba consumiéndose minuto a minuto.

Los ojos claros y húmedos de la muchacha rubia e inglesada lo recibieron cordiales. La pobre madre, arrodillada junto al lecho, prendida, con las manos crispadas, de los trapos, ni advirtió su entrada, absorta en su dolor horrible. El niño respiraba a intervalos largos, penosamente, cada vez con mayor dificultad, y la pobre mujer respiraba a compás con el niño.

El chico se ahogaba y ella se ahogaba; el chico se estremecía y ella también se estremecía... ¡Si son carne de carne!... ¡Si lo uno no es más que la prolongación de lo otro!

—Hijo mío... Pedazo de mi alma, pedazo de mi corazón... — Ya ni grita ni clama: gime, destrozada por el golpe espantoso.

—Señorita...

Olga se le acerca en puntas de pies.

—Se debiera llamar, señorita, nuevamente al hospital... a la Asistencia. ¿Usted no sabe de dónde se podrá hablar por teléfono?

—¿Le parece?

—Sí... Yo he arreglado para que venga otro médico... del hospital; pero es necesario pedir el auxilio.

—¿Vale la pena?

—Sí...

—Yo le diré a Manuel que vaya.

Manuel, el introductor, padre del moribundo, dormía

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

sobre un catre, en la habitación contigua, y renegando y tosiendo salió a cumplir el pedido de la *señorita Olga*.

Cuando llegó Mendieta la criatura había experimentado una reacción...

La cara rosada de la señorita Olga se iluminó.

—¿No ve, mujer?...

Pero Pablo le explicó al oído casi: —No hay que hacerse ilusiones. — Y el entrerriano, después de una rápida auscultación, ratificó: —Se muere.

La cara rosada pareció de cera. Los ojos claros y húmedos brillaron con lágrimas, fijos en la madre, ajena a lo inminente.

Era una mujercita más bien alta, erguida, bien plantada, con cierta altivez simpática. El “se muere” la descompuso. Hizo un esfuerzo visible por dominarse, pero Pablo, observándola, creyó prudente intervenir.

—¿Por qué no toma un poco de aire?... Salga al patio, mejor.

Y Olga accedió. Allí lloró un poco. Desahogó la pena que “le oprimía la garganta” y se rehizo.

—¡Pobre mujer!... Me da una lástima inmensa. ¡Es una infeliz!... ¡El tercer hijo que pierde!

—El padre... ¿es ese hombre?

—Sí... Un canalla, un sinvergüenza... Es un perdido... Vive ebrio. ¡Tiene los hijos para no trabajar él!...

— Y explicó: —Ella se coloca de ama, y el vive borracho... Los hijos se mueren por culpa de él... Es claro, ¡les falta la madre!

OLGA

Un grito horrible los sacudió. Olga agarróse al brazo del muchacho, llena de miedo.

—Bueno... lo previsto... Cálmese.

Las manos de la rubia se soltaron despacio.

Aspiró a “pulmón lleno” el aire de la madrugada y entró resuelta a auxiliar a la madre, presa de un fuerte ataque nervioso.

Un hombre alto, todo de negro, franqueó, titubeando, la puerta de calle.

—Con permiso... Con permiso...

Pablo escuchó clara la voz del cochero de la ambulancia: —¡ Entrá! ¡ Entrá!

Y el hombre todo de negro, sombrero en mano, dió unos pasos más, ya en el patio.

—Con permiso...

Pablo se le adelantó.

—¿ Qué quiere?

—¿ El señor es de la familia del pobrecito difunto?

Matessa comprendió.

—Sí... ¿ y usted?

—Mi más sentido pésame, señor... ¿ Usted es hermano del angelito, acaso?

—Sí...

—Mire, señor: aquí cerquita nomás está la empresa... la mejor empresa de pompas fúnebres...

A empellones, y yéndosele las manos en algunas cachetadas, Pablo llevó hasta la calle al traficante y, ya en la acera, hubo también parte para el cochero cómplice.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Yo no tengo nada que ver! Es un “lechuza” cualquiera; anduvo rondando, se palpitó el negocio...

—Sí... ¡Vos le palpitaste el negocio! ¡Sabandija!

Pero no pudo menos que sonreír el estudiante al contemplar al fantasmón alto y flaco, que se perdía a lo lejos, disparando a grandes zancadas.

La señorita Olga y Pablo Matessa son ahora amigos. Cultivan, por lo menos, una amistad; se ven a diario y pasan largos ratos juntos. Con motivo de la muerte del niño y de la necesidad que hubo de internar a la madre, deshecha, en el hospital, los dos muchachos se han tratado, han simpatizado y se llaman amigos.

Olga, serena, fría, indudablemente sincera, expresa su satisfacción por esa amistad, que nunca pudo hallar y que siempre creyó posible.

Pablo, con calor, declara un poco brusco:

—Yo jamás he creído en estas amistades, Olga. Para mí no son posibles, no son duraderas, no son humanas.

—¿Pero ahora cree? — corta ella, un tanto alarmada.

—Creo... ¡Creo en usted, Olga! ¡Creo sólo en lo que usted sea capaz de realizar!

Ella no comprende muy bien, pero no ve tampoco la necesidad de comprender, y se calla, contemplando tranquila al muchacho, que la seduce con su trato llano y con la hombría que su instinto de mujer le descubre.

No es un sajón como ella, no es de los hombres de su raza, pero tiene lo que le agrada de éstos y además ese calor del latino, que la encanta. Se tiene fe absoluta, hasta un poco temeraria, educada en el dominio de sí misma, y le resulta juego el llevar aquello hasta donde “se le dé la gana”; supónese inexpugnable a los ataques vulgares del hombre, que en varias ocasiones, al principio sobre todo, trató de provocar en Matessa, para ver si era “igual a todos”.

Pablo, por su parte, se ha hecho un ideal de la conquista de la mujercita.

Un poco saturado de vanidad, en virtud de su pasada aventura con una mujer de la calidad de doña Magda, entra en la lucha con confianza, en la seguridad de que ésta no le será desfavorable. Aquilata, además, con bastante equidad, los valores reales de Olga, y esto precisamente lo temple y alienta, justificando a su espíritu, un poco deprimido por el epílogo de aquello de Magda, en su anhelo de refrescarse en el oasis de los ojos claros, de las crenchas de oro y de la voz, muy dulce, de la nueva mujer que el destino le pone al paso, pródigo y generoso.

—Voy a tratar de ganármela — se repite a diario.

Y a ella ha llegado ya a decirle:

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Le tengo un inmenso aprecio y un sincero afecto, Olga. Yo no sé hasta dónde llegarán mis sentimientos, pero... para su tranquilidad le prometo sinceramente que si ese aprecio cambia, que si ese afecto se modifica, que si mis sentimientos se agigantan y llegan a otra cosa, se lo diré en el acto, mi amiga, porque no deseo traicionarla.

Y él recuerda siempre la serenidad de los ojos claros y lo inmutable de aquel semblante, un poco “de muñeca”, cuando lo escuchó.

“La señorita Olga” es hija de escandinavos, nacida hace veintidós años en Buenos Aires, y educada por sus padres con raro esmero.

Esa cabeza rubia, de niña, aniñada aún más por las roscas de cabello sobre las orejas, es un modelo de organización.

Hecha al hogar, tan rico como recto, sabe de responsabilidad personal, y utiliza la libertad de que disfruta con admirable buen criterio.

—Es cuestión de raza...

—¡No!... Es cuestión de educación.

El ambiente extraño no asimila a estos seres. Ellos asimilan del ambiente lo que entienden que les conviene y... se crean lo demás.

* * *

—Voy a tratar de ganármela...

Pablo ha iniciado la conquista poniendo toda la astucia de que es capaz.

OLGA

Ella es franca, liberal, libre de prejuicios, un poco masculinizada en sus procederés. A veces llega a provocativa, buscándolo, azuzándolo, en un roce como al desuido, en una mirada, en un abandono complaciente.

Instintivo, él se cuida. Adivina, o cree adivinar, en exceso de astucia, o de tino, que es simulacro de entrega, para probarlo.

Por otra parte, si fuese entrega real, si el roce, o la mirada, o el abandono, expresaran verdad, sería victoria fácil, excesivamente fácil, ¡y ese no es su anhelo! ¡Quiere ganársela! Le llena de placer vencerla, rendirla. ¡Lo enardece la lucha!

Puede que en un instante, ante la boca húmeda, o el pecho promisor, o el cuerpo bien formado, el instinto se apreste al zarpazo, pero sólo en un instante.

El propósito formal es el otro; cercarla, irla estrechando, pulgada a pulgada, dentro del círculo vigoroso de su gran deseo; carcomer, en tarea de paciencia persistente, sin desmayos, las defensas de hierro de la educación y del carácter de la mujercita excepcional.

Difícil la empresa.

Difícil, pero hermosa.

Llena de dificultades, casi heroica.

Por esto lo seduce, precisamente.

¡Un mes, dos, un año!

No importa.

El instinto, aunque siempre despierto por juventud y

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

temperamento, experimenta un poco del hartazgo de sus jornadas bestiales, de excesos y despilfarros.

¡Un mes, dos, un año!

—¡Al fin será mía!

A ella la seduce el muchacho, la entretiene, la divierte.

Encuentra en su amistad un placer grande, y tiene también su plan.

Quiere al *amigo*, y en todo caso llevarlo al amor verdadero, rendirlo. Hacerlo suyo, quizá por fin, pero en camino de rectitud, de pureza, de hogar. En algún momento se le presenta, en lecturas audaces o entre sueños de excitación, la sombra del zarpazo, la posibilidad de la caída traicionera o de la entrega incondicional.

Es un fantasma que llega y se va, en vértigo, en rapidez de luz, turbándola apenas.

—Me gusta... Me gusta mucho el muchacho, pero en todo caso sabré llevarlo por el verdadero camino.

Ella cree que realiza su objeto. El también cree que su propósito marcha.

Al salir de la Facultad, a eso de las diez y siete, Matessa se encontró con Juan Carlos. Elegante, impecable como siempre, con su bastón de puño de oro, sus polainas, su chambergo, y aquel semblante pálido de soñador, cómplice tan eficaz de sus fechorías amorosas.

“Confianzudo”, charlatán, sinvergüenza, entretenía con sus charlas, ligeras y graciosas.

Juan Carlos, aunque varios años mayor, tenía predilección acentuada por Matessa. Predilección que, a pesar de no ser compartida en absoluto por este último, encontraba campo propicio para expansiones y confianzas.

—¡Pablito! — Y se le abrazó, cordial.

—¡Qué tal!

—¿Dónde vas?... ¿Te acompaño?

—Bueno...

—¡Te felicito, don Juan!

—¿Por?...

—¡Ayer te vi en Palermo, *al caer la tarde* — recalcó, riendo, — del brazo de una cosita deliciosa!

Matessa, reservado hasta el extremo, jamás habló con nadie una sola palabra de Olga.

La alusión lo molestó.

—¿Qué?... ¿No te gusta el descubrimiento?

—¿A mí me viste?

—¡Sí, angelito!... ¡A vos, en propia persona, bien prendido de algo, pero muy bien!... ¡Una delicia la chiquilla!

—¿Del brazo, decís?

El “descubridor” comprendió que iba por mal terreno.

—Bueno, hombre... ¿No te gusta que te haya visto?

—No; eso no... ¿Por qué?

—Del brazo, propiamente, no te vi, pero bien arrimadito sí. ¡Qué cosa linda, hermano!... ¡Qué maravilla!... ¡Una muñequita deliciosa!

Un poco de halago había para él. Sonrió.

Entonces Juan Carlos cargó a fondo, alentado.

—¡Te felicito!... ¡Cómo las hacés de callado, bribón!; ¿eh?... Hacés bien... ¡Qué diablo! ¡Es preciosa la criatura!... Te juro que nunca he visto nada igual. ¿Pero es serio el asunto?

Matessa trató de esquivar.

—Dejate de zonceras... Y a vos, ¿cómo te va, qué andás haciendo?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Me va bien... ¡Pero no seas egoísta!... ¡Hablemos de esa criatura angelical! ¡Dejame gustar por lo menos algo, aunque más no sea, de tanto primor!... ¡Tomamos algo aquí, en este “boliche”?

—Bueno.

—¿De dónde la sacaste?

Tejió Pablo algunas mentiras y, en equilibrios, trató de salir del paso. Para conseguir *algo* de reserva, por lo menos, hablóle de *seriedad* y *formalidad*.

No era una aventura; era, más bien, una amistad, que podía llegar a lo formal.

—Mirá, Pablo: vos sabés que tengo bastante, pero bastante experiencia de la vida, que he vivido mucho y he visto mucho. ¿Querés un consejo?... ¡No seas bobo!... ¡Aprovechá el bocado!

Matessa prefirió dejarlo hablar.

—El bocadito vale la pena. ¡No seas zonzo!... ¡Si podés, hincale el diente!... ¡No lo pierdas! ¡Ya tenés muchos años por delante para cosas serias, hijo!... Cuando a uno se le presenta una delicia semejante... “aprovechate, gaviota, que no te verás en otra”. Si uno no lo hace, por pavadas, ¡después es cuando se arrepiente!

Durante media hora Pablo se regaló los oídos con los elogios a “su” dama y los consejos del experto.

Desde luego que si podía *sería suya*...

Pero ocultaba al charlatán su verdadero pensamiento.

—¡Sos un loco, Juan Carlos!...

—Sí, hermano; loco o lo que quieras; pero te aseguro

que con mi locura le saco a la vida, a *la perra vida*, mucho más jugo que otros *cuerdos*... ¡Y qué jugo, hijo: delicioso, exquisito!... Total... cuando suena la hora, viejo... “¡addio!”... se acabó el banquete, y el que no comió... ¡sufra!... Y la hora, hermanito, suena en cualquier momento... Una maceta sobre la cabeza, un ómnibus, una empanada con cianuro... ¡Hay que aprovechar, hijo! ¡Y qué cuerpo el de la rubia!... ¡Qué carita de muñeca!... ¡Es un encanto!

—Bueno, loco; me voy; tengo que hacer.

—¿La rubia? ¡Egoísta!... ¡Confesalo!

Se despidieron.

Las sentencias originales del “loco” Juan Carlos se le quedaron a Matessa *metidas en la cabeza*.

—¡Ya lo creo que si puedo!... El cuerpo, la carita... ¡la boca roja y húmeda!...

Tomó un automóvil.

—A Palermo, al Rosedal.

Casi todas las tardes, al anochecer, se encontraba allí con Olga, que solía ir con la madre o con alguna amiga. Llegó atrasado, y lo recibieron con el correspondiente reproche.

—¡Muy bien!... ¡El caballero se hace esperar!

—Discúlpeme, Olga.

—Le voy a presentar a una amiguita... La señorita Berta...

—Tanto gusto.

Caminaron un rato los tres por entre la soberbia ro-

saleda, conversando de la noche hermosa, del lago y de los cientos de autos que circulaban por las avenidas. Uno de éstos se detuvo a unos metros de ellos y se escucharon sus "bocinazos".

La señorita Berta despidióse precipitada.

—Me voy... Con permiso. Tanto gusto... Hasta mañana, Olga... Adiós, señor... Buenas tardes.

Olga y Pablo se quedaron contemplando a la chica, alta, delgada, ágil como un gamo, que salvó a la carrera la distancia que la separaba del coche y metióse en éste, junto a su conductor, que aceleró de inmediato.

—Es una buena amiga... Ese es un joven que la festeja... Un estudiante de medicina, casualmente... ¿Quién sabe si usted no lo conoce, Pablo?... Se llama... Juan Carlos...

—¿Juan Carlos Modina? — interrumpió, sorprendido.

—Eso es... ¿Lo conoce?

Se quedó helado.

¡Qué jugada más curiosa de la vida!...

—¿Lo conoce, Pablo?... ¿Por qué se ha quedado así?

—Sí; lo conozco... ¡Cómo no!... Ha sido compañero mío.

—¡Qué casualidad!...

—Eso, precisamente: la casualidad me ha sorprendido.

—Esta tarde me lo presentó; tomamos el té los tres juntos, y después se fué; dijo que tenía que ir hasta la Facultad, y ahora ha vuelto a buscarla para ir al cine.

—¿Qué tal es esa chica?

—Buenísima... demasiado buena, quizá... Hace como cinco años que nos conocemos, pero ahora hacía como dos meses que no nos veíamos... ¡Está loca con su Juan Carlos!...

—¿Hace mucho que se conocen ellos?

—No... es cosa nueva... Un mes apenas... Yo no sabía nada; esta tarde me contó. Está enamorada... Es muy simpático él; pero...

—¿Pero qué?

—No me gusta... ¿Es amigo suyo?

—No; *amigo*, no. Hemos sido compañeros.

—Me parece medio... “caradura”, como dicen ustedes.

—Quizás... — la alentó para que hablara. — Sí; bastante “caradura”.

—A mí, sinceramente, no me gusta... pero... ella está loca, loca... ¡Pobre!... ¡Es tan buena!... Había demasiado ese hombre... me parece medio sinvergüenza.

¡Qué bien lo había conocido! ¿No tendría alguna relación aquella *casualidad* con los *consejos*?

—¿Usted nunca lo había visto, Olga?

—No... es la primera vez, y no me gusta nada... No sé por qué... Lo creo capaz de cualquier canallada... ¡Pobre Berta, es tan buena!... ¿Usted no sabe nada de él?

—No, Olga... es... más o menos como la generalidad. Preocupaban a Pablo la *casualidad* y los *consejos*.

—¿Esta tarde vino con ese coche?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Sí... él lo maneja. Dijo que era suyo.

Matessa sabía que el automóvil no era de él, sino de un amigo, con el que hacía *combinaciones*.

—¿Es de él, Pablo?

—No sé.

—¡No!... no es de él. Estoy segura de que mintió... Si ni siquiera sabía bien dónde estaba el botón del arranque. ¡Imagínese!

Si curiosa era la *casualidad*, más curioso era el espíritu de observación de la muchacha.

—¡Qué noche soberbia, Pablo!

—Muy hermosa.

—Tengo un capricho...

—¿Cuál?

—Atravesar el bosque.

—¿Ahora?

—Sí... ¿Se anima?

—¡Cómo no!...

—Entonces vamos caminando despacio... Es temprano.

—Con mucho gusto, mi amiga.

De sorpresa en sorpresa.

¿Se podía concebir algo más interesante que una señorita que invitaba a su amigo a atravesar un bosque, a pie, ya de noche?

OLGA

El asunto salía de lo común. Uno junto al otro, formando una original pareja, fueron internándose lentamente, bajo la obscuridad de los árboles que constituyen el “bosque”, bastante raleado ya, que se extiende en unas veinte cuadras, desde el costado de la rosaleda hasta Belgrano, poco más o menos.

Ella iba contenta, hablando continuamente de mil cosas, aspirando a bocanadas el aire puro, con mucho de colegiala en asueto.

De pronto la bañaba un rayo de luna, colado entre el ramaje, y Pablo se regalaba comiéndosela con los ojos.
¡Qué linda estaba!

—Ese vestido le sienta muy bien, Olga.

—¿Usted admirándome un vestido?... ¿diciéndome un piropo?... ¡Es la primera vez! — Y lo llenó todo con su risa, sonora y contagiosa.

Advirtieron que alguien los seguía. Como a cincuenta metros detrás de ellos, un hombre se escurría entre los troncos.

—¿Quién será?

—No se preocupe...

Dos o tres veces se detuvieron. El hombre se detenía. Tomaban a izquierda o derecha. Hacía lo mismo. Era indudable que los seguía.

—¿Quién podrá ser, Pablo?

—No se asuste... Vamos a pasar ese puente... y ya veremos.

El hombre también pasó el puente.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Volvamos, Olga.

—¿Qué va a hacer?

—No tenga miedo; volvamos.

Olga tomólo del brazo, temerosa.

—¿Quién será, Pablo?

Al enfrentar el árbol tras el que el hombre se ocultó al verlos volver sobre sus pasos, Matessa, soltando a su compañera, lo encaró resuelto.

—¿Por qué diablos nos sigue?

—Un guardabosque.

La cara de facineroso del hombre sonrió con cinismo.

—Es mi deber.

—¿Ah, sí?... ¿Este es su deber?

—¡Sí, señor... hay que impedir que ustedes cometan inmoralidades!

—¡La inmoralidad es la suya!

—¡No, niño!... Se equivoca. ¡La suya es la inmoralidad, al venirse con la niña por estas obscuridades!

Un poco de razón tenía el individuo.

—Vamos, Pablo... ¡Vamos!

Matessa, comprendiendo que poco ganaría con llevar las cosas más adelante, obedeció.

—¡Lo felicito por su misión!

—¡Ande derecho, niño, y no se detenga en lo oscuro si no quiere pasarlo mal!

Continuaron el paseo ya malogrado.

—Hemos sido un poco audaces, Pablo... ¿verdad?

—No... ¡Mire!...

Por el mismo camino en que iban, delante de un auto cuyos faros las alumbraban, tres personas accionaban y gritaban.

Una mujer, un joven y un agente de policía.

—¡Esto es un atropello! — vociferaba, ya ronco, el galán.

—¡Qué atropello ni atropello!... ¡Ustedes toman esto por lo que no es!... ¡Sí, señor!... ¡Cometen inmoralidades dentro del auto! ¡Sí, señor!

La mujer lloraba.

—¡Perdónenos, agente!... Sea bueno, ¡perdónenos! ¡No vendremos más!

El representante de la autoridad escribía en una libreta.

—¿Cómo es su nombre, señora?

—¡No!... ¡Agente! ¡Por favor!

El joven cambió de actitud.

—Escuche, agente — y lo llevó aparte.

Olga y Pablo presenciaban la escena sin perder un detalle.

Un minuto duró la conversación *particular* entre el galán y el policía, y la voz de éste resonó plena de autoridad.

—¡Bien!... ¡Los perdono! ¡Buenas noches! ¡Pueden retirarse!

El auto partió como un bólido.

Al pasar junto a ellos, a Pablo y a Olga, que continuaban su paseo, el agente los observó sin reparos.

Pablo, molesto, le sostuvo la mirada.

—¡Qué traficantes! — dijo a su compañera, pero en

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

tono lo suficientemente alto como para que el policía escuchara. Y escuchó, y lo interpeló, agresivo.

—¿Qué dijo usted?

—¡Traficantes dije! — repitió, vibrando de indignación y dispuesto a cualquier disparate.

Pero el de uniforme perdió el aplomo.

¿Se iba a dar por aludido?

Por decir algo exclamó: —¿Qué más dijo?

—¡Nada más!

Amilanóse el agente, no sabiendo ya cómo zafarse, pero el guardabosque se le unió y hablaron en “cuchicheo”.

—¡Ah... está bueno!... — comentó, ya en voz alta. —

¿Así que usted los venía siguiendo a estos dos?... ¿Y también son infractores?

Pablo se le avalanzó: —¿Qué dice?

—Nada... nada... ¡No se violente!... ¡Tengan la bondad de acompañarme!

—¿Adónde?

—¡A la comisaría!

El muchacho perdió el dominio sobre sí mismo, y su compañera tuvo que hacer esfuerzos desesperados para evitar que trompeara a los individuos.

—¡No se violente, Pablo!

—¡Pero, Olga!... ¿Usted se da cuenta qué canallada?, ¿qué miserables?

—Déjelos... ya se arreglará esto.

—¡Pero, mi amiga, imagínese qué situación!... ¡Usted!...

OLGA

—¡ Oh, no! ¡ Por mí no se aflija!

—¡ Sus padres, Olga!

Sonrió la chica con absoluta tranquilidad, desconcertándolo.

—Vaya tranquilo... Verá que todo se arregla.

Seguidos por el vigilante, la pareja encaminóse a la seccional de policía.

El estudiante, cuyo rostro era un muestrario sucesivo de rojo, verde y blanco, consideraba el incidente como una catástrofe, con proyecciones terribles. La impasibilidad de la muchacha le resultaba inexplicable.

El comisario, personalmente, intervino.

—Así que ustedes, en el bosque... ¡Muy bonito... muy bonito! — e impertinente, con brutal desconsideración, desnudaba a la muchacha con los ojos de lauchón escondidos tras las cejas cepillo.

Pablo intervino: —¡ Esto es una canallada, señor!

—¡ Eh... amiguito!... ¡ No se insolente!... ¡ Cállese la boca!...

Olga habló fuerte, con firmeza.

—Señor: esto es, en verdad, una canallada... pero, como será, seguramente, inútil hablar, le ruego me permita avisar a mi casa...

—¡ Cómo se llama usted?

El nombre extranjero apenas si fué entendido.

—¡ Seré yo, niña, quien hable con sus padres! ¡ Tienen teléfono?

.....

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Muy bien... ¡Usted se sienta allí — ordenó grosero — y usted aquí!

Media hora pasaron sentados, como dos vulgares delincuentes, soportando las injurias de palabra o de ademanes.

—¡Estos son los del bosque?

—¡“Aprovechao” el nene!

.....

Alto, erguido, bien extranjero “cerrado”, el padre de Olga resultaba un señor “imponente”; su voz gruesa resonó sin reparos en la oficina de guardia:

—¡Buenas noches!

El oficial de servicio observólo con interés.

—Buenas noches, mi hija. ¿Qué ha ocurrido?

Padre e hija conversaron un par de minutos.

—¿Usted?... — preguntó, dirigiéndose a Matessa.

—Sí... señor — y le tendió la mano, con su habitual franqueza.

El padre la estrechó con vigor y sonrió, abierto, jovial.

—¡No se violente!

—¡Es que, señor, esto es una infamia!

—Olga me lo ha dicho. — Simple, llano. Si la hija se lo dijo, bastaba. ¡Qué admirable!

—“Olga me lo ha dicho”. No hace falta nada más.

¡Entre padre e hija semejante confianza, sin un titubeo, sin una posibilidad de engaño o falsía!

Pablo quedóse impresionado. El también estaba acostumbrado a la rectitud y a la veracidad en su hogar; pe-

ro... aquello era más... ¡mucho más!...

—¿Está el comisario?

—Sí, señor... Un momento.

Los ojos de lauchón, tras las cejas cepillo, escudriñaron al “extranjero”.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor; soy el padre de esta niña.

—¡Ah... sí! ¿Usted sabe el motivo?...

—Sí, señor; y sé más... ¡sé que esto es una canallada tremenda que se ha cometido!...

El comisario sonrió, irónico.

—¡Y no le permito esa sonrisa irónica, tampoco, señor!

Se atoró el comisario, con la sonrisa atragantada en la garganta.

—¡Señor!

—Bueno... es inútil hablar.

¡Las mismas palabras de la hija!

Ambos prácticos.

—¿Me permite el teléfono?

—Sí... ¡Cómo no!... ¡Ahí lo tiene! — indicó, insolente, el policía.

—Hola... ¿Con el Ministerio?

.....
—¿Quiere usted tener la bondad de darme con el señor ministro?... Soy... Fulano de Tal.

.....
¿Se imaginan la cara del de los ojos de lauchón?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Sentía cosquillas en los pies, en las pantorrillas, en el estómago, detrás de las orejas.

—Muy buenas noches, mi querido ministro... ¡Tanto gusto!... Mire, lo molesto porque aquí, en la comisaría esta, se me está haciendo objeto de una canallada de las más grandes, señor...

.....

—¡Sí, señor... sí... esto es; sí, señor!... ¡Oh... muy bien, muchas gracias, señor ministro! Sí... ¡Buenas noches!

Con naturalidad que terminó de colocar al comisario en el imaginable estado de ánimo, habló, amable:

—¿No ve, señor... Mates...sa... cómo se arreglan estas cosas?... — Y olvidando el asunto que lo había llevado allí conversó de cien tonterías, hasta que el comisario, “hecho un caramelo”, quebradizo, empalagoso, con genuflexiones, aflautando la voz, inclinando la cabeza, entró en el terreno de las excusas y perdones, de los mal entendidos y las torpezas, de la precipitación en los procederes, de los subalternos torpes.

—¡Le suplico, señor, mil perdones! ¡Usted comprenderá!... ¡Dispénsame, señor! ¡Usted, señorita... discúlpeme usted! Estoy a sus órdenes... ¡Le ruego, señor!...

—¿Nos podemos ir, verdad?

—¡Sí, señor! ¡Cómo no, señor! ¡Pasen ustedes; servidor de ustedes!

.....

—¿Usted adónde va, señor Matessa?

—A mi casa, señor.

—Muy bien . . . nosotros lo llevaremos en nuestro coche.

—No se moleste, señor.

—No. . .no es molestia; con mucho gusto . . . ¡Así no lo volverán a llevar preso! — terminó, riendo.

- ¿Qué va a hacer esta noche?
- Pienso ir a ver un match de box al club, Olga.
- Si no tuviera nada que hacer lo invitaba a que viniera a mi casa, después de cenar.
- Con mucho gusto.
- ¿Pero el box?
- No me interesa mayormente.
- Entonces lo esperamos a las veintidós.
- ¡Cómo no!... Encantado.
- Primer piso, derecha.
- Sí... Sí... Ya sé.

A la hora convenida, un poco emocionado, Pablo hundió el botón del timbre de la puerta del lujoso piso de la calle Sarmiento.

—¿Señor Matessa?... Pase.

La mucama, dura y seca, le franqueó la entrada, conduciéndole a través de un hall semialumbrado, hasta un "living-room".

—Siéntese, señor. La señorita viene en seguida.

En las paredes, sobre la mesa, en la estufa, en todas partes, fotografías de Olga. Pablo se hallaba pasándoles revista cuando apareció la muchacha con una bandejita con pocillos de café.

—Disculpe, señor; lo han hecho esperar.

—¡Oh!... no es nada, Olga.

—Los padres no están... Se han ido hace quince minutos. No han podido esperarlo porque tenían un compromiso. Me encargaron le pidiera que los disculpara.

—¿Salieron? — inquirió, sorprendido, el latino, con temor de haber comprendido mal.

—Sí... ¡Está solo conmigo! — y rió fuerte, advirtiendo la sorpresa del visitante. — ¡Jeanny! — Otra mucama, también dura y seca.

—Traiga azúcar, por favor... ¡El café está hecho por mí, señor Pablo!

—¡Alto honor!

¿Así que los padres habían salido? ¿Y la señorita lo recibía en su casa, a las diez de la noche? Pablo se sorbió el café sin darse cuenta, pensando sólo en lo extraordinario de todo aquello.

—¿Qué tal?... ¡Muy malo?

—¡No... riquísimo!

—¿En qué piensa?

Pablo le clavó los ojos.

—¿En qué piensa?

—Le voy a decir la verdad: me resulta rarísimo esto de que sus padres se vayan y usted me reciba sola a estas horas.

—¿Le parece mal? — inquirió, riendo otra vez.

—Me parece extraordinario.

—Pero... ¿y qué puede tener de malo?

—Nada, Olga... Me extraña, nada más.

—¿Hubiera preferido que no lo recibiera?

Rió él ahora.

—No, por cierto. Estoy encantado, y le agradezco la confianza que me demuestra con esto.

—Esa es la verdad... a eso, a confianza se reduce todo.

—¡Y yo quiero que me la tenga absoluta! — Habló él con calor, con el calor que a ella la seducía. — ¡Yo quiero ganarme esa confianza suya, Olga!

—La tiene... Acaba de ver la prueba ahora... ¿Y no la vió otras veces?

—Estoy dispuesto a ganarme su confianza en absoluto, ¡y la voy a ganar! No quiero nada malo para usted, se lo aseguro. Soy un poco egoísta; siempre lo he sido, Olga; pero para usted, por usted, precisamente, mi egoísmo me lleva a eso, a ganarme su confianza, sacrificando por esto cualquier otra cosa, por deseable que me fuera.

Los ojos claros lo miran serenos, desconcertándolo un poco, ingenuos o fríos, como si no comprendieran o como si lo que comprendieran no les hiciera mayor efecto.

—Usted no se imagina, Olga, lo que es para mí una mujer como usted, el bien inmenso que me hace su amistad, su aprecio, su gran bondad.

—¿Vió todo esto?

—Sí... fotos tuyas... Un verdadero culto a la niña mimada.

—¡No!... Mis padres no me miman, Pablo... Me quieren mucho, muchísimo... como es lógico, pero no crea que me miman.

—Hija única.

—Sí; pero me tratan *bien derechito*, lo mismo que si fuera un varón.

Charlaron de mil cosas. Matessa admiró la biblioteca de la señorita, con volúmenes de Zola, de Maupassant, de Schopenhauer, de Darío, de Lugones, de Amado Nervo, de Soiza Reilly, de Quiroga.

Ella juzgaba a cada uno con graciosa desenvoltura y aplomo. Zola, muy bueno; Maupassant, su favorito; Schopenhauer, un imbécil; Lugones, genial; Nervo, delicioso; Soiza Reilly, un bárbaro, cuyas cosas llegan al alma; Quiroga, magnífico.

Escucharon música; hablaron de tennis, de equitación, de box y de yachting, "su pasión".

La chica, con una tenue blusa blanca, la pollerita azul a la rodilla, tendida, casi, sobre el diván, está seductora.

Acciona con su acostumbrada desenvoltura, sin preocuparse de que sus rodillas se descubran en exceso o

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

de que algún mechón indisciplinado caiga sobre la frente tersa.

¡Qué linda!

¡El cuerpo bien formado, ya de mujer; la cabeza deliciosa; las piernas, la nuca, los labios rojos y húmedos!

¡Las sentencias disolventes y bárbaras de Juan Carlos!

¡La verdad es que es preciosa la mujercita!

¡Qué cosa más dulce tener a esa mujercita entre los brazos! ¡Si fuera Juan Carlos, con seguridad que no titubearía!

...“¡No seas zonzo!... Aprovechá!”

—¡Sí... pero. ...hay que saber lo que es esta mujercita!... ¡Hay que conocerla como la conoce él! ¿Se entregaría ella al zarpazo?... ¡Qué esperanza!... Hay que ganarla... ¡Hay que ir ganándola poco a poco, con todo el tino posible... con toda la astucia imaginable!... El la conoce bien... La ganará... Sí, es posible. Pero la tarea es ardua, de paciencia, de tesón. ¡Ir estrechándola poco a poco en el círculo vigoroso, cada día más vigoroso, de su anhelo, que ya le quema la carne!

En la palma de su mano, ella le enseña una moneda curiosa.

—Mire qué monada.

Toma él la moneda y, al hacerlo, sus manos se rozan, y se estremece electrizado.

La moneda cae sobre la alfombra, y ambos, simultáneamente, se inclinan a recogerla. Rozan las cabezas, rozan

OLGA

los brazos, se tocan los cuerpos. ¡El instinto casi clama! Pero... ¡Despacio!... Con cuidado... ¡Un paso en falso y se pierde!

Ella no puede comprender el anhelo que lo consume, y admira su *corrección*... ¡No es igual a todos!...

Indudable, visible, que las defensas de hierro están ya un poco carcomidas... menos resistentes... más accesibles.

¡Pero la victoria está aún lejos!

—¿No quiere bailar?

—No.

—¿Por qué? ¿No le gusta?

—Sí; pero... Conversemos, Olga; prefiero charlar de sus cosas.

¡Si baila, si la abraza... entonces sí que le será difícil no abrazarla del todo, y no gritarle, con el grito de su alma y de su carne, que la adora!

Toma él un libro de Nervo, lo abre en cualquier página, y lee, para él y para ella, lentamente:

*Si nadie sabe ni por qué reímos
ni por qué lloramos;
si nadie sabe ni por qué vinimos
ni por qué nos vamos;*

*Si en un mar de tinieblas nos movemos;
si todo es noche en rededor y arcano,*

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

¡a lo menos amemos!

¡Quizás no sea en vano!

Ella lo mira pensativa, como en ensueño.

—¿Usted ha amado alguna vez, Pablo?

—¡No... nunca!... ¿Y usted?

—Tampoco... el único amor mío han sido mis padres.

¡Qué dulce debe ser el amor de esta mujer!...

Bruscamente, él le toma una mano.

—Dígame, Olga: si yo llegara a quererla, si la simpatía, el afecto inmenso que le tengo, llegara a cariño... a amor... ¿sería para usted muy malo?

—No; no creo; pero por ahora lo quiero amigo, Pablo; quiero que seamos buenos amigos...

—¿Cuál es el motivo por el que dice "por ahora"?

—Porque somos jóvenes... porque nos complicaríamos la vida...

—¡No se sueña el bien que me hace usted!... Su bondad, su confianza, su afecto, lejos de complicarme la vida, me templan, mi amiga, me dan fuerzas extraordinarias... ¡Con usted, todo me resulta mejor!... ¡Con usted, *por usted*, muchas cosas tienen objeto... antes no lo tenían!

—¡Ah!... ¿Sabe quién estuvo aquí esta tarde?... ¡Berta!

—¿Su amiga, la que conocí en Palermo?

—Sí... ¡Pobre!

—¿Qué le ocurre?

OLGA

—Lo que yo siempre me temí. ¡Aquel conocido suyo, el Juan Carlos ese, procedió como un canalla!

—¿Cómo?

—¡Y las veces que se lo previne! ¡Pobre infeliz!... ¡Ha sido un miserable el tipo ese!... ¡Parece mentira que haya hombres capaces de semejantes bajezas!... ¡La ha engañado, la ha traicionado como un infame, e imagínese, ahora esa pobre desgraciada hasta enferma está!

La niña aniñada aún más por las roscas de oro levantaba el pecho, contraía las cejas y apretaba los labios, plena de indignación y de coraje.

—¡Qué canalla!... ¡Se ha aprovechado de esa infeliz!... ¡A mí me hubiera hecho la décima parte y sabría lo que es bueno!... ¡Qué canalla! ¿Usted no sabía nada, verdad?

—Imagínese...

—¡Y... no tendría nada de extraño... hasta eso ha llegado ese hombre, hasta publicar a los cuatro vientos su acción miserable!... ¡Pobre Berta; no se merece semejante cosa... ha sido siempre tan buena!... Sola... sin padre... sin hermanos... ella y la madre, nada más... ¡Le aseguro que he sentido una pena!

¡Qué bárbaro el Juan Carlos!... ¡Otra “victoria” en la serie interminable!... ¡Otro motivo de “orgullo” para el “experto” desfachatado!

Pablo recordaba a la chica, fresca, alegre, con unos

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

ojazos negros, profundos, y se le erizó la piel, y el instinto le rugió, sordo:

“—¡Imbécil, bobo, zonzo! ¡Vos estás perdiendo tiempo!... ¡Dejate de estupideces!”

Es que Olga no es Berta... ¡Ya lo quisiera ver al Juan Carlos ante esta “nena”, tan linda, tan preciosa... abrir sólo la boca en ademán de “hincarle el diente”!

¡Bien iba a quedar el joven “experto”!

—¿En qué piensa?

—En lo que me cuenta, mi amiga... Yo no comprendo el placer que puede encontrar un hombre en cometer una acción semejante.

Olga lo miró, trémula.

—¡Son bestias!... ¡A mí me dan asco!

¡Así, enojada, vibrante, es más linda aún!

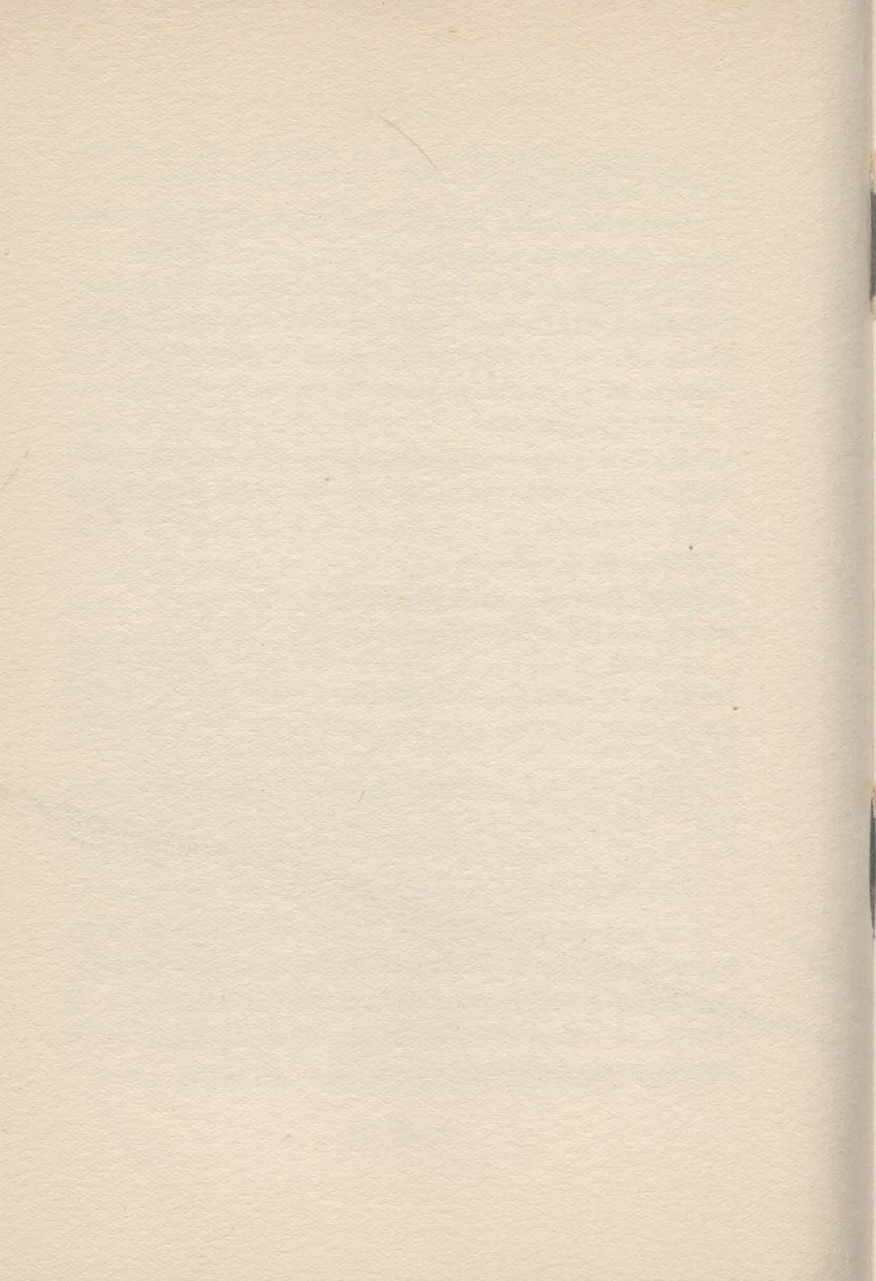
La lucha es difícil, la victoria está lejos, pero el hombre-niño se tiene fe, fe absoluta, y halla en la calidad del premio energías más que suficientes para ir hasta el final.

—Será mía. Un mes, dos, un año... más si es necesario... No importa. Al fin... ¡será mía!

* * *

A la una de la madrugada Pablo despidióse de la señorita Olga, que lo acompañó hasta la puerta de calle.

—Hasta mañana, mi amigo, y disculpe el café y la charla. ¡Si llega a encontrarse con ese miserable, pégueme, por mí, hasta deshacerlo!



Anna, la menor de las cuatro hijas de Camilo Testa, la de Lagos Novaro, siente marcada simpatía por Pablo Matessa.

Es una morocha de dieciocho años, bien plantada, un poco soñadora, que no puede avenirse a la vida que le proporciona el “cónyuge”, que, visiblemente, ni la quiere ni la considera.

Además de golpearla por la más pequeña nimiedad y de exigirle trabajos de completa sirvienta, Novaro la suele obligar a entregas de dinero, para satisfacer las cuales Anna vese obligada a recurrir al almacenero de la esquina, que está “loco por ella” y que no pierde las esperanzas de que la “divina morocha” se canse del “internado” y se resuelva por “el almacencito”, que “no es gran cosa”, pero que “sería suyo, todo suyo”.

Matessa esquivaba la marcada simpatía. La Anna le gusta, desde luego; constituye “un programa”, lejos de despreciable, con halagadoras perspectivas; pero está de por medio el *marido* y el asunto se complica en tal forma que es preferible ni pensar en las perspectivas esas.

El matrimonio es en “El Refugio” institución sagrada.

¡Digno de “doctos” el hecho, interesante para los estudiosos!: es sagrado el matrimonio. ¡Pero el matrimonio no existe!

Es lo que no es.

¡El caos!

Cuando esa república, o comunidad, o “soviet” llamado “El Refugio” reconoce a Fulana propiedad de Zutano, se le otorga al varón, de hecho, el título de dueño y señor de la dama, sin limitación, con todos los derechos; y las penas para quienes ofendan, aunque sólo sea de intención, ese título de amo absoluto son sangrientas.

Baste saber de la calidad de estas penas, que en “El Refugio”, pese a la forma como se vive, no se conoce un solo caso de infidelidad.

La morocha es hermosota, joven, provocativa.

Se acerca a Pablo a la primera oportunidad, se le insinúa, le habla de sus disgustos, de las infamias que Novaro comete con ella.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Yo no puedo querer a ese hombre, Pablito!.. ¡Es malo, es grosero!... ¡Me trata a puntapiés... como a un perro... ¡Ay!... Pablito... ¡si usted supiera lo desgraciada que soy!... ¡Cuánto daría por encontrar un hombre bueno que me quisiera un poco!

Los ojos negros, de pestañas larguísimas, de la italianita le dicen lo demás: dicen que el hombre tiene que ser él, que *es él*; que se decida, que sea bueno.

Pero se hace el que no comprende lo que dicen los ojos soñadores y evita la estocada en la mejor forma posible. La estocada se repite casi a diario, y cada vez más *a fondo*.

Una noche en que vuelve Matessa de un auxilio, la chica lo recibe en el hall, alumbrado sólo “a luna”.

—¡Oh, Pablito!, ¿es usted?... ¡Qué casualidad!

—¿Qué hace, Anna?

—Nada... Estoy sola: “el fenómeno” no vendrá esta noche... No me podía dormir... entonces, me levanté, me puse este sobretodo, así nomás... ¿ve?... estoy sin vestir... y salí al patio... tengo calor.

—No hace tanto.

—¡Yo tengo mucho!

—Usted es una imprudente, Anna. Si la ve alguien, quién sabe lo que se imaginará... y si le cuentan a No-varo...

—¿Qué se pueden imaginar?... ¡Nadie me quiere a mí!...

OLGA

—Váyase a acostar, Anna. Es tarde.

—¿Tiene mucho sueño?

—Es tarde, Anna.

—“Nunca es tarde cuando la dicha es buena”.

—No sea loca... vaya a dormir.

—¡No tengo sueño!... ¡Me siento muy sola!

¡Está hermosa la italiana! Le brillan los ojos y el cuerpo fornido se delinea bajo el abrigo.

—Si alguien llega a verla...

—¿Qué me importa?... ¡Estoy harta de esta vida!

—No sea loca, mujer... ¡Tómese un poco de bromuro... y a dormir!

—¡No... no tengo sueño! — y en abierto reproche, con toda audacia, con toda intención: — ¡Si usted *prefiere dormir*... si *prefiere irse a dormir*... vaya. ¡Yo no tengo *ganas de dormir*!

¡Demasiado a la médula la estocada! ..

Vibró el muchacho. Vibró su carne en llamarada violenta. Sintió en la cara la oleada de su sangre ya quemando. ¡La imagen de Magda, de la mujer tremenda, era la imagen de la muchacha, ahí, ante él, al alcance de su mano!

—¡La tomo!... ¡Anna!...

—¿Qué, Pablito, qué?

¡La imagen de Olga!... ¡Olga! ¡La divina mujercita de las crenchas de oro!... ¡Olga! ¡Delicioso el frescor de su pureza tan exquisita, tan amable, tan

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

buena! ¡Magda y Olga!... ¡Magda! Dió un paso hacia la Anna ansiosa.

—¡Olga!... ¿Magda u Olga?... ¿Magda?... ¿Olga?

—¡Pablito!

—¡Magda!... ¡La cara del negro Eloy!... ¡Olga!
¡Olga!...

—¿Qué dice?

—¡Olga!

La Anna se le abalanzó.

—¿Qué dice?... ¿Quién es Olga?

Reaccionó Matessa, pero ya tarde.

—¿Quién es Olga?... ¿Eh?

—Nadie.

—¿Cómo nadie?... ¿Quién es?

—Nadie.

—¡No mienta!... ¿Quién es esa Olga?

Le lastimaba escuchar de labios de aquella mujer el nombre de la adorada.

—¡Cállese, Anna!... ¡Buenas noches!

—¡No!... ¡No se va! ¿Quién es Olga?... ¡Dígame!... ¡Dígame!...

Alguien escuchó las voces.

—¿Quién anda ahí?

—¡Yo, Matessa!... Bueno... Anna, hasta mañana... ¡Buenas noches! — y escurrióse a su dormitorio.

* * *

Los celos excitaron aún más a la morocha.

Había atribuído siempre a timidez o incomprensión la cortedad de Pablo; ahora veía otra mujer de por medio. “¡Olga!”... “¡Con razón el chico se hacía el interesante!”

Durante unos días mostróse ofendida con él, pero en seguida volvió de nuevo a la carga. “¡Es que el muchacho le gustaba de veras!”...

“Si ella fuera libre, si no tuviera las cadenas pesadísimas e insoportables del Lagos Novaro ese, ¡entonces sí que podría luchar y ganárselo!... No se le iba a escapar. ¡No hay cuidado!... Pero así... en su situación... ¡era más difícil la empresa!”...

Una vez lo obsequió con un pañuelito bordado por ella. Otra, con bizeochos, también obra suya.

En una oportunidad, varios internos prepararon a Matessa una broma *de las fuertes*; le serrucharon las patas de la cama. colocaron debajo una bomba de hollín, en el palo del mosquitero un balde con agua, etcétera: al acostarse el estudiante a obscuras, para no despertar a los compañeros, se caería la cama, explotando la bomba y volcándose el balde.

A las tres de la mañana, fatigado después de una guardia larga, Pablo, ajeno a la broma, fuese a dormir.

Anna lo esperaba despierta y lo previno.

El mecanismo funcionó perfectamente, cayóse la cama, volcóse el balde y explotó la bomba; ¡pero de entre

todo *el aparato* salió mojado y negro el pobre Luciano Papillón, autor principal del hecho!

¡*El candidato* mismo lo había tomado en brazos, dormido, arrojándolo sobre el lecho fatal!

* * *

¡La italianita lo quería, era indudable!

Lagos Novaro llegó a sospechar algo.

—¡Che, Anna!... ¡Vení para acá!... ¡En qué andás vos con ese chiquilín Matessa?

—¡Yo?... ¡Estás loco!

—Si estimás en algo los huesos, andate con cuidado, porque te aseguro que la jugada te costaría cara!

—¡Por qué no lo interpelás al *chiquilín* mismo?

Lagos Novaro comprendió la provocación. ¡El cuerpo del chiquilín era dos veces el suyo!

—¡Qué querés decir, eh?

—¡Nada!... ¡Que si estás con ideas de loco en la cabeza, vayas y le preguntes al chiquilín ese lo que se te dé la gana!... ¡Eso es lo que quiero decir!

—¡Qué se te ocurre?: que el mocoso me da miedo; ¡eh?

Ella lo miró con picardía, pero pagó caro, para no variar.

Tuvo que intervenir Blanca, la hermana mayor — siempre intervenía alguien — para evitar que el marido la desmayara a golpes.

A las primeras cachetadas nada más, ya se doblaba, llorando, implorando perdón.

—¡Negro!... ¡No seas malo, Negro!...

Daba entonces la impresión de que en realidad lo quería, y que lo soportaba todo, por eso únicamente, por cariño.

Es que había en ella algo de depravación, provocada por el ambiente y por su temperamento meridional, que ponía ese brillo extraño en los ojos soñadores.

Y los ojos soñadores se clavaban insistentes en Pablo Matessa.

¡Si ella pudiera!...

La ruptura con Novaro era poco menos que imposible. Tendría que irse, ¿y adónde?

Si sus padres vivieran lejos... Pero estaban allí mismo, eran ya parte de "El Refugio".

¿Cabía la posibilidad de que Pablo la sacara, la metiera en cualquier parte, en una pieza aunque fuera, lejos de todo aquello?

Pero... ¿Y "El Refugio"... los muchachos, las hermanas, los padres?... ¡Todo eso tan ligado a su vida!

—Dígame, Pablo: si una mujer le dijera que lo quería mucho, muchísimo, ¿qué pensaría usted de ella?

El la miró sorprendido.

Tratando de esquivar, dijo riendo:

—¡Qué loca es, Anna!...

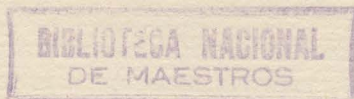
—No, Pablo. No se ría. Le hablo en serio... ¿Qué pensaría usted de ella?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Quién sabe... no sé — y decidido a cortar de una vez, en afán de fidelidad absoluta a su pasión por Olga: — ¡Mire, Anna: yo le ruego que se deje de zonceras conmigo!... ¡Estas estupideces le van a traer a usted, y a mí también, algún disgusto serio!...

La chica quedóse azorada, muda. Tuvo la impresión de recibir una bofetada en las mejillas que se las tiñó de sangre.

—¡Qué imbécil!



El veinte de setiembre Pablo cenó en casa de Olga, con la muchacha y los padres de ésta.

A las veintidós pidió permiso para retirarse, se despidió del simpático matrimonio escandinavo y, ya en el hall, mientras tomaba su sombrero, explicó a su amiga que esa noche se realizaba el ensayo general para la fiesta del internado, del día siguiente, y que había prometido ir al hospital por si lo necesitaban.

Ella lo acompañó hasta la puerta del ascensor, y en el momento en que se daban un último apretón de manos exclamó alborozada:

—¡Un momento! ¡Espere! — y entró corriendo en su casa.

Matessa se quedó sorprendido, pero de sorpresa pasó

a estupor cuando la muchacha reapareció saltando de alegría.

—¡Acabo de tener una idea colosal! ¿A que no adivina?

El adivinó, pero sin atreverse a enunciar su pensamiento.

—La vez pasada usted me prometió llevarme un día a visitar el internado; ¿verdad?

—¡El hospital! — rectificó, alarmado, el estudiante.

—Es lo mismo.

—No... Olga.

—Sí... Sí... Es lo mismo. Bueno; pues... ¡lléveme esta noche!

Estupefacto, Pablo recostóse contra la pared.

—¿Ahora?

—Sí... ¡pero, hombre, por favor!... ¿Es para tanto?

—¿Usted sabe lo que dice, Olga?

—Bueno... Bueno... ¡Uuy!... ¡Uuy... con este señor!... ¡Cualquiera que lo viera creería quién sabe qué!

—¡Pero, mi amiga!... ¿A estas horas visitar aquello?...

—Séame franco: ¿usted iba al hospital, o mintió?

—Iba... al internado, Olga.

Ella lo miró, irónica.

—¿Por qué mintió, entonces?

—No mentí, Olga; es frente mismo al hospital, es la casa de los practicantes, "El Refugio"...

—Bueno; sí... ¿Ahí es la fiesta?

—El ensayo es; la fiesta será mañana, en el teatro Victoria.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Usted, ahora, ¿iba ahí, a ver un ensayo?

—Sí... por si me necesitaban.

—Bueno; pues, si me lleva lo acompaño... ¿No puedo ir yo?

—No, mi amiga. ¿Usted sabe lo que es eso?

—¿No pueden ir mujeres?

—Mujeres van, pero... ciertas mujeres.

—¿A mí qué me importa?... Yendo con usted, ¿qué me puede pasar?

Hábil, tocó punto vulnerable.

Insistió:

—Mire, Pablo: mis padres se van a una fiesta, hasta la madrugada, y yo me quedaría sola; si me lleva me voy con usted; ya les he dicho.

—¿A sus padres les dijo?

—Sí. No les di detalles, pero les expliqué que iría con usted a una fiesta.

—¡Pero es que no tiene idea usted de lo que es eso!

—¡Uuy!... ¡Qué horror!... ¿Me van a comer?... ¿Usted va a dejar que me coman? — Irresistible, mimosa, dió el golpe de gracia: — ¿Me lleva, Pablito?... ¿Verdad que sí?... Sí... Sí... ¡Voy por mi sombrero y mi tapado! ¡Un segundo!

Pablo se puso a reír.

—¡Esta es loca!... ¡Qué programa formidable!... ¡la que se arma esta noche!... ¡En fin... será lo que deba ser! — Y ya se representó la llegada a “El Refugio”, el recibimiento. — ¡Será lo que deba ser!

Unos minutos después la curiosa pareja viajaba en un taxímetro.

Ni en sueños se hubiera imaginado Matessa semejante acontecimiento. Ella, por su parte, tranquila, sonriente, inquiría con toda naturalidad mil detalles.

—¿Es grande la casa? ¡Las que harán allí ustedes! ¿Son muchos muchachos? ¿No hay médicos? Y esas mujeres, ¿viven ahí? ¿Y son muchas? ¿Y de dónde vinieron? ¿Y quién las trajo?

Trataba él de satisfacer a la preguntona y al mismo tiempo de pintarle bien crudo el cuadro, para ir *preparándola*. A ratos se quedaba pensativo, midiendo el tamaño de la aventura.

Lo del bosque fué bravo, pero esto... ¡mi Dios!... ¡qué baile!

Se confortaba con su clásico fatalismo: "Que sea lo que deba ser".

El asunto es complicado y tiene aspectos semitrágicos... Entonces vuelve a la carga; no con afán de que ella desista, sino para eludir un poco de responsabilidad y *templarla*.

—Mire, Olga, que lo que vamos a hacer es peligroso. Mire que puede pasar momentos desagradables.

—¿Con usted?

—Sí... Es decir, juntos.

—¡Ah!... ¡Estando juntos no me asusta!

—En fin... Usted quiere ir; ¿verdad?

—¿No estamos yendo ya?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Bien!... ¡Adelante!...

El auto se detuvo, por fin, ante “El Refugio”.

* * *

Quien no haya visto con sus propios ojos una de esas *fiestas* de estudiantes de medicina muy difícilmente tendrá idea cabal de ellas.

Póngase juntos veinte locos, veinte ebrios y algunos cuerdos; agréguese una docena o dos de mujeres histéricas, neuróticas, prostituídas e infelices; báñese el todo con alcohol y agítese violentamente con música epiléptica. Désele al conjunto una dosis fuerte de irresponsabilidad e impunidad, y... puede que con esta fórmula se obtenga el cuadro real.

En “El Refugio” se ensayaba para una de esas *fiestas*. El *ensayo* constituía, de por sí, irremediablemente, una *fiesta*, una *farra*, en términos comunes. La *farra* de aquella noche era de las que conmovían al barrio en varias cuadras a la redonda.

Cantos, chillidos, gritos, estampidos; del entrevero infernal, acordes de tangos y de “shimmys”. Una batahola formidable, que había comenzado a las veintiuna, que llevaba ya dos de duración y que no terminaría hasta la madrugada, agotadas las provisiones y agotados los músculos.

De ambas cosas había para rato.

Un cordón de curiosos, desde la acera de enfrente,

se entretenía con los “ecos” de la fiesta, con escenas secundarias en la puerta de “El Refugio” o con vistazos furtivos al abrirse ésta para entrar o salir algún “habitante”.

Además, para amenizar, no faltaban sobresaltos.

—¡Cuidado!

Y el cordón de espectadores daba una espantada ante un proyectil extraño, arrojado contra el grupo desde el interior de la casa de los internos. Botellas, ladrillos, paños, cuando no algún miembro humano, pierna o brazo, o “bombas” cargadas con vísceras.

Al detenerse el taxímetro, uno de esos proyectiles golpeó, casualmente, contra las ramas de un árbol, cayendo en la acera.

El muchacho sonrojóse y, disimulando, lo apartó con el pie.

—¡Usted no sabe en la que nos metemos, Olga!

—Ya empezó la fiesta, parece...

—Sí...

—Escuche... Un tango nuevo.

—Sí... el “Once”... por el undécimo baile.

¡“Pompas Fúnebres” de portero!

—¡La contrazeña, zeñó Matezzzza, la contrazeña!... Zi no... no pazza... no pué pazzar... zeñó.

—Pompas, ¿vos aquí? ¿No me conocés? ¿Eh?

El *eh* enérgico sirvió de contraseña.

—¡Cómo no!... Zzi... zeñó Matezzzza. ¡Cómo no!...

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Pazze... uzté... ezztamo de fara bárbara... ze divertimo bárbaramente.

El mismo "Pompas Fúnebres" estaba encargado del guardarropa, instalado en la sala. Pablo le entregó sobre todo, tapado y sombreros y un peso "para cigarrillos".

—¡Muchaz grazias, zeñó Matezzzza! ¡Ez uzté muy gentil!

Olga, riendo, preguntó:

—¿Quedan seguras estas cosas?

—¡Zeñorita, no me ofenda! ¡No me ofenda, zeñorita distinguida!

Matessa confirmó:

—El guardarropa es lo único respetado aquí.

Hasta el hall llegaban "ecos" de toda naturaleza, algunos excesivamente sugestivos, de fechorías que tenían lugar en las habitaciones del primer patio, destinadas a dormitorios.

Pablo hablaba fuerte, tratando de que su voz apagara en lo posible esos "ecos".

—¡Usted no tiene, mi amiga, ni una idea remota de lo que es esto!

La muchacha, que en realidad entonces alcanzaba a vislumbrar la verdad de las cosas, tomóse del brazo de su amigo.

—Pablo, estando con usted estoy tranquila.

El la miró con ternura.

—Esto es bravo, Olga, ¡y ojalá no tenga usted que arrepentirse!

—¡ Con usted no me puede pasar nada malo!

—Por mí no, desde luego... pero... en fin... vamos a ver a esos locos.

Lo extraño de la situación tenía para Pablo un singular encanto.

La confianza que la mujercita le demostraba hinchaba su pecho de orgullo.

Las consecuencias más o menos desagradables que podía acarrearle la aventura no le preocupaban mayormente, respaldado en su fatalismo.

Buscando una ubicación lo menos peligrosa y lo más cómoda posible pasaron por una de las "puertas" del cerco hacia la casa del *gringo* don Camilo, y ya en ésta se corrieron hacia el fondo.

Las "puertas" y "portones" estaban obstruídos por el "público". Varios "mirones" habían construído, con tablas, una especie de tribuna, en la que Pablo obtuvo lugar para él y su compañera. Desde allí, con el cerco por balaustrada, semiocultos por la misma obscuridad, podían contemplar la "farra" que se desarrollaba en el segundo patio, el patio-plaza, en cuyo centro se levantaba el tablado-escenario y en uno de cuyos ángulos se había ubicado la orquesta. Bajo la luz mezquina de la única lamparilla agitábase un conjunto carnavalesco, que bailaba y saltaba alrededor de la tarima. De pronto un estampido, y la voz chillona de Lagos Novaro:

—¡ Silencio!... ¡ Número 5!... ¡ La muerte del ganso!

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Y sube al tablado el grupo de actores, grotescamente vestidos.

—¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Muy bien!

—¡Silencio!... ¡Respeto al arte!

La representación, espantosamente *realista*, arranca sonoras carcajadas al auditorio, que aclama a la media docena de desfachatados que cometen las mayores atrocidades con una naturalidad increíble.

—Olga, es mejor que se ponga a contar las estrellas... ¡Mire aquella qué linda!

La muchacha, un poco ruborizada, sonrío, obediente.

Los comentarios a gritos y las risotadas le dan la medida de lo que ocurre.

Una voz cavernosa domina el conjunto:

—¡Señores, el ganso ha muerto!

Durante cinco minutos se aclama el número, que, por lo visto, ha sido de sensación.

—¡Música!... ¡Música!

Y vuelven el baile y los saltos.

El “doctor” Pucci de Miranda, ebrio, envuelto en una sábana a manera de “poncho”, reparte besos y abrazos a hombres y mujeres. Algunos lo festejan, otros le dan puntapiés y empujones. El enterriano Mendieta, con una mano vendada, en virtud de una de sus bombas, traicionera, ofrece a los amigos un gran paquete.

—¡Confites, niños! ¡Confites!

A intervalos intenta encender un fósforo y arrimarlo al paquete.

—¡Animal! — y los demás se apresuran a impedir la barbaridad.

—¡Volamos todos, bárbaro!

Laura y Anna, abrazadas, lastimosamente ebrias, lloran y se lamentan:

—Hermana... yo me muero. Hermana... yo me mato. Hermana... él no me quiere. — Y giran dando tumbos, soportando manotones y groserías.

Otro estampido.

—¡Señores, atención!... ¡Número fuera de programa!... ¡Sensacional!... ¡Ha llegado el momento de pagar la pianola!... ¡Atención!

Entre varios estudiantes suben al tablado un bulto grande, envuelto en arpilleras.

—¡Isaac!... ¡Isaac! — gritan varios.

—¡Silencio!... ¡Número fuera de programa: “Justicia”, o “La odisea de un judío”!

—¡Isaac!... ¡Isaac!... ¡Pobre Isaac!... ¡Ti juro que esta vez si qui pierdes plata!

El director saca las arpilleras. Aparece, en efecto, Isaac, “el judío de la pianola”, maniatado a una silla, al aire la cabeza rapada, congestionado el rostro y echando fuego por los ojos. Mordiéndose los labios, rabioso, no pronuncia ni una palabra. ¿Para qué? Sabe por experiencia que es inútil.

Cada mes, desde hace tres, viene a “El Refugio” a cobrar los “treinta pesos” que en dos años sumarán los setecientos veinte en que vendió la famosa pianola.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Cada mes, durante esos tres meses, ha cobrado, es verdad, los treinta pesos, pero los internos, al pagárselos, se los cobraron, a su vez, en herejías terribles. El primer mes lo desvistieron, lo pintaron de pies a cabeza de colorado, y en cuanto anocheció lo obligaron a salir a la calle en semejante figura, pero con el importe de la primera cuota.

El segundo mes le propinaron una paliza.

El tercero lo bañaron vestido y lo colgaron de la cintura en un árbol, durante media noche, “para que se secara”.

Esta mañana vino el pobre hombre por su cuarta cuota, ya bastante atrasada.

¡Qué mal eligió el día!

Resignado, con ese temple característico de los suyos, se ha pasado desde la mañana encerrado, sin comer, esperando “el juicio final”, que ahora llega, por fin.

—¡Silencio, señores!

—¡Derro!... ¡Petizo Derro!... ¡Suba usted, excelentísimo señor juez!

Isaac contempla al *magistrado*, que por cierto inspira bien poca confianza.

Derro, posesionado del papel, habla solemne:

—¡La justicia ha querido, generosa y exigente, que por mis manos, y por mi voz, se escuchen sus dictados estrictos de equidad!

—¡Bravo!... ¡Bravo!...

—¡Os ruego, beneméritos ciudadanos y ciudadanas de “El Refugio”, no hacer manifestaciones espontáneas,

que, aunque inútiles, por estrellarse contra la muralla férrea de imparcialidad que circunda mi conciencia, podrían influir sobre el ánimo de este reo, cuatro veces reincidente!

—¡Bravo!... ¡Bravo!...

—¡Horror!... ¡Cuatro veces he dicho?... ¡Mi tersa piel se eriza de pavor! ¡Isaac!

El judío lo mira.

—¡Isaac!... ¡Judío de la pianola!... Mi mente se perturba ante tu tara monstruosa de criminal periódico!... Que la luz de la justicia me ilumine, y que el dictado se ajuste a lo estricto, a lo equitativo: que con pinza de depilar, o con tenaza de carpintero en su defecto, se le saquen, uno a uno, sesenta pelos de esa barba sin afeitar a este sujeto delictuoso, cuatro veces reincidente.

—¡Bravo!... ¡Muy bien!

—Un pelo por cada peso... más los intereses correspondientes, de acuerdo con la tarifa del mismo reo.

—¡Formidable! ¡Bravo!

—¡Isaac!... ¡Este es mi fallo!

—¿Y lo hacen, Pablo?

—Ya lo verá.

Dos practicantes levantaron a una mujer flacucha y desdentada y la arrojaron junto al "reo".

Haciendo un esfuerzo, pudo caer de pie.

—¡He aquí el verdugo!

La mujer, sonriendo, se acercó a la víctima, con una pinza entre los dedos, largos y descarnados.

En pocos minutos terminó el suplicio.

El juez volvió a hablar:

—¡Ahora, un balde de agua, señores!

Con la misma impasibilidad el hombre recibió el baño. Lo desataron, le dieron los treinta pesos en billetes de uno, que contó y recontó cuidadosamente, y le permitieron irse.

—¡Música!... ¡Música!

Sánchez, “el gordo Sánchez”, un queso bola monumental, estudiante de cuarto año, trepa dificultosamente al tablado.

—¡Matessa!... ¡Pablito!

Olga inquirió, nerviosa:

—¿Lo llaman?

—Sí... debe ser por algún auxilio.

—¡Pablito del alma!... ¡Por favor!... ¡No te “escuendas”, tesoro, que me muero por ti!... ¡Paaablooo!... ¡Por favor, salí del “ujero”!

Olga se tomó, intranquila, del brazo de su compañero.

—¿Y ahora?

Matessa tuvo la intención de ocultarse, pero reflexionando comprendió que era más conveniente contestar:

—¿Qué te pasa?

—¡Tesoro!... ¡Angelito!... ¿Dónde estás?

—¡Aquí!... ¿Qué te pasa?

—¡Por favor, nenito, un auxilio; atendémelo, que tengo ensayo!

—¡No puedo, gordo, lo siento, pero... no puedo!

—¡Ingrato!... ¡Malo!... ¡Perverso!... ¡Te lo suplico!

—No puedo. Vos sabés que sino con mucho gusto. Intervino, agresivo, Lagos Novaro.

—¡Che, Matessa!... ¡Por favor! ¡Este tiene ensayo!

—¡No puedo!

La negativa lo indignó, y entonces buscó venganza.

—¿Por qué no podés?

Matessa, comprendiendo la intención, titubeó, pero luego, resuelto, afrontó el trance.

—¡Porque estoy acompañado!

—¡Ah!... ¿Dama de la corte?

—¡No!... — Y con toda el alma, con un grito que retumbó vibrante, sacudiendo a Olga: — ¡Dama mía!

—¡Ajá!... — comentó el director, con sorna. — ¿Llenados los requisitos?

—¡Bien sabes que no!

Por lo visto, Lagos Novaro estaba resuelto a llevar la venganza hasta el final.

—Pare la música — ordenó. — ¡Morales!... ¡Derro!... ¡Miranda!...

Se dejó de bailar y de saltar.

Otro número fuera de programa.

—¡Morales, Derro, Miranda!

—¡Acá estoy!

—¡Aquí estamos!... ¿Qué pasa?

Lagos Novaro, a voz en cuello, explicó la “violación” cometida por Matessa.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡ Ha introducido una *dama extranjera* sin llenar los requisitos, la presentación y la prueba!

—¡ Número sensacional!

—¡ Fuera de programa!

—¡ Pablito!... ¡Picarón, canallita, eso no se hace!

Morales impuso su autoridad.

—¡ Silencio!... ¡Derro, Miranda, Lagos Novaro!

—¡ Presentes!

En cajones se sentaron los cuatro junto al tablado.

—¡ El jurado está constituido!...

—¿ Y el nuevo *reo*?... ¡Matessa!

Olga, pálida, lo miró afligida.

—¿ Qué va a hacer, Pablo?

—¡ Quédese tranquila y haga lo que le indique!

Desprendiéndose de la muchacha subió, ágil, sobre el cerco, corrióse un par de metros y, dando un salto, cayó en forma espectacular sobre la tarima.

Impresionó bien *la hazaña*.

—¡ Bravo!... ¡ Ah, machito lindo!

Lagos Novaro, con fastidio, exclamó:

—¿ Solo?... ¿ Y la dama? ¡ Los reos son dos!

Pablo sonrió con desprecio y, volviéndose hacia su compañera le ordenó:

—¡ Venga!... Suba sobre el cerco... ¡ Venga!

Sin una vacilación, admirando a todos con su coraje, la rubia “cara de muñeca” hizo el mismo camino que el estudiante y arrojóse, en un gran esfuerzo, sobre el tabla-

do. Pablo la recibió en los brazos, y una aclamación cerrada saludó a la mujercita audaz.

Medio proceso ganado.

—¿Por qué no llenó usted los requisitos de presentación y prueba? — preguntó, amable, Morales.

—No he tenido oportunidad. ¡Hace una hora que he entrado! Pero ahora mismo estoy dispuesto a hacerlo.

—¡Tiene que hacerlo! — intervino, agresivo, el acusador.

Dos o tres silbidos y pullas saludaron sus palabras.

—¡Novaro!... ¡Miau!... ¡Novaro!... ¡Miau!...

Pablo, aprovechando la corriente favorable,apuró:

—Señores del jurado, les presento a... la señorita Olga, de mi conocimiento, digna de franquear la entrada de este templo.

—¿Olga a secas? — inquirió Derro, riendo.

—No. ¡Olga M... I... A!... — respondió Matessa con gracioso aplomo.

Otra aclamación cordial y otra parte del proceso ganada. Ahora el final, la parte peligrosa y de sorpresas.

Carlos Morales, visiblemente parcial, toma la palabra:

—Bien, perfectamente bien. ¡El requisito de presentación se da por bien llenado, y a la atlética pareja se le franquea la puerta del templo!

Aplausos.

—Las disposiciones, rígidas e inviolables, de esta santa congregación establecen, joven Matessa, lo que nosotros llamamos *prueba*.

—¡La conozco, y estoy dispuesto a someterme a ella!

—¡Ya lo creo!... ¡El “nenito” es como para tener miedo!

—¡Cualquiera te tose, machón! ¡Que salgan los guapos!...

—¡Novaaarooo... agarrá el trompo en la uña!

—¡Silencio!... ¡La prueba consiste, señores — continuó Morales en tono de discurso, — en que la parte masculina de la pareja enfrente a quien ponga en duda sus derechos sobre la femenina!

—¡Adelante los guapos!

Lagos Novaro, mordiéndose los labios, furioso, incitó al “gordo Sánchez”:

—¡Andá... no seas zonzo!... ¡Comételo crudo! ¡Si yo no tuviera la Anna... vería ese chiquilín!

Morales repitió:

—¡Señores, la prueba consiste, como ustedes saben, en que quien ponga en duda los derechos del ciudadano sobre su *ciudadana* se la dispute en lucha franca y leal!

¿Quién se le iba a atrever al muchachote grande y fornido como un roble?

Además, ¿no se había ganado ya todas las voluntades y todas las simpatías?

—¡Andá, gordo!... ¡No seas maula!

—¡Bueno... voy!

La subida al tablado del “gordo Sánchez” produjo sensación, impresionando mal.

—¡Qué bárbaro! ¿Qué va a hacer?

“El gordo”, acercándose a Olga, muy gentil y muy serio, tomóla de la mano.

—¿Me permite, bombón? — y la llevó hasta uno de los ángulos. — Quietita ahí, nena. Ahora usted, joven atleta, ¿quiere ponerse allí?

Pablo, sin comprender las intenciones, con recelo, obedeció desganado, colocándose en el ángulo opuesto al de la muchacha.

Entonces Sánchez, aninando la voz y balanceando su *corpachón* con tanto de globo, con ademanes grotescos y cómicos, parodió con gracia admirable, arrancando sonoras carcajadas al auditorio, la popular “ronda” de los niños:

*Buenos días, su señoría,
Mantantiru-liru-la.
¿Qué quería, su señoría?,
Mantantiru-liru-la.
—Yo quería una de sus hijas.
Mantantiru-liru-la.*

Olga y Pablo, sin poder ocultar su satisfacción, tomaron parte en la broma hasta el final.

Sánchez hacía de *madre*:

*—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
No me seas tan descortés.
De las tres hijas que tengo
La mejor te la daré.*

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Matessa terminó:

—*Quiero esta por hermosa,
Por esposa y por mujer.
Que su madre es una rosa
Y su padre es un clavel.*

¡Ganado el final!

—¡Música!... ¡Música!

Tomando a la muchacha en brazos, Pablo saltó a tierra, esquivó saludos y felicitaciones y guarecióse en el “buffet”, que funcionaba en el comedor.

—¡Me da algo a tomar, Pablo? ¡Tengo la garganta seca!

—¡De buena nos hemos salvado, mi amiga!

* * *

Unos lamentos de mujer atraieron a todos al primer patio. En uno de los dormitorios, Lagos Novaro golpeaba despiadadamente a Anna, la hija del “gringo” que le había tocado en suerte.

El *director*, bajo la influencia de la bebida, desahogaba su frustrada venganza contra Matessa flagelando a la infeliz, que clamaba perdón por faltas imaginarias.

—¡Negro!... ¡Negro del alma!... ¡Perdoname!...
¡No seas malo!...

Intervino Morales.

OLGA

—Bueno... ¡basta!... ¡A ver... soltala!

El otro obedeció de mala gana.

—¡Que siga la “farra”!

Olga, más familiarizada con el ambiente, sentíase cómoda, y la alegría general la contagiaba.

Su compañero, conocedor del “elemento”, evitaba efusiones y chacotas, manteniéndose en su clásica *reserva amable* que le daba ese prestigio de formalidad que todos, quien más, quien menos, respetaban.

—Se ensayaba “La revista de los faraones”, festejándose ruidosamente sus diversos números.

Olga y Pablo, desde el umbral de la puerta del comedor, asistían al espectáculo, con intenciones de dar por terminada su aventura al finalizar éste.

“Pompas Fúnebres” se acercó, agitado:

—Zeñó Matezzzza, con zu permizo... piden un auzilio urgente, zeñó Matezzzza... el doctor Zánchez... fué a otro, zeñó Matezzzza... parece que ez urgente, zeñó... el doctor Morález dize que por favor vaya uzted... ez en el hozpital... zeñó Matezzzza... un momentito nomaz.

Pablo estaba resuelto a negarse, pero Olga intervino:

—Y... si es ahí nomás, vaya, Pablo.

Morales, personalmente, insistió:

—Che, Matessa, por favor, vaya... es en el hospital... un minuto... ¡Yo le cuido la dama! — agregó, riendo. Pablo fué.

Y como si todo obedeciera a un plan, no bien el estu-

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

diante abandonó “El Refugio” se apagaron las luces en toda la casa y se produjo un revuelo tremendo.

En la obscuridad completa se mezclaban los gritos con los lamentos. Los golpes de los muebles al rodar por el suelo completaban el barullo y la confusión. Ocho o diez internos, formando *cadena*, tomados de la mano, corrían, arrollando cuanto se ponía a su paso.

Morales vió venir el torbellino y se recostó contra la pared, para dejarlo pasar, y cuando advirtió que la muchacha dejada a su cuidado había desaparecido tuvo la impresión de la verdadera causa de todo.

Ya era tarde.

Pablo volvió a “El Refugio” a los cinco minutos; a los cinco minutos también se había “hecho de nuevo la luz”. Se reanudó el ensayo y todo parecía normal.

Matessa se enfrentó con Morales, nervioso.

—¿Qué pasa?

El caudillo, con violencia, indudablemente disgustado, le explicó a gritos lo ocurrido:

—¡Esto es de Novaro, y me la paga!

Era, en efecto, de Lagos Novaro el plan.

Amparándose en el tumulto provocado por el corte de la luz, intencional, con la ayuda de algunos adictos, fué en su deseo de venganza, bajo el alcohol, que siempre le fué nefasto, hasta lo ruin.

Arrebató a la muchacha y se encerró con ella en una de las piezas para servicio, sobre la cocina, trancando la puerta por dentro, dispuesto a llegar al atropello vil.

La cabeza le giraba en vértigo.

El instinto, trastornado hasta la locura, lo hacía un semiinconsciente, capaz de llegar al delito. Un verdadero alarido de la víctima orientó a Pablo. Se abalanzó sobre la puerta, descargando contra ella todo el peso de su cuerpo, en un “pechazo” brutal.

—¡Abrí, canalla!

El otro respondió con una carcajada, pero una carcajada bien falsa.

La mujercita rubia de las roscas de oro le presentaba lucha tenaz, sin cuartel, no sólo ya defendiéndose de sus propósitos, sino atacándolo sin tregua, abalanzándose como una fierecita, rasguñándole el rostro y las manos y “quebrándole” las canillas a puntapiés con sus zapatitos de gamuza, puntiagudos e implacables.

La puerta, bien asegurada, no cedió, y Pablo y Morales habían agotado los recursos.

El caudillo tuvo una idea.

—Espere — y corrió a la cocina.

Un par de minutos después la puerta, rociada con aguardiente, ardía en llamas.

¡El tercer número fuera de programa era, sin discusión, el más sensacional!

Un humo negro y espeso lo invadió todo.

Morales hizo esfuerzos para contener a Pablo, que se abalanzaba sobre el fuego en afán de llegar hasta la muchacha. Destruída la puerta se apagaron las últimas lla-

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

mas con baldes de agua, y Pablo se precipitó dentro de la habitación.

—¡Olga!

La humareda, densísima, enceguecía y ahogaba.

—¡Olga!

La lucha seguía.

La mujer, semidesvanecida, forcejeaba en brazos de Lagos Novaro,

Al ver a Pablo largó su presa y se le echó encima a éste.

Las cosas cambiaban.

Con un empujón Matessa lo lanzó contra la pared, y cuando Novaro volvió al ataque estrelló sus narices contra el puño vigoroso del rival, y doblóse sobre las rodillas.

—Por ahora te basta... ¡pero esta la vas a pagar después!

La atmósfera, irrespirable, asfixiaba.

Alzó a Olga en brazos y salió fuera de la pieza, tambaleándose.

Blanca Testa se ofreció a auxiliar a la “chica de las roscas”, como la llamaban, y ayudó a transportarla a su cama y a atenderla con toda bondad.

Su hermana Anna lloraba sin consuelo, presintiendo que, irremediablemente, ella cargaría en alguna forma con parte del desastre causado por Novaro.

—Se pone loco ese Negro... ¡En cuanto bebe se enloquece!

Pablo, a quien el humo “le había entrado hasta los pulmones”, sufrió un largo desvanecimiento y luego vómitos repetidos durante media hora.

Cuando reaccionó fué a ver a su compañera, recostada en la cama de Blanca.

—¿Está mejor, Pablo?

—Sí... ya estoy bien... ¿y usted?

—Yo también. ¡Esta enfermera es tan buena!

Blanca la palmeó, cariñosa, y, reclamada en el “bufet”, se excusó:

—Con permiso. Si necesitan algo me llaman.

—Para mí el humo es terrible, me hace mucho mal... tengo un dolor de cabeza fortísimo.

Ella lo tomó de un brazo, acercándolo al lecho.

—¡Siéntese... mi salvador!

Solos los dos, en una de las cuatro partes en que se dividía, por medio de cortinas, la habitación, se contemplaron en silencio.

Le tomó él con suavidad una de las manos y la besó con ternura.

Los ojos claros centellearon un poquito.

—¡Cuánto la quiero, Olga!

—¡Yo también, Pablo, lo quiero mucho!

.....

—Está arrepentida de haber venido; ¿verdad?... Yo se lo previne...

—No; no estoy arrepentida. Es cierto que he pasado unos momentos desagradables, pero... están compen-

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

sados. He visto que usted me quiere bien, y eso... vale mucho; ¿no es cierto?

—La quiero bien... ¡Ya lo creo! ¡La quiero con toda el alma, mi amiga!

¡Los labios le quemaban y buscó frescura en los otros labios, que se le ofrecían húmedos, gloriosos!

—¡Mi Olga!

¡Suya!

La estrechó contra su pecho.

—¡Mi Olga!

—¡Pablo!... ¡Pablo querido!...

Un rato largo se quedaron así, atontados por la delicia suprema de aquel amor tan dulce, tan exquisitamente dulce.

Las manos suaves de la mujercita rubia acariciaban la cabeza renegrada del muchachote grande y fornido.

La piel suave de sus mejillas rozaba la cara imberbe del hombre-niño.

—¡Yo lo quiero mucho, Pablo; pero lo quiero bien, lo quiero como nunca creí que llegara a querer a ningún hombre... y le voy a pedir una cosa: que siempre me sea sincero, que no me engañe jamás y que no me oculte sus verdaderos sentimientos!...

—Olga... ¡siempre he sido sincero con usted!

—¡Yo quiero que siempre lo sea!

—¡Oh... sí, mi amiga... mi... noviecita buena!
Ella se estremeció.

—¡Cuánto me gustaría ser siempre su noviecita!

—¡Lo será, Olga!

—¡Sí... y el día que no lo fuera... el día que no me quisiera más... dígamelo, Pablo; no me engañe nunca!

El le cerró la boca con un beso franco, ruidoso.

—¡El día que no la quiera... estaré loco!

Y sonrieron, dichosos.

¡Qué diferencia entre aquella mujercita y Magda!

¡Qué diferencia extraordinaria entre aquella cosita delicada, encantadoramente suave y armoniosa, y la otra, brutal, arrolladora, imperiosa y exigente!

Ahora empezaba a comprender esa diferencia. Ahora, al sentirse un poco agotado en el desgaste de sus músculos y sus nervios, *veía* de verdad esa enorme diferencia. Aquélla exigía amor, o pasión, o lo que fuera; ésta... ¡lo brindaba todo!

¡Aquélla absorbía; ésta exhalaba! ¡Aquélla quemaba y secaba con fuego; ésta refrescaba con dulzura angelical! ¡Aquélla enloquecía; ésta embriagaba! ¡Aquélla era boca, una enorme boca, con una sed tremenda; ésta era una fuente, hospitalaria y generosa! ¡Aquélla bebía sangre; ésta brindaba el más delicioso de los licores!

—¡Olga!... ¡Mi Olga!... ¡Usted es muy buena conmigo!... ¿Con qué pagaré tanta bondad?

—¡Queriéndome, Pablo, siéndome sincero y leal!

Anna, en un estado lastimoso, interrumpió el idilio:

—¡Pablo!... ¡Pablito... por favor... por su madre!... ¡Sálveme!

—¿Qué le pasa?

—¡Han expulsado a mi Negro!... ¡Lo van a echar a la calle!... ¡Le están pegando!... ¡Pablo!... ¡Por favor, sea bueno!... ¡Pobrecito mi Negro querido!

—Yo no puedo hacer nada, Anna.

—¡Sí!... Usted puede. ¡Pídales que lo perdonen!

—Venga... Yo les diré, pero no se conseguirá nada.

En efecto; ni siquiera pudo conseguir Matessa que lo escucharan.

—¡Cállese! ¡Usted no tiene nada que ver!...

—Vaya con su rubia... ¡No se la deje secuestrar de nuevo!

Habló con Morales.

—Yo no quisiera...

El caudillo no lo dejó terminar.

—Es inútil, Matessa. Es un mal “bicho”, y conviene eliminarlo.

Anna lloraba y gritaba, desesperada, golpeándose contra las paredes y tirándose de los cabellos.

—¡No sean malos!... ¡Perdónenlo!... ¡Mi Negro querido!...

Tratando de consolarla, Pablo se le acercó.

—¡Cálmese, Anna!... ¡Cálmese!

Entonces la muchacha dejó de gritar; enjugóse las lágrimas y tomándolo de las solapas, le habló sentenciosamente, con una firmeza extraña, dado su estado de embriaguez:

—Mire Pablo: usted sabe que siempre lo he querido; ¿verdad?; usted nunca me ha hecho caso a mí...

no me importaba... tenía a Novaro... a mí Negro. ¡Ahora lo pierdo por usted!... ¡Me quedo sin nada!... ¡Yo lo necesito... yo lo quiero a usted, Pablito, y quiero que usted sea mío!

Si le dice no rotundamente, va a provocar en la mujer un nuevo arrebató temible. Es mejor ser diplomático.

—Bueno, mire, Anna. Usted ahora está excitada, nerviosa; mañana hablaremos.

—Sí, mañana. ¡Pero sepa, Pablo, que estoy resuelta a cualquier cosa!... No me importa perderlo al otro, ¡qué esperanza!, ¡pero yo lo quiero a usted!

* * *

Mientras se dirige a su casa, ya con la luz del nuevo día y después de haber dejado a Olga en la suya, Pablo Matessa pasa revista a los acontecimientos.

¡Por sobre todo, el exquisito dulzor de la boca deliciosa de la mujercita!

¡Qué cosa linda!

¡Es suya!... ¡Ya es bastante suya!... ¡El primer paso!... ¡Qué beso más rico!... ¡Y la estrechó bien fuerte contra sí!... ¡Y la sintió desvanecida!... Y le dijo: ¡Pablo querido!

¡La Anna?... ¡Pobre mujer!... ¡Anna u Olga? ¡Por favor!... ¡Ni comparación!

Se durmió ya entrada la mañana, arrullado por el

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

más embriagador de los cantos, por la más encantadora de las músicas...

“Pablo... Pablo querido... He visto que usted me quiere bien... Yo lo quiero mucho, Pablo... lo quiero como nunca creí que llegaría a querer a ningún hombre... ¡no me engañe!... ¡Cuánto me gustaría ser siempre su noviecita!”

* * *

A la tarde, Pablo y Olga se hablaron por teléfono.

—¿Usted piensa ir esta noche al baile, Pablo?

—Sí, Olga.

—¿Tiene muchas ganas?

—*Muchas ganas...* no, pero pienso ir.

—¿Y si yo le pido que no vaya?

—No voy.

—¡Pues... le pido!

—¡Pues... no voy!

—¡Qué bueno!

—No es bondad.

—¿Qué es?

—Cariño.

—¿Cariño solamente?

—¡Amor, Olga!

—¿Muy grande?

—¡Inmenso!

—¿Tan grande como el señor Pablo?

—¡Y tan hermoso como la señorita Olga!

OLGA

—Así que no va; ¿verdad?

—Ya se lo he dicho, Olga. Si usted no quiere, no voy... pero, con una condición.

—¿Cuál?

—¡Que nos veamos!

—Yo he quedado en ir con Berta al cinematógrafo... podemos ir los tres.

—Muy bien.

—¿Nos pasa a buscar?

—Con mucho gusto.

—Lo esperamos entonces, después de cenar.

* * *

¡Berta!... ¡La *víctima* de Juan Carlos! La que conoció Pablo en Palermo no hacía mucho. Alta, bien formada, muy simpática, alegre, con grandes ojos oscuros.

¡Ya no es la misma!... Un poco doblada, parece más baja. Su alegría ha desaparecido, los ojos parecen más grandes y más oscuros, con ojeras profundas; se advierte en toda ella tristeza, dejadez, desaliento.

¡Bruscamente en un salto ha pasado de niña a mujer!...

—¿Cómo está, señorita?

—¿No ve él acaso que está mal? ¿Para qué pregunta? Ni siquiera le contesta.

—Buenas noches, señor.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Ocupan los tres un palco, dispuestos a ver a Chaplin en una de sus geniales creaciones; pero Berta, que siente imperiosa necesidad de hablar, de desahogarse compartiendo su pena con los que la rodean y sabiendo, además, por su amiga, que él conoce a Juan Carlos, va sin rodeos a su asunto:

—¿Me ha dicho Olga que usted conoce a... Juan Carlos... *Modina*?

—Sí... ha sido compañero mío.

—¿Qué malos que son los hombres!

Olga interrumpe:

—¿Todos? — y mira a *su* Pablo con picardía.

—¿Yo no sé si todos, pero algunos son muy malos!... ¿Hace mucho que usted no lo ve a *él*?

—Desde el día que la conocí a usted, casualmente.

—¿*El* va a la facultad?... ¿Y a qué horas?... ¿Y dónde vive?... ¿No sabe si se mudó?

Acosa a preguntas, unas veces con vehemencia, otras con desgano. Se ve que el hombre le interesa, ¡que lo quiere!... ¡que se le ha metido hasta el alma!... ¡que no se aviene a perderlo!... que espera que vuelva... que lo necesita... ¡que lo ama!

Termina por decirlo claramente, llorosa, temblando:

—¿Yo no sé qué será de mí; sin él no puedo vivir!

Olga está indignada.

¿Querer a un hombre canalla, a un miserable que la engaña, la pisotea y la desprecia? ¡Eso es indigno!

Discuten las dos y Pablo calla, observando a Berta

OLGA

con curiosidad malsana, pensando en que el “loco” besó esa boca, y, quizá, esos ojos, y tal vez ese cuello, y esa nuca...

Y contempla a Olga... ¡tan linda!, ¡tan hermosa!... y clava los ojos en su boca húmeda y en su cuello y en su nuca... ¡Quizá algún día!...

Después del cine fueron a una confitería.

Al despedirse, Olga reiteró:

—¿Va a ir al baile?

—Ya le he dicho que no.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, Olga.

* * *

No iba al baile. Una lástima porque se hubiera divertido en grande.

Pero le prometió a la linda mujercita no ir y no iría. ¡La fiesta sería magnífica!... ¡Pero no iría!

Se acostó.

Trató de concentrar el pensamiento en la “noviecita”. ¡Pobre Berta!... ¡Qué bárbaro el Juan Carlos!... ¡Y era linda la Berta!... ¡Los besos que le habrá dado!... ¡Olga!... Intentó de nuevo concentrarse en ella. ¡Qué buena mujercita!... Pero de nuevo Berta y Juan Carlos. Intentó dormir... Al cerrar los ojos... ¡la imagen diabólica de Magda!... ¡No!... ¡Olga era mejor, mucho más hermosa!... ¡Magda, Olga y Berta!... ¡Las tres danzando sobre él!... ¡Magda era la

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

más audaz!... Se le abalanzaba, lo provocaba... ¡le rozaba la piel!... ¡Magda, Olga, Berta y el loco Juan Carlos riendo a carcajadas!... “¡Bobo!... ¡Zonzo!... ¡Imbécil!”... Aferróse a Olga... “¡Mi Olga!”... ¡Magda la anuló de un golpe!... ¡Magda! ¡Le aguijoneó la carne sin escrúpulos!... ¡El negro Eloy!... Sintió asco... Berta, Juan Carlos... y de pronto, otra más: ¡Anna!... ¡la italianita del cuerpo fornido!... ¡Magda, Berta, Anna!... ¡Berta y Anna!... ¡Anna!... ¡Una niebla roja lo envolvió!... Agitóse violento, como ahogado... e incorporóse en el lecho.

¡Anna!... Estaría en el baile ofreciendo a cualquiera los encantos de su fuego meridional... El no estaba... él no iba... “¡Bobo! ¡Zonzo!”... ¿Por qué no iba?

¡Por Olga!

¿Y qué sabría Olga si iba o no?

¡Verdad: no lo sabría!

Por último, vistióse de prisa y se fué al baile.

* * *

—¡Pablito! — La italianita lo abrazó con todas sus fuerzas. — ¡Mi alma! ¡Mi *bambino*!

Estaba hermosa, con un vestido blanco, ajustado, que le señalaba las líneas de su “cuerpacho” insolente de tan provocativo.

—¡Tome mi amor, beba!... ¡Creí que no venía!... ¡Canallote, malo, ingrato!

OLGA

Le tomó con la mano regordeta la barbilla, empinose en la punta de los pies y le estampó un beso asfixiante.

—¡Tesoro!

Ya el alcohol había hecho sus efectos. Reía, gritaba y saltaba accionando como una salvaje.

—¡Vamos a bailar!

Pablo se dejó arrastrar, enervado él también, formando en el torbellino diabólico que todo lo arrasa y lo envuelve y lo enloquece.

Hombres y mujeres, perdidos todos los reparos, frenéticos, en afán furioso de beber, en una noche, cien noches, se lanzan a un despilfarro total de juventud.

A las doce del día veintidós Pablo se halla, sin saber cómo, tendido en unas lonas, sobre el piso de uno de los dormitorios de "El Refugio"; a su lado, dormida Anna, con un semblante cadavérico, con unas ojeras violeta que parecen pinceladas; un poco más allá, Pucci de Miranda; en un rincón, cuatro o cinco mujeres amontonadas. Las camas deshechas. Por el suelo, ropas y botellas; Laura, la hermana de Anna, envuelta en un mosquitero, duerme con medio cuerpo sobre el patio.

¡Por allí pasó un ciclón!

Un ciclón de locura que deja los cuerpos molidos y los espíritus aplastados.

* * *

Pablo pasó a ocupar junto a Anna, el puesto de Lagos Novaro. Un poco inconscientemente y arrastrado por

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

los sucesos, permitióle a la italianita desarrollar su plan y envolverle en la red de su pasión meridional.

Hubo necesidad de resolver en “El Refugio” ciertas complicaciones de orden interno, pero se contó con la buena voluntad del “caudillo”, influido favorablemente por Blanca, y en pocos días todo se encauzó dentro de la normalidad. De lo que en el internado se reputa normalidad.

¡Si Olga supiera!

Pero “la chica de las roscas” (que para Anna, según Pablo, sólo había sido una aventura pasajera) no se imaginaba ni en sueños semejante cosa.

“La noviecita dulce y buena” aceptaba el amor del muchacho con cierto fatalismo.

“Tenía que ser... el destino lo ha querido”. Ella estaba segura de que si bien su corazón la inclinó siempre hacia ese amor, su cabeza, bien asentada, no intervino con fantasías o *ideas locas*.

Su madre, que más que madre es su mejor amiga, escuchó su confidencia y aconsejola, tranquila:

—Parece muy bueno, sólo que es joven, demasiado joven... pero si lo quieres, ayúdalo a adelantar, a que termine de una vez su carrera.

Ni siquiera una advertencia de peligro. ¡Tal fe tiene en su propia obra!

Olga se interesa ahora por los estudios de Pablo, por

sus materias, por los años que le faltan para recibirse.

Lo asombra por la identificación completa con sus preocupaciones y dificultades. ¡En unas semanas es poco menos que un camarada, que otro estudiante como él!

¡Qué espíritu de compañerismo más admirable!

¡Qué bagaje precioso para su futura vida al lado del hombre que la haga su esposa!

En casa de ella, cuya puerta está siempre abierta para él por las tarde o por las noches, después de cenar, pasan horas y horas estudiando en común.

—¡Usted será *doctor*, — dice ella con gracioso énfasis — y yo *su doctora*!

—¡Mi doctora!

—Sí... mi doctor!

El poema se desarrolla delicioso. A hurtadillas algún apretón de manos, algún beso furtivo, miradas tiernas, repletas de dulzura.

¡Si Olga supiera lo de Anna!

Pablo medita a veces sobre esta situación.

En oportunidades la ve con asco, comprende lo indigno del doble juego; en oportunidades se tranquiliza viendo o queriendo ver una mayor seguridad para la índole de sus relaciones con Olga.

“La querré mejor así, con más pureza”. Procede con cautela, con miles de precauciones, seguro de que la mujercita rubia sería inexorable si descubriera la traición.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

¡Siente frío ante la posibilidad de perderla! ¡El debiera terminar de una vez con la Anna! ¡Debe hacerlo!

La red es fuerte y tiene un cómplice: ¡el fuego latente encendido para siempre en su sangre por la Magda fatal!

* * *

Los domingos, unas veces con la madre, que resulta otra muchacha dispuesta y cordial, otras solos, pasean o van a teatros y cines.

Ambos tienen predilección por el yachting y, en cuantas oportunidades pueden, realizan excursiones por el Tigre y el Río de la Plata, con amigos de él o de ella.

Pablo ha llegado ya a piloto y ella sueña con intervenir en una regata.

Gracias a la buena disposición de una amiga, da al muchacho la gran noticia:

—¡El domingo que viene corro!

—¿Corre?

—¡Sí!... La señora de Smith me presta su yacht el "Alas".

Pablo, felicitándola, comparte su alegría.

—¿Y con quién corre?

—Con un marinero.

—¿Usted... timonel?

—¡Capitana!

—¿Y quién de marinero?

OLGA

—¡Usted!

—¡Encantado!... ¡Señorita capitana!

—¿A mis órdenes?

—¡A sus órdenes.

* * *

El domingo de la carrera se presentó hermoso. Cielo azul y sol radiante.

Pablo, según habían convenido, trasladóse temprano al local del Club Náutico San Isidro, con objeto de alistar el barco atracado a uno de sus muelles.

El “Alas”, yacht de la clase tan popular denominada “Collen”, no le era extraño al muchacho, por haber realizado en él un par de salidas en la temporada anterior.

No le merecía el barco entusiasta confianza, pero lo creía suficiente para el compromiso de la tarde.

Con la meticulosidad con que los hombres de mar cuidan “el detalle”, el pichón de marino lo revisó y alistó todo, y cuando llegó la “señorita capitana”, poco después de medio día, sólo faltaba soltar amarras.

Por el canal que sirve de fondeadero al club se dirigieron al Río de la Plata, sorteando embarcaciones y retribuyendo los saludos de los amigos.

—¡Mi maestro, Olga!

—¿Dónde?... ¿Quién?

—¡Julio Martínez Vázquez, ahí, en el “Cingalee” — y al mismo tiempo saludaba, entusiasmado, al admirable yachtsman.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡ Adiós, maestro!

—¿ Corre?

—¡ Sí, maestro!

—¡ Pampero! — gritó simplemente el viejo lobo de mar. Pablo lo miró, sorprendido.

—¿ Pampero?

—En fija, muchacho... ¡ No hacer locuras!

Conocedor de la pericia de aquel hombre y de sus profundos conocimientos náuticos, Matessa dió a sus palabras el valor de una sentencia.

—¿ Qué me dice, mi amiga?

—¿ Mal tiempo con este día? — expresó, incrédula, la “señorita capitana”.

Pablo, trepando ágilmente por el palo mayor del barco, y ya en la punta, observó atentamente el Sudoeste.

—¡ Pampero! — confirmó desde lo alto.

Olga expresó claramente su disgusto por lo que entendía *timideces* del compañero y, un poco agresiva, provocó su amor propio.

—¿ Tiene miedo?

Matessa miró con fijeza los ojos claros, hasta obligarlos a pestañear.

¿ No era un encanto una aventura con aquella mujer-cita?... Valía la pena correr el peligro.

Sin responder a la provocación dió un último toque a los cabos y, ya en el río, fueron buscando la correspondiente ubicación. El oficial del día ultimaba los prepara-

tivos para la largada. Sonó el cañonazo de preparación y se izaron las banderas.

—¡Bandera colorada... boya a babor, Olga!

Se arreglaron las velas.

Olga buscó reconciliación.

—¿En verdad tendremos mal tiempo?

—Sí; tendremos pampero. Hace demasiado calor y el barómetro está muy bajo... Esa nube, blanca arriba y oscura debajo, allá, sobre las barrancas, ya lo dice además...

Un nuevo cañonazo lo interrumpió. Se bajaron las banderas y se reemplazaron por las "P."

Desde ese instante las embarcaciones estaban bajo el reglamento de regatas.

Pablo, con el cronómetro, contaba los segundos, mientras Olga, al timón, trataba de ubicar su barco en las mejores condiciones para la largada.

—¡Faltan sólo cuarenta segundos!

Los segundos resultaban interminables.

—¡Treinta!... ¡Atenta! ¡Deje pasar al "Topox" y al "Onix", que vienen con derecho de paso! ¡Veintisiete! ¡Atención! ¡Trate de salir a sotavento!... ¡Este viento norte no dura, y el pampero nos sorprenderá antes de llegar a la primera boya! ¡Veinte!... ¡Derecho a la boya! — y dejando el cronómetro corrió a izar la vela liviana, denominada "spinnker".

El cañonazo de partida los tomó a "toda marcha".

Y ya el "pichón de marino" se posesionó de su papel.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Bien, capitana!... ¡Bien!... ¡Van cinco barcos delante y siete detrás... pero en cambio estaremos bien a barlovento en cuanto caiga la tormenta! ¡Derive!... ¡Acérquese a la costa!

El “Alas” se deslizaba veloz sobre las aguas turbias del estuario, apuntada su proa hacia el Sudeste.

—¡Ya saltó el viento al Noroeste! ¡Pampero! — gritó Matessa.

Entonces comprendió la muchacha el tamaño real de la aventura.

Al admirar la conciencia que ponía su compañero en toda su tarea veía la responsabilidad que pesaba sobre ella al no escuchar su advertencia.

—¿Tendremos temporal?

—Ahora ya es tarde para reflexiones — cortó, brusco. — ¡Atenta!

Un poco pálida, obedeció. La nube negra ya estaba en el cenit, y una polvareda que venía de tierra les indicó que el temido pampero ya estaba sobre ellos.

El muchacho concentraba los cinco sentidos en todos los detalles de la navegación.

La primera racha de viento, siempre muy fuerte, cayó sobre el yacht, acostándolo por completo.

Olga palideció más aún.

—¡Pablo!

—¡Atenta!... ¡Atenta!... ¡Si llegamos a la boya estamos bien! ¡Ya tumbó uno!... ¡Los demás arrían!...

¡Vamos bien!... ¡Otro tumbado!... ¡Atención!... ¡A la boya!

Y el “Alas” logró virar sobre la boya, dificultosamente. El viento, fortísimo, lo toma ahora de atrás, de popa.

—¡Solos!... ¡En punta!

Pero la chica no resiste el esfuerzo.

—¡No puedo gobernar!

—¡Sí! ¡Fuerza y estamos!... ¡Aguante un poco! — y salta como un mono, de un extremo a otro de la “cáscara de nuez”, en prodigiosos equilibrios, atando y desatando cabos, dando a ella y dándose él mismo indicaciones y órdenes, a grandes voces.

Una cortina negra de nubes y un viento huracanado envuelven el barco.

—¡Adiós carrera! ¡Abajo las velas!

El río, fuertemente picado, azota las bandas del “Alas”, empapando a sus tripulantes. Echaron el ancla, pero el ancla garreaba, no se asentaba sobre el fondo del río, y hubo que izarla.

—¡Vamos a buscar refugio en las islas!

Los nervios y los músculos de la “señorita capitana” no daban más.

—¡Pablo, no puedo!... ¡Por favor!

El furioso vendaval se presentaba de cuerpo entero.

—¡Pablo, por favor!

—¡Coraje, amiga!... ¡Ahora es el baile!... ¡Pampero lindo!

Sportsman de corazón, amante real del yachting, en-

contraba verdadero gozo en la lucha tremenda. Con el espíritu bastante amoldado ya al de los hombres de mar, en virtud del cariño con que siempre lo aleccionó *el maestro*, hallaba el deporte en el peligro y en las dificultades que debía vencer en defensa de sus vidas y de su barco.

Era necesario salvarse y era también necesario salvar al barco y llegar con él sin averías.

“Así lo enseñó el maestro”, y el “pichón de marino” se multiplicaba para atender toda su tarea y suplir a su compañera, que sólo atinaba a cumplir órdenes.

—¡Coraje, amiga! ¡Valor!

Una ola barrió al “Alas”, tumbando a sus tripulantes.

—¡Firme en el timón!... ¡Coraje!

Olga hizo un esfuerzo sobrehumano.

—¡Coraje, amiga!... ¡Ya afloja el condenado! Un poco más a la derecha. Un poco más a la izquierda.

Un par de horas después ya distinguían el característico bosque de la isla Zárate, a la entrada del Paraná de las Palmas, brazo derecho del caudaloso Paraná, el gran afluente del Plata.

—¡Allí estaremos seguros!... ¡Detrás de la isla fondearemos, al reparo de la borrasca!

En cuanto el “Alas” tocó tierra en el islote cubierto de vegetación, y Pablo saltó, resuelto, para amarrar, Olga entregóse, vencida.

Las manos despellejadas de la muchacha soltaron la barra del timón, los ojos claros se cerraron y la “señorita capitana” cayó desvanecida.

—¡Olga!... ¡Mi Olga!

Estaba helada. Las ropas, hechas “una sopa”, se adherían al cuerpo, chorreando agua.

Las crenchas de oro daban lástima. La cara, un poco “de muñeca”, parecía de mármol. Los labios morados, las manos sangrando.

—¡Olga!...

La embarcación estaba anegada. Pablo, alzando en brazos a la muchacha, la transportó a tierra.

¡Preciosa carga!

Apretó con emoción el cuerpo de la mujercita contra el suyo.

—¡Ahora es mía!... ¡Completamente mía!... ¡Adiós frialdad, adiós altivez, adiós todo!... ¡Ahora es mía!...

Y los brazos musculosos del atleta aprisionaban el tesoro.

Con algunas lonas hizo un lecho y puso en él, con tierna delicadeza, eso que “era suyo”.

—¡Magnífica la aventura!... ¡Gracias, pampero de mi alma!...

Para evitar el viento rodeó el improvisado lecho con lonas y ramas.

Olga continuaba inmóvil. Pablo se hincó a su lado, le introdujo un poco de coñac en la boca, y con toda naturalidad le quitó la tricota de lana, empapada.

—¡Qué hermosa!... ¡Qué linda mujercita!

Las manos vigorosas friccionaron con alcohol los brazos y el busto de la muchacha.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡Pampero de mi alma!

Las manos vigorosas acariciaban con unción el busto marmóreo. La “señorita capitana” recuperó, lentamente, el conocimiento. Temblaba lastimosamente y se sacudía en chuchos de frío.

—¡Olga, mi Olga!

Sosteniéndola con los brazos, la hizo sentar.

—¿Está mejor?

—Sí... ¡Qué frío! — Y las mejillas de cera se sonrojaron al advertir su dueña la desnudez del busto.

—¡Estaba empapada!

Ella lo miró con un poco de reproche.

—Voy a traerle mi saco.

El saco, a bordo, dentro de una bolsa, con el resto del traje de calle de Pablo, estaba seco, y la muchacha se cubrió con él.

—¿Dónde estamos?

—En el Tigre, en un islote... ¿Cómo se siente?...

—Regular... tengo mucho frío.

—Bueno, mire, mi amiga... Quítese todas sus ropas mojadas y... — dudó un instante y sonrió — y... póngase mi traje completo... es lo mejor.

Ella sonrió también, en una pequeña mueca, castañeteándole los dientes, y obedeció.

—Voy a soltar algunas palomas avisando nuestra situación.

—¿Trajo mensajeras?

—Siempre que navego lo hago.

—¡Qué buena idea!... ¡Son tuyas?

—Sí. En media hora, cuando mucho, estarán en casa, y desde allí avisarán por teléfono a la tuya y al club.

Un momento después dos de las admirables chasques se elevaban cual minúsculos aviones, describían unos cuantos círculos y se perdían entre las nubes, en dirección a la ciudad, con los mensajes tranquilizadores.

—¿Lista?

—Sí.

—¡Señor... “capitán”! — exclamó, riendo, al contemplarla embolsada en su traje.

Pero la muchacha se sentía mal; dió unos pasos, llevóse las manos a la frente, en ademán de echarse hacia atrás los cabellos, y se desvaneció de nuevo.

Matessa tuvo el tiempo indispensable para evitar que cayera al suelo. Púsola otra vez sobre las lonas, y entonces, olvidándose de que aquello era carne de mujer, no pensando en la materialidad de tanto encanto, aturdiéndose a propósito para borrar lo impuro, un poco trastornado, fricciónó de pies a cabeza el cuerpo perfecto. Fricciónó con violencia, hasta irritar la piel; la circulación se normalizó, el corazón recuperó su ritmo, la muchacha reaccionó.

—¡Olga!

Los ojos claros lo miraron con intensidad.

¡Ellos habían recibido la caricia total del muchacho! El alma, que por ellos se asomaba, había recibido la caricia.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Un murmullo suave, delicioso, acarició también a Matessa.

—¡Pablo!...

La ayudó a incorporarse, y estrechándola contra su pecho quiso incrustar en el cuerpo divino todo el calor que lo abrasaba entero.

La mujercita se le entregó de alma.

La cabeza de oro se le abandonó sobre el hombro, los ojos claros se entornaron con deleite.

¡Era suya!... ¡Podía ser en absoluto suya!

El corazón le palpó con violencia. Sintió fuego en el pecho, fuego en las sienes y en los labios.

¡Podía ser suya!

¿Estaba seguro?

¿Que no?

Y las manos vigorosas, temblando, buscaron, audaces, la confirmación de la entrega.

—¡Pablo!... ¡Pablo querido!...

¡El vértigo!

—¡Olga! — El mismo rugido lo dominó un poco. —
¡Olga!

—¡Pablo!

“¡Tomala, imbécil!... ¡Aprovechá el manjar divino que te brindan los dioses!”

Las manos vigorosas dejaron de temblar.

Tomó de los brazos, con fuerza, a la muchacha, y le clavó los ojos, centelleantes.

—¡Mi alma!

La boca entreabierta lo provocó, irresistible, y el beso fué tremendo.

—“¡Es tuya, tómalala!”

—¿Mía?

—Sí... Pablo... ¡tuya!

¡Pobre hombre! ¡Pobre proyecto de hombre! Aún dudó.

“¡Si es la vida quien te la entrega! ¡Si es ella la gran generosa! ¡Aprovechá el jugo delicioso de sus dulzuras supremas!”

Pero no aprovechó. Se impuso la hombría sobre el aguijón de sus deseos enormes.

—¡Así no!...

Vió con ojos de conciencia el delito bajo el asalto a lo rendido por sorpresa.

Tuvo también lástima. Lástima de hollar con ruindad tanta delicia y tanta pureza.

Sintió pena de manchar con una grosería el encanto de su poema magnífico.

—¡Olga! — y la atrajo hacia sí con ternura, y la recostó contra el pecho.

¿Comprendería ella la renunciación? ¿Apreciaría el sacrificio?

Para que lo entendiera bien fué brutal.

—Olga: ¿comprende cuánto y cómo la quiero?... ¿Se da cuenta de la forma cómo la quiero?... ¡Sacrifico mi egoísmo por usted!... ¡Me privo de lo divino por usted!

Desahogando un poco el fuego que lo arrebatava:

—No la hago más mía... ¡porque no quiero!... ¡por-

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

que no deseo tomar de usted nada que usted no me dé! ¡A eso he llegado en mi egoísmo, a eso he *llevado* a mi egoísmo, a no desear sino lo que usted desee!... ¡La llamé mía!... ¡Usted me llamó suyo! ¡Con toda el alma soy suyo... y con toda el alma deseo que sea mía... pero no por mí, sino por usted; no porque yo quiera, sino porque usted lo anhele!... ¡Yo no sé lo que para usted es bueno; quiero que usted me lo diga!... ¡Y ojalá sea bueno para usted el quererme un poco y el que yo la quiera!

Los ojos claros lo miraron con infinita dulzura.

Pasado el vértigo, ella midió la enormidad de lo no ocurrido, y tuvo miedo.

El sintió reseca la garganta y un poco de tristeza.

No era suya completamente.

Se alarmó. ¿Que no?

Tomándola suavemente de los brazos la atrajo hacia él e intentó besarla en la boca. Pero la boca sonrió con picardía, y él se tuvo que conformar besando apenas la mejilla.

¡No era suya!

* * *

Mientras ella trataba de arreglar un poco sus ropas, secándolas al calor de una pequeña fogata, él acondicionó el barco para pasar la noche.

—Bueno... ya está todo listo. Métase ahí dentro y trate de descansar. A la madrugada veremos lo que se puede hacer. — Hablaba con desgano, como fastidiado.

OLGA

—¿Está enojado?... ¿Qué le pasa?

Mintió: — No; ¿por qué?

—Parece...

—Acuéstese y trate de descansar.

—¿Y usted?

—De mí no se preocupe. ¡Acuéstese!

—¿Y usted no se acuesta?

Fué grosero, sin saber él mismo por qué; disgustado, como reprochándose su propio proceder.

—¿Dónde?... ¿Ahí abajo?... ¡No hay sitio para los dos! Además, no tengo sueño.

Olga lo miró, sorprendida.

—¿Está enojado? ¿Por qué? ¡Sea sincero!

—Por nada.

—¡Sea franco!

—¿Lo quiere? — rugió casi.

La mujercita tuvo miedo otra vez, y no se atrevió a hablar.

—¿Lo quiere? — insistió él, ya resuelto a hacerlo. — ¡Pues sépalo: sí; estoy disgustado conmigo mismo!... ¡Una gran amargura me sube hasta aquí, hasta la garganta! ¡La he tenido entre los brazos, la he tenido mía, completa y totalmente mía, hasta donde me hubiera dado la gana, y no he sido capaz de *hacerla mía!* ¡Sacrifiqué mi egoísmo por usted, y ahora... ahora me hace la impresión de haberla perdido, de que no es bien mía! ¡Olga... yo no puedo perderla, yo la quiero ya demasiado para perderla.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Y el muchacho grande, fuerte, atlético, se quiebra en un llanto de niño, que conmueve.

—¡Pero, Pablo, por favor!... ¡Qué locuras! — Se le acerca con mimos, acaricia la cabeza renegrida y besa las manos, húmedas en lágrimas, que cubren el rostro del hombre-niño. — ¡A ver... basta!... ¡No diga más tonterías!

—Vaya... acuéstese.

—Bueno... ¿Y será hasta mañana?

—No... hasta luego. Veremos si a la madrugada podemos salir.

—Hasta luego, entonces...

—Hasta luego, Olga.

Mientras la “señorita capitana” se “hace un ovillo” con las lonas, en el fondo del “Alas”, Matessa se tiende sobre cubierta, acodado, contemplando las pequeñas lenguas de fuego de la fogata, que se extingue, y a cuyos reflejos danzan sobre el islote, entre los sauces y los matorrales, miles de sombras grotescas.

Ya cae la noche.

Pasada la tormenta, las nubes se desgarran poco a poco, como lienzos, descubriendo la bóveda azul, hermosa, salpicada de luciérnagas inmóviles.

* * *

OLGA

En las primeras horas de la mañana del lunes el "Alas", por sus propios medios, arribaba al Náutico San Isidro, con la "señorita capitana" al timón y sin una sola avería. El hecho se reputó como hazaña, y los tripulantes ocuparon la categoría de héroes y el comentario público durante toda la temporada.

No faltó, desde luego, la presunción malévola ni el chiste ofensivo, pero fueron anulándose ante la manifestación calurosa de la señorita Olga:

—Matessa se portó como un valiente y como un caballero. Le estoy profundamente agradecida.

Reconocido él, por su parte, al elogio, no tenía, sin embargo, la seguridad absoluta de haberse portado en la forma más conveniente para él, para su egoísmo.

"La felicidad suele pasar, en la vida, una vez a nuestro lado, a veces *una sola vez*, y si en esa única oportunidad no sabemos tomarla... adiós felicidad".

Olga ha perdido su tranquilidad. El fuego que quema la sangre del muchacho se ha propagado a su sangre. Una rara inquietud agita el cuerpo de la "linda mujercita".

Los ojos claros ya no miran serenos, y brillan más y en forma extraña.

Sus noches ya no son noches de paz reparadora; se revuelve en el lecho, enciende y apaga la luz una y cien veces, se desvela; el insomnio la mortifica y la desgasta.

Se sofoca, siente una brasa ardiente sobre el pecho níveo. Se yergue alarmada... ¡Las manos del muchacho fueron brasas!... ¡Las caricias del muchacho fueron brasas!...

Ha perdido su aplomo.

Junto a Pablo ya no es la misma.

La otra tarde, al tenerlo a su lado, su inquietud llegó a resultarle insoportable.

Cuando él, por descuido, la besó, vibró íntegra, de pies a cabeza, en una vibración jamás sentida.

Dolor de desgarramiento y gozo de embriaguez.

—¡Pablo! — y se tomó a los brazos vigorosos del niño-hombre, incrustándole los dedos crispados.

La cabeza no funciona con lucidez, las ideas son confusas, a ratos chocan entre sí, y es como si giraran vertiginosas.

Berta y Juan Carlos han reanudado sus relaciones.

Al contárselo a Pablo, Olga no pone aquel calor de indignación con que juzgó antes la conducta del “loco”. Ya no habla de infamia, de vergüenza, de canalla y de infeliz.

Ya ni juzga ni condena.

Se ha humanizado.

¿Ve lo que antes no veía?

¿Sabe de la fuerza incontenible, que arrastra y trastorna? ¿Presiente el vértigo enloquecedor, que todo lo envuelve y lo conmueve?

Pablo, que advierte el cambio, busca con afán la explicación.

¿Le habré llegado al alma?... ¿Habré terminado, por fin, con las defensas de hierro?

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Y, agazapado, astuto, aguarda el instante del zarpazo, que ve próximo.

¡Indudable que las defensas de hierro han cedido!

Las circunstancias favorecieron el asalto y el enemigo se viene encima.

Pero todavía se le ve *enemigo*... ¡menos mal! ¡Eso es mucho en su favor!

¡Hay derrota, habrá, tal vez, entrega, pero no hay seducción!

¡La sangre quema, y su fuego hace que el cerebro arda... pero allí no existe material peligroso... allí no existen ácidos corrosivos ni venenos traicioneros... arderá todo, es combustible... pero no serán llamas verdes ni azules... sino rojas, del más puro rojo sangre! ¡Se consumirá, quizás, la linda mujercita, en incendio de pasión, de pasión grande, vigorosa, arrolladora, pero sana, sin mácula, sin vicio!

¿Caerá por fin?... Muchas defensas han cedido ya... quedan algunas... muy pocas. Quedan como último recurso, y hay violencia en emplearlas.

* * *

Noche calurosa, sofocante. Son las tres de la madrugada, y desde las veintidós que Olga se desespera, sin poder conciliar el sueño.

¿Será amor?

—¡No... no es amor... es otra cosa!... ¡Lo quiero

mucho a Pablo... pero no lo quiero como antes... me da miedo... me siento intranquila a su lado!... ¡A veces me dan ganas de golpearlo... de estrujarlo... de hacerle daño!... ¡Otras veces... lo besaría... lo estrecharía contra mí!... Quiero verlo cerca... y quiero verlo lejos...

Se yergue... se vuelve a acostar. Enciende la luz... la apaga. Cierra los párpados con fuerza... Unos figurones danzan a su alrededor.

Caras horribles, manos peludas... ¡Berta!... Berta llorando, de rodillas... levanta las manos al cielo... grita y se desespera... Juan Carlos, riendo, señalándola con el dedo y burlándose a carcajadas de su llanto y de sus gritos... ¡Pablo!...

—¿Tendré fiebre? ¿Estaré enferma?

¡Las tres y media!

Hace otro esfuerzo, cerrando de nuevo los párpados...

Más figurones y fantasmas... Cada vez más horribles. Se sacude con violencia.

Enciende la luz.

La madre, que ha notado el trastorno de su hija, la ha sentido esa noche en su inquietud inusitada y viene a su pieza.

—¿Qué te pasa, Olga?

¡Su madre!... ¡Esa es su última defensa!... Pensaba en ella para cuando ya no pudiera más, por pudor, por evitarle, también, el disgusto y la preocupación.

—¿Qué te pasa?

Es su mejor amiga.

—¡Madre! — y se le abraza, temblando. — ¡Madre!...

Con precipitación, anhelando quitarse cuanto antes de encima eso que la ahoga, descarga el peso enorme, íntegro, en todos sus detalles.

No reserva nada, no oculta ni uno solo de los besos furtivos o de los roces casuales. Es una confesión total, en necesidad de lavarse, de purificarse.

La madre la escucha, si ninterrumpirla. Y cuando la hija termina, cuando respira, por fin, aliviada del peso enorme, entonces habla ella, pausada:

—La culpa es mía, hija; yo debí prever... Es un joven bueno, pero... con otra educación... de otra raza. Paciencia. Veremos ahora la mejor solución... Hablaré con papá... Duérmete tranquila, ahora.

* * *

Los padres han resuelto que Olga corte sus relaciones con Pablo.

La muchacha se dispone a obedecer, convencida ella también de que ésa es la mejor solución.

* * *

OLGA

Pablo, que ha intentado, en vano, comunicarse con ella por teléfono durante la mañana, va a la tarde, como es su costumbre, al piso de la calle Sarmiento, y se sorprende ante la mucama, dura y seca, que le dice “que la señorita ha salido”, que “no volverá hasta muy tarde”, y que dejó dicho que la llamara por teléfono al día siguiente.

¡Qué raro!... Nunca ha procedido así. En otras ocasiones, cuando ha salido, se ha comunicado con él y luego le ha pedido que la espere en su casa.

Haciendo mil conjeturas, aguarda, ansioso, la comunicación del día siguiente.

—¿Olga?...

—Sí... Buenos días, Pablo.

—Buenos días. ¿Qué le pasó ayer?

—Nada... tuve que salir con mi madre.

Ratificóse él en su idea de que “algo raro” ocurría.

Le hablaba con una frialdad que le llegó al alma.

—Pero, Olga, ¿qué pasa?... Yo noto algo extraño... no sé...

—Sí... es verdad... yo necesito conversar con usted.

¿Anna quizás?... ¿Será lo de Anna? ¿Habrás sabido su traición?

Convinieron en encontrarse en Palermo, en la rosaleta, a las dieciocho.



CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Tenía ante sí la posibilidad de perderla.

¡Ahora la apreciaba en todo su valor!

¡Qué no daría él por conservarla!

Olga llegó puntual.

—Buenas tardes.

—¿Qué dice, Olga?

—¿Nos sentamos allí, en aquel banco?

—Sí... donde quiera... ¿Qué ocurre?

—Mire: usted sabe que yo lo he querido bien... que empezamos esto nuestro como una amistad... que yo siempre hablé de que quería que fuéramos buenos amigos... Insensiblemente... sin quererlo, por lo menos yo, esa amistad fué desviándose hasta...

—Permítame... — interrumpió, ansioso.

—Cállese, Pablo, déjeme hablar... Esa amistad... fué desviándose hasta llegar a mucho más... No era lo pensado, pero... lo acepté... sería el destino. Le tomé cariño... mucho cariño... y estaba dispuesta a que las cosas continuaran así... Yo debía esperar... usted es muy joven... le falta bastante para finalizar su carrera... No me importaba. Yo no tengo ningún apuro por casarme... esperaré lo que fuera necesario...

—Olga, usted sabe...

—¡Yo sé, Pablo, que íbamos por mal camino!... Yo sé que... ¡no por su culpa ni por la mía!... pero... en fin... por lo que fuera, íbamos por mal camino. ¡Usted sabe... que yo no soy Berta!

—¡Olga!... ¿Qué dice?

OLGA

—No... Pablo... no lo tome así... Yo sé que usted no es tampoco Juan Carlos... ¡pero íbamos a llegar a un disparate!

Agachó él la cabeza, en fingimiento de tragedia.

¿La perdería?... Sería una lástima. Levantó la vista.

—¿Quiere decir que usted está resuelta a destruirlo todo?

—Sí... por mi bien y por su bien... Además, mis padres... así lo quieren.

—¿Usted habló con ellos?

—Sí... les confesé todo... y ellos me han aconsejado.

¡La perdía!... ¡Qué pena!... ¡Una mujercita tan linda... tan buena!... Se le nublaron los ojos de lágrimas.

Irguió la cabeza, apretando los labios y entornando los ojos.

—¡Olga!... ¡Yo la quiero demasiado! ¡Yo no puedo perderla!... ¡Mi Olga!... ¡Se me ha metido en el alma!... ¡Yo la necesito!... ¡No destruya lo más grande de mi vida!... ¡Sea buena!...

Tomóla de las manos.

—¡Olga!... ¡Usted sabe que la quiero!... ¡Usted sabe que la quiero bien!... ¡Mi noviecita adorada!... ¡No derrumbe mi castillo de ensueños!

Conmovióse la mujercita, y los ojos claros lloraron también.

—¡Pablo!... ¡No llore!

—¡Mi Olga del alma!

—¡Usted sabe que yo también lo quiero, Pablo; no llore!

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¿Y por qué destruirlo todo, entonces?

Juntas las cabezas, juntas las manos... se quedaron los dos inclinados, un rato largo. Olga rompió el silencio:

—Mire, Pablo... por el cariño que le tengo... y creyendo en el suyo, ¡estoy resuelta a realizar lo que jamás he hecho!

Vibrante la voz, conmovió a Matessa.

—¡Olga!

—Escúcheme bien... no llore más... desde que nací jamás he mentido a mis padres... Ahora les he prometido no verlo más... terminar esto... ¡Como lo quiero y creo en usted, no lo voy a hacer!

—¡Gracias, Olga!... ¡Gracias con toda mi alma!

—¿Usted hará que no me arrepienta?

—¡Se lo prometo!... ¡Siempre le he dicho que sólo deseo su bien!

—Ya no será como antes... no nos veremos ni nos hablaremos tan seguido...

—No me importa... ¡Sólo deseo no perderla!... ¡La quiero demasiado!

—¿Usted está seguro de que no me arrepentiré?

—¡No! ¡Por mí no se arrepentirá!

* * *

Se separaron con toda ternura.

Al divino poema se agregaba un nuevo canto de aurora dichosa.

OLGA

Esa noche Olga también tardó en dormirse, pero el desvelo era dulce, agradable; era un ensueño arrobador, en el que se sentía embargada por la emoción y la felicidad de un amor verdadero.

—¡Qué bueno... y cuánto lo quiero! Me alarmé en falso... me precipité... quizás hice mal en decirle a mi madre lo que le dije...



Matessa faltó de “El Refugio” varios días seguidos.

—¡Era tan indigno lo de Anna!... ¡Si *ella* supiera!... ¡*Ella*, tan buena, tan pura! ¡Debo terminar con estas inmundicias! ¡No se merece esta traición!



Terminar con Anna no era tarea fácil. “La italianita” encontraba demasiado de su gusto las relaciones aquellas, para permitir que se destruyeran.

Dábase perfecta cuenta de que Matessa no compartía sus entusiasmos; pero prendida con los garfios de su temperamento meridional y aprovechando como aliado el fuego de la sangre de él, tenía fe en poder prolongar las cosas.

Se mostraba mansa y cariñosa, y cuidaba de su hombre con un interés del que nunca disfrutó Lagos No-

varo; pero, al reprochar cuando le echaba en cara su *desamor*, lo hacía agresiva, violenta, amenazante.

—¡A mí no se me juega sucio!... ¡Ya lo sabés!... Sos mío... y andate con cuidado... porque si me la hacés. .. ¡me la pagás!... Vos andás raro... debés andar en alguna jugada... ¡Que no lo sepa yo!... ¡Te aseguro que a vos y a ella los arreglaría bien!

En un descuido de Matessa, Anna le descubrió en la cartera un mechón de cabello rubio.

Pocas veces “El Refugio” se conmovió con un escándalo de semejantes proporciones.

Primero un ataque directo al *infiel*. Volaron ropas y muebles, saltaron los vidrios de la puerta y el *culpable*, a pesar de su fuerza, no pudo librarse de una docena de rasguños y golpes...

Y después, *ataque colectivo*.

La Anna, enceneguida, furiosa, corría desde la sala hasta el fondo de la casa, descargando puñetazos y puntapiés contra todo, tumbando las camas, destruyendo las ropas, haciendo pedazos cuanto encontraba al alcance de sus manos.

Sus tres hermanas, Blanca, Laura y Margarita, se expusieron a sus golpes tratando de detenerla y calmarla; los internos que se encontraban presentes terminaron por dominarla ayudados por el mismo Pablo y maniatándola la pusieron bajo la lluvia *calmante* del cuarto de baño.

—¡Es una fiera!

La congregación estaba acostumbrada a esas bromas y la festejó sin dar mayor importancia a los destrozos y a la cara del *esposo*, marcada con una docena de arañazos.

—¡Delicias de la vida conyugal, hombre! — y lo palmeaban riendo.

“El Refugio” está de luto: se muere “el gringo” don Camilo Testa.

El veneno que le fueron inyectando los “salvaques” ha terminado con su organismo. El desenlace es inminente. Tendido boca arriba sobre el lecho, ha clavado, por fin, la mirada allá en lo alto. ¡Hacía tanto que no la levantaba del suelo!

Casi rígido, respirando apenas, toma, poco a poco, la forma del cajón en que lo van a meter. Su mujer, la buena de doña Peppina, no se aparta de su lado, pálida, trémula.

Las hijas se turnan para cuidar al enfermo. Los internos desfilan día y noche por el cuarto en que el viejo vive sus últimas horas. Todos demuestran gran

pena. Es que se saben culpables de la tragedia a cuyo epílogo asisten.

Quien más, quien menos, todos pusieron su poco de maldad o de inconsciencia para quebrar esa vida que se va.

¡Pobre viejo!

Ahora advierten que no era malo.

¡Ahora comprenden que fueron injustos!

Ya es tarde.

Carlos Morales lo asiste hasta el último momento, con todo cariño. Es que “el gringo” es el padre de Blanca, a la que él ama sinceramente.

Cuando don Camilo se sacude en el último estremecimiento, todos los que rodean su cama sienten verdadero dolor. Sobre todo Blanca.

Se abalanza sobre el cadáver de su padre y grita y llora con intensa amargura.

—¡Padre!... ¡perdón!... ¡Perdóname, padre!... ¡Perdónanos el mal que te hemos hecho!... ¡Perdónanos lo malos que hemos sido contigo!

Morales pudo calmarla un poco:

—Tú has sido buena con él, no te pongas así; ¡eres quien menos tiene que reprocharse!

Era cierto. De fondo noble, aunque arrastrada la primera por la vorágine, supo conservar su cariño filial y fué la única de las cuatro hijas que se mantuvo cerca del “viejo”.

* * *

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

La muerte de don Camilo Testa provoca la muerte de "El Refugio".

Nadie hubiera pensado que la revoltosa "congregación" de temible poder tuviera por base a ese anciano achacoso que se pasaba el día sentado en un banco a la puerta de su casa.

La viuda, aconsejada por el almacenero de la esquina, nombró su abogado con el que no valieron los recursos de Pucci de Miranda, y las hijas, ilusionadas con la herencia, pelearon entre ellas y con la madre.

Margarita se fué con Derro al departamento de un amigo del "petizo", y Laura y Mendieta hicieron lo propio, alquilando una pieza.

Blanca, siempre bajo la influencia saludable de Carlos Morales, resolvió quedarse con la madre, estableciendo una "pensión para estudiantes" en la casa de los "viejos" y con el proyecto de ampliarla en el futuro, con lo que fué "El Refugio".

Anna, indecisa, le planteó a Pablo su problema:

—Yo te quiero y no puedo vivir sin vos... ¿Nos quedamos con Blanca o preferís que nos vayamos a otra parte?

¿Quién se animaba a confesarle a la italianita el propósito de abandonarla?

Sin embargo, Matessa estaba resuelto a ello.

Era una estupidez comprometer su poema con Olga, por esta mujer a la que no lo ligaba ningún sentimiento grande.

Reconociendo el buen criterio de Morales, le pidió su consejo. “El caudillo” opinó con su característica parquedad: “Para un estudiante de segundo año, pensar en noviazgo serio es un absurdo”.

Le disgustó la franqueza, pero trastabilló en su resolución de cortar con Anna.

¿Continuar como hasta ahora en el doble juego?

Era una indignidad... Pero ¿no aseguraba así una mayor pureza para sus relaciones con Olga?

Terminó por *dejarse estar*.

Su amor por la mujercita de las “roscas de oro” se vigorizó con las dificultades para verla y hablarla, y sus relaciones con la Anna se normalizaron, dentro, desde luego, de su anormalidad, ocultas para los padres del estudiante y para la “noviecita”, bajo el engaño de que vivía en el hospital por conveniencia para sus estudios.

Con Olga se veía de tarde, en los cines o en Palermo, donde ella solía ir sola o acompañada por alguna amiga.

¡Qué influencia notable ejercía ella en su vida! ¡Qué admirable reacción operó en todo su ser el poema delicioso de aquel amor!

Redobladas las energías con un objeto prometedor por norte, sentíase templado y luchaba con denuedo.

Afrontó sus exámenes de fin de curso con un entusiasmo jamás sentido y cada triunfo era un nuevo estímulo y una nueva alegría.

—¡En la materia que rendí hoy, salí bien, Olga!

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

¡Y la miraba a los ojos, a los ojos claros, serenos, con infinita ternura!

“¡Un paso más!... Un trecho más realizado del largo camino que lo conduciría al tesoro sublime!

¿El zarpazo?... ¡No!... ¡Eso fué una imbecilidad!...
¡Una infamia!... ¿Sacrificar el encanto de su vida entera a un cuarto de hora de locura?... ¡Qué chiquilnada!... ¡Jamás se lo hubiera perdonado!”

El “loco” Juan Carlos Modina enteróse, por casualidad, de las relaciones de Pablo con Anna, y conocer él el secreto y saberlo Berta, con quien había reanudado sus relaciones, fué todo uno.

La forma en que Matessa procedía con Olga, por diametralmente opuesta a su conducta con Berta, tenía al “loco” enconado con aquél, y en afán de desahogar este encono incitó a la muchacha a que enterara a la amiga de su *descubrimiento*.

—¡Andá; contale a la *niña* la “pureza” de su *angelito*!

Berta titubeó. Sabía el dolor que causaría a la muchacha, de cuyas ilusiones y ensueños había sido tantas veces confidente.

Conocía su temperamento y su carácter, y tenía la certeza de que si se enteraba de la infidelidad no perdonaría.

—Mejor no le digo nada; ¿para qué, pobre Olga?...
¡Vive su ilusión... mejor así!

Pero Juan Carlos insistió, hasta ordenarle, por último:
—¡Decíle la verdad!... ¡Que no sea imbécil!... ¡Qué comprenda lo que es la vida!... Si lo quiere... ¡que lo sepa *agarrar*!... ¡Que no sea tonta!... ¿Ella se cree que con cine y con paseítos lo va a tener?... ¡Que no sea infeliz... Decíle la verdad... ¡todavía está a tiempo para no perderlo del todo!

Sugestionada, terminando por convencerse de que en realidad servía lealmente a su amiga, la enteró del *descubrimiento*.

—Mirá, Olga... yo te lo digo por hacerte un bien, para que no te lo dejes quitar a Pablo, ya que lo quieres...

La mujercita de las roseas de oro escuchóla, imperturbable, hasta el final, sin exteriorizar la menor alteración.

—Te agradezco, Berta.

Encerróse en su dormitorio, a solas con *lo horrible*.

—¿Será cierto? ¿Será verdad?

Si Matessa la ve, tiembla.

Tiembla ante su “linda mujercita”, tan delicada y tan hermosa, erguida en la tensión de los nervios crispados, lívida de indignación y de dolor.

—¿Será posible?

Era casi de noche.

Vistióse rápidamente, y tomando un auto dióle al chofer la dirección que Berta le había dicho.

La propia Anna le abrió la puerta.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Ambas presintieron la verdad.

Contempláronse en silencio un minuto.

La rubia fué la primera en hablar.

—¿Vive aquí el señor Pablo Matessa?

—Sí... aquí vive.

—Desearía conversár con él.

—No está en este momento.

Otro minuto de silencio.

La italianita, más audaz, atacó primero.

—¿Usted qué desea?

—Hablar con el señor Matessa... como le he dicho.

—Puede decirme a mí lo que quiera... yo se lo diré cuando venga.

Olga vaciló.

—¿Tardará mucho en llegar?

—No sé... no tiene hora fija... Puede decirme a mí nomás lo que desee... yo se lo diré a él.

—No... nada... En todo caso volveré... Dígale que estuvo la señorita Olga.

—¡Ah!... ¡Sí!... Olga...

—Sí...

—¡Yo soy Anna!

—¿Anna?

—Sí... ¡la esposa de Pablo!

—Tanto gusto...

¡Un combate singular!

—¿Usted quién es?... ¿Su amiga? — Recalcó el amiga, ofensiva.

Olga la miró, trémula.

OLGA

- ¿Eh?...
—¡No!... ¡Soy su novia!... Mejor dicho — rectificó,
enérgica — ¡he sido su novia!
—¿Ahora ya no es nada?
—Absolutamente nada.
—¡Tanto mejor!
—Así lo creo... Buenas tardes.
—No... señorita. No se vaya así... escuche.
—¿Qué?
—No he querido ofenderla... usted comprende...
—Sí... comprendo perfectamente.
—¡Yo lo quiero!
—Hace bien... Buenas tardes.
—Discúlpeme...
—Buenas tardes.

* * *

Anna ocultó al muchacho la visita de Olga hasta el día siguiente, en que, al entregarle una carta recibida “por mensajero”, preguntóle, agresiva:

- ¿De quién es?... ¿De la señorita Olga, acaso?
—¿Qué decís?
—¡Si es de la señorita Olga! ¡Sí!... ¿Te asustás?...
¡Lo sé todo!
—¿Qué sabés?
—¡Ayer estuvo aquí!
—¿Quién?
—¡Tu novia!
Rasgó el sobre y leyó, atónito:

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

“Ha procedido como un canalla. ¡Qué hombre falso!
— Olga”.

La Anna le arrebató el papel, y al terminar de leerlo se entregó a uno de sus furiosos ataques de nervios.

Pablo, anonadado, ni siquiera atinaba a evitar los golpes que le propinaba la muchacha, acompañados con toda clase de insultos.

Tomó su sombrero y salió a la calle.

¡Pérdida!... ¡Qué barbaridad!... ¡Su Olga!... ¿Sería posible?

Atolondrado, semi-inconsciente, caminó, vagó un par de horas, sin rumbo.

¡Pérdida!... ¡Qué imbécil!... ¡Perderla por esa mujerzuela!... ¡Qué disparate!

Con los pies doloridos sentóse en un banco, en una plaza, quién sabe dónde.

¡Pérdida!... ¡Qué lástima!

Una conversación, a su espalda, llamóle la atención.

Un hombre y una mujer... Novios... quizás.

Aguzó el oído.

Estaban sentados a escasa distancia de él, en otro banco, tras un arbusto.

—¡Cuánto te quiero, mi nena!

—¡Yo también, amor! ¿Verdad que me querés mucho?

—¡Sí... tesoro... te idolatro!

—No... No...

—¡Mi amor!

—¡Divino mío!

—¿Mía?

—Tu...ya... ¡toda tuya!

—Vamos... vení.

—¡No!

—¡Sí... mi amor, sí!... ¡Venga, mi tesoro!

Y se fueron. Pablo, con los ojos dilatados, los vió pasar, bajo un farol, incrustados el uno en el otro...

Recordó a Juan Carlos... Pensó en los consejos del "loco", cínico y audaz... Desfilaron por su cerebro febricitante las etapas inolvidables de su poema destruído... ¡Olga!... Amistad... Amor... Aquel paseo por el bosque... Su visita a la casa de ella... La fiesta en "El Refugio"... La carrera en yacht...

¡Perdida!... ¡Paciencia!... ¡Será lo que deba ser!

¿Dónde estaba?... Caminó hasta orientarse, tomó un coche y dirigióse a la pensión.

—¡Anna!

Estaba en cama, con "jaqueca".

—Mirá... ¡hemos terminado!

—¿Qué?... ¿Estás loco?

—No... se acabó... ¡Estoy ya harto!... ¡Me voy!

Resultó inútil el nuevo ataque de nervios y la intervención de Blanca y hasta de Morales.

—¡Es una resolución inquebrantable!... ¡Se acabó!

Esa misma noche reanudaba su vida de orden, en su hogar, junto a la madre buena, cuya compañía hacía tanto bien a su corazón, sangrante ante la primera herida formal.

Los primeros días Pablo aceptó el rompimiento con Olga con absoluta resignación.

El golpe mismo lo aplastó, lo adormeció.

—Paciencia... Tendría que ser así...

Ni siquiera intentó la reconciliación.

Pero al ir reaccionando, fuéle resultando mayor la magnitud de la pérdida y fuése irguiendo en protesta cada vez más airada.

¡Perderla!... ¡Qué injusticia! Y llegó, por último, a un grito de rebelión de todo su ser, en anhelo de recuperar eso perdido.

—¡Perderla para siempre! ¡No puede ser!...

Fué a Palermo durante una semana seguida a la hora en que ella solía ir, con la esperanza de verla, de

poder hablarle; concurría a los cines y hasta la llamó por teléfono a su casa.

“La señorita no está”... “La señorita ha salido”.

¿Y si obtuviera la ayuda de Juan Carlos?

De inmediato rechazó el pensamiento, pero volvió sobre él varias veces, terminando por aceptarlo.

Juan Carlos, por intermedio de Berta, podría influir sobre ella. Buscó al “loco”, que lo recibió con recelo, temeroso de que se le exigiera cuentas por su “chisme”.

—Tengo que pedirte un favor.

—Vos dirás...

—¿Vos seguís con Berta?

—¿Y entonces?... ¡Mis conquistas son durables!... ¡Duran lo que a mí se me da la gana!

—Sabés que Olga, la amiga de Berta, aquella rubia...

—Sí... ¡lo sé todo!... ¿Qué casualidades tiene la vida, verdad?

—Es cierto... Bueno; yo te quería pedir...

—¿Que sirviera de intermediario!

—Sí... que le pidieras a Berta...

—Que hable con ella.

—Eso es... sí.

—No hay inconveniente... ¿Te acordás de mis consejos?... ¿Eh?... Habrás aprendido algo ahora; ¿verdad?... ¿Ves que no soy tan loco?... ¡Si es inútil, Pablito!... ¡Hay que conocer el elemento!... ¡Hay que dejarse de pavadas!... Yo soy loco, yo soy malo, yo soy infame... ¿verdad?... Tú bueno

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

tú *recto*, tú *noble*... ¿Quién sale ganando?... Tú... *a la luna de Valencia*... y yo... ya lo ves... ¡bocaditos de cardenal!

—¿Me harás la gauchada?

—¡Cómo no!... ¿Pero me prometes no ser *zozzo* otra vez?

—Yo quiero que me consigas una entrevista.

—Está bien... haré todo lo posible; bien sabés que tratándose de un amigo... ¡a la orden!

* * *

—No habrá nada que hacer, Juan Carlos. Yo la conozco y sé que será todo inútil.

—No importa. Vos hablále y explicále lo que te he dicho. Decíle que Pablo quiere hablar con ella...

Bastó que Berta se insinuara nada más con su amiga sobre el asunto, para que Olga la interrumpiera enérgica:

—¡No, Berta!... ¡Te ruego que ni siquiera hables una sola palabra sobre eso!...

—Escucha...

—No. Te suplico. ¡No quiero saber nada!... ¡Es una cosa definitivamente muerta para mí!

* * *

Al darle cuenta del fracaso de la gestión, Juan Carlos aconsejó a Matessa:

—Mirá... ¡hacéme caso!... ¡Es lo mejor! Tratá

de averiguar a qué sitio va, en el que puedas hablarle y... ¡atropellé derecho!... ¡Audacia, hijito!... ¡Coraje!... Es lo que da la victoria en estos casos. Yo mismo voy a darte una manito... Voy a tratar de saber dónde podés abordarla... En algún cine... o, mejor todavía, si va a cualquier baile... Dejáme a mí no más. En cuanto tenga algo te aviso.

Cumpliendo su promesa, el "loco" Juan Carlos dióle la ansiada noticia:

—¡Pablito!... ¡estás de suerte!... ¡La nena va mañana de noche al Club!... Y va Berta y voy yo... ¡La ganamos viejo!...

Para Matessa, la complicidad de Modina no le resultaba del todo agradable, pero como "el fin justifica los medios"... "por lo menos en este caso"... reconocíala indispensable.

En el Club, desde un sitio estratégico, Pablo esperó la llegada de Olga.

Acompañada por su madre, más hermosa y radiante que nunca para los ojos dilatados del muchacho. hizo su entrada, la mujercita, en el amplio salón de baile.

Un oficial del ejército, joven, arrogante, se adelantó sonriente:

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—Buenas noches, señora... ¿Cómo está, Olga?

Pablo se mordió los labios. El primer puntazo de los celos lo crispó.

¿Quién será?

Un pretendiente. Indudable.

Lleno de atenciones, escapándosele la felicidad a través del vistoso uniforme, orgulloso de su dama, el militar marchaba a tambor batiente hacia la conquista de aquel encanto que se le mostraba accesible y amable.

Salieron a bailar y Pablo los vió abrazados. ¡tan juntos! ¡Tan juntos los cuerpos, tan juntas las caras, tan juntas las bocas!

El, gallardo, correcto; ella, frágil y bella, formaban una pareja que atraía la admiración y el comentario.

Olga, que no había reparado en la presencia de Pablo, estaba visiblemente concretada a recibir las atenciones y los halagos de su nuevo galán.

Matessa soportó hasta que pudo y, por último, salió al jardín, aspirando a bocanadas el aire puro en afán de calmar sus nervios excitados.

¡Perdida!... ¡Otro se la quitaba!

—¡Pablito!

Juan Carlos.

—¿Qué tal!... ¿Triste?... ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Vino?

—Sí... está ahí... bailando.

OLGA

—¿Y?... ¡A fondo, pues!... ¡Vamos!... ¡Auda-
cia!... ¡Vení... yo te acompaño!

Olga y el oficial, terminada una pieza, conversaban
junto a una ventana.

Al entrar Pablo y Juan Carlos, ella los vió.

Bajó la vista y continuó conversando con su com-
pañero.

—¡Andá... pedíle la próxima pieza!... ¡No seas
zozno!

“¿Y si se la negaba?”... Se resolvió: — Si me la nie-
ga... paciencia. Terminemos de una vez... — y se ade-
lantó resuelto hacia la pareja.

Ella lo vió venir y no pudo disimular su nerviosidad.

—Con permiso... señorita... ¿Me permite la pró-
xima pieza?

El oficial, sorprendido, miró a Olga.

—No puedo... muchas gracias.

—Olga... ¡le ruego!

—¡No puedo!

El militar púsose de pie.

—Señor... ¡no insista!

Los celos lo cegaron.

—¿Lo molesto?

—Molesta a la señorita.

—¿La molesto... a usted, Olga? — inquirió lívido,
clavándole los ojos.

—¡Sí!... ¡Ya lo ve!... — recalcó el militar con fir-
meza.

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

—¡No se lo pregunto a usted!

—¡Retírese, le ruego, no sea insolente!

—¡El insolente es usted!

Olga intervino.

—Pablo... por favor, le ruego, retírese.

Despechado, perdió el tino.

—¡Por este imbécil!

—¿Qué dice?

—¡Imbécil!

El militar dió un paso hacia el muchacho, pero Pablo, con pasmosa rapidez, le cruzó el rostro de una cachetada. Las personas presentes se apresuraron a intervenir.

—¡Señores, por favor!

—¡Parece mentira!

Ni la juventud de los protagonistas ni la influencia de varias personas sensatas pudo evitar que el desagradable incidente entre Pablo Matessa y el oficial tuviera por epílogo un duelo.

La intervención de varios *caballeros de honor*, agravó y complicó las gestiones de arreglo y, finalmente, el lance se concertó.

* * *

Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, con todo el ceremonial establecido, encontráronse frente a frente los dos rivales.

Pablo, con sus veintidós años de salud y vigor, ner-

vioso, atlético, revuelta la sangre por la lucha inminente que encara como prueba deportiva; el oficial, algo mayor, serio, formal, consciente; de más años pero de menos cuerpo.

Una docena de hombres todos graves, todos ceremoniosos, entre director, padrinos y médicos saborean, indiscutiblemente, por anticipado, el espectáculo que se van a brindar con esos dos muchachos que, medio cuerpo desnudo, empuñando relucientes espadas, van a jugar un rato con el peligro y con la muerte.

Bien derechos, plantados ambos en medio de un patio, bajo unos árboles, esperan el instante decisivo.

—¡En guardia!

Separan los pies. Doblan un poco las rodillas y tienden los aceros. Las puntas se tocan apenas.

Los duelistas se miran con fijeza, sin un parpadeo. El oficial domina su arma y va seguro.

Pablo desconoce la esgrima casi por completo.

El profesor de su club, que le ha dado, en ocasiones, algunas clases, aconsejóle como única defensa ante el rival experto: "manténgalo a distancia extendiendo su brazo".

—¡Ataquen!

Comienza el lance.

La diferencia entre los contendores es excesiva.

A las primeras fintas, Pablo comprende que está a merced de la punta amenazante de su enemigo.

Pero es un enemigo caballeresco, noble, que con toda

tranquilidad desarrolla un juego de salón, sin propósito de herir, por lo visto.

“¡Hace conmigo lo que quiere!”

El amor propio, resentido, le da temeridad y su acero, en un descuido del otro, le raya el pecho; chocan las espadas con violencia.

Aumenta la temeridad de Pablo, y su rival debe detenerlo repetidas veces en acometidas a puro coraje.

¡Otra vez el militar siente el roce de la espada contraria! Juega con él, visiblemente, pero es un juego peligroso que puede costarle caro.

¿Qué lo contiene?... ¿Qué es lo que hace que no ataque a su vez, hiriéndole cómo y dónde desee? ¡Ahí está el busto del rival, ofreciéndose íntegro; ahí están sus brazos, su cara... elija el punto y marque, por lo menos, ya que no quiere herir de verdad!

Prometió no hacerlo.

La señorita Olga le pidió que no hiriera... ¡se lo ordenó!... porque son ya para él *órdenes* los pedidos de la *niña encantadora*, de la que está profundamente enamorado.

—No lo hiera... se lo ruego. Es un muchacho muy bueno... demasiado niño... nada más... ¡Es un niño grande!...

—Si usted lo ordena...

—¡Se lo ruego!... ¡No lo hiera!

Eso lo contiene. Por otra parte, ¡es tan grande su superioridad!

OLGA

Matessa ve su situación, ve la bondad del militar, y ve, también, los rostros sonrientes de los espectadores.

“¡Juega conmigo y estoy en ridículo!”

¡El ridículo lo subleva! El oficial salta atrás ante un “a fondo” tremendo.

El estudiante, mal afirmado, casi pierde el equilibrio.

¡El ridículo!

Ataca dispuesto a terminar de un vez.

¡Que lo hieran! ¡Qué importa!

Pero el otro no lo hiere.

Para sus golpes. Anula en absoluto sus puntazos terribles... y hasta llega a sonreír ante su audacia.

Los padrinos conversan.

Pablo cree escuchar:

—“Suspender el lance”...

Se abalanza furioso.

Nada. Inútil.

Casi se le escapa de la mano su espada, juguete de la del contrario.

Entonces insulta al adversario.

—¡Ataque, cobarde!

Avanza un poco el militar y la punta de su acero corta el pecho, en un pequeño tajo, sobre el corazón mismo, del muchacho.

¡Que lo ensarte! Y avanza el pecho.

El oficial, que advierte la intención, retira con rapidez su arma.

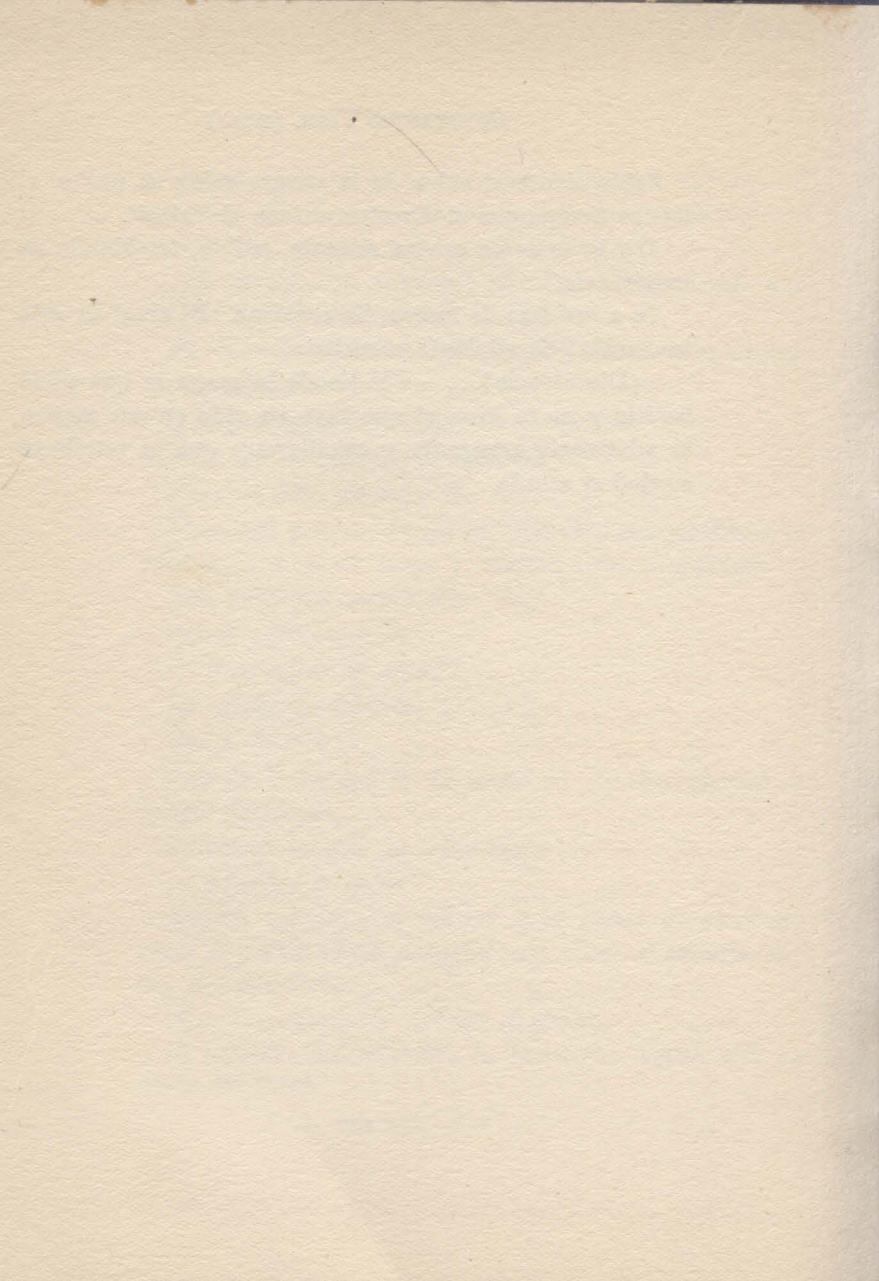
CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Pablo siente el calor de la sangre sobre el pecho, al mismo tiempo que el director ordena el "alto".

Arroja su arma contra el suelo, pálido, temblando de impotencia.

Va a insultar de nuevo. Se contiene. ¡El rival ha sido tan noble! Se adelanta resuelto:

—¡Discúlpeme!... — Y tiende la mano al que pudo herirlo y no lo hizo, al que tuvo su vida en sus manos, al adversario arrogante y caballeresco que le retribuye cordial el saludo.



“Se ha formalizado el compromiso matrimonial de la señorita Olga...”

Pablo Matessa dejó de leer el periódico, preñados los ojos de lágrimas.

¡Perdida definitivamente!

Jugó mal, jugó con torpeza y perdió.

Perdió el precioso tesoro de la mujercita hermosa y buena, que llenaba su vida con el encanto inefable de sus ojos claros, de su cara un poco de muñeca, de su ternura exquisita.

—¡Olga!... ¡Mi Olga!...

¡Ya no era suya!... ¡Se la arrebataron!... ¡Se la dejó arrebatar!

Otro hombre gustaría la delicia suprema del amor de “la muchacha de las roscas de oro”!

OLGA

—¡La perdí yo mismo!... ¡La perdí por torpe!
Y llora como un niño. ¡Es que es un niño!... ¡Ha sido un niño!

¡Por eso la perdió!

Si ella lo viera debatirse en su dolor, si escuchara la protesta de su alma y de su corazón, comprendería, y quizás perdonara. La frialdad y la rigidez de su temperamento se quebrarían ante ese muchachote grande y fornido desesperado ante el ventarrón que tumba su primer castillo de ensueños.

¡Pero Olga ya no lo ve!

El cariño por Pablo quebró una vez esa frialdad y esa rigidez de su temperamento, abriendo su corazón, pero la engañaron, traicionaron su fe y su amor, y fué inexorable. Ella también levantaba su castillo azul... De un golpe destruyólo todo, derrumbólo todo... Y hela, al mes, edificando su hogar, no tan castillo quizás, no tan azul... pero sólido, sobre la base de su carácter excepcional y de su propósito inquebrantable de olvidar lo pasado.

—¡Olga!... ¡Mi Olga!...

¡Ya no es suya!

¡Se casa con otro!

¡Qué apuro, qué precipitación por anular y rehacer!

¡Qué afán por demostrar ese propósito decidido!

* * *

CONSTANCIO VIGIL (HIJO)

Matessa la ve salir del templo, toda de blanco, divina como una Virgen, del brazo del oficial arrogante, con paso firme, erguida la cabeza, sonriente... ¡feliz al emprender el nuevo camino!

Se enfrentan y se miran. Un instante, un segundo no más... Un roce, apenas, de las almas... ¡Ya pasó!...

¡Pablo cierra los ojos con fuerza, en ansias de encerrar dentro de sí el rayo de luz que bebió por ellos! ¡Es un mareo, un aturdimiento embriagador!

¿Pero se la deja llevar?... ¿Es posible?... ¿Claudica así de todo?

¿Y su sangre, y su temperamento, y sus nervios?

Hay en la resignación del muchachote grande y fornido un proceso largo y fatal de relajamiento y entrega.

Un anonadamiento enfermizo.

¡No en balde sus excesos y desgastes, no en balde la doblez de su moral y de su hombría!

Abandona, atontado, el atrio, y cuando se despeja, cuando vuelve a la realidad, una idea, un pensamiento, que es como una lesión en el cerebro, por lo fija y persistente, lo golpea:

—¡Será mía!

¿Locura?

Es como si ella misma, con su mirada, se lo hubiera grabado en letras de fuego.

—¡Será mía!

“¡Loco!... ¡Infeliz!... ¿Cómo va a ser tuya, si ya es del otro?”

OLGA

Comprende, razona... No es posible... ¡La ha perdido para siempre!

¡Pero las letras, grabadas allí, en su cabeza, lo dicen, enérgicas, con una firmeza, con una insistencia que impresiona y convence.

—¡Será mía!... ¡Será mía!...

FIN



